

Vivir de más

Miguel Ángel Olmedo Fornas

Nada hay, pues, en el vivir para quien ha comprendido rectamente que nada terrible hay en el no vivir.

Epicuro, *Epístola a Meneceo*

No hay misterio que valga, es el azar; así de sencillo. Otra cosa, y bien diferente, es que el afectado por el designio inapelable del destino se resigna a creer que en su contra sólo juega la casualidad.

A Pedro Serreño se le altera el pulso, le rechinan las muelas que conserva en buen estado y se le enturbia la mirada con el velo de la impotencia, intuyendo el parte médico. Dicho con frase llana: tiene miedo. Cuando el geriatra de impoluta bata de corte clásico, de algodón y blanca, finaliza la rutinaria visita y abandona la habitación, a Pedro le escuece el cuero cabelludo como si un espíritu perverso, un ente maligno y fantasmagórico, se lo hubiera frotado, más que eso, restregado, con alcanfor o linaza, como si nuevamente su porfía se estrellara contra un imponderable sobre el que con certeza nadie le había preparado.

La habitación de Pedro es la número cuatro, pero lo de la numeración no se tiene en cuenta entre los residentes de Villa Dorada, por el hábito adquirido de entrar y salir de un mismo espacio íntimo; sí, en cambio, es de lógica importancia entre las visitas, el cuadro facultativo, la esmerada unidad profiláctica y el servicio de actuación global que comprende la limpieza, el ocio, la cocina, la estética y el apartado de aspiraciones privadas aceptables en público.

La habitación número cuatro es de esquina, con una de las paredes curvada; es agradable seguir la sensual inclinación delimitada por la puerta acristalada del balcón y la ventana, grande, de hoja simple de madera barnizada; el color de las paredes es cálido, y según incida la luz exterior —mucho y de calidad— abraza una gama respetada-

ble de tonos pastel. Según el ánimo del espectador el lienzo es más o menos rico en matices. En las paredes se plasma la danza de las ramas de los árboles próximos a la fachada occidental del edificio: fresno, palmera, pino y jacarandá, una exquisitez tropical en el hemisferio norte, pero no muy al norte para facilitar la adaptación. El jardín rodea el edificio y en él se abren paseos convergentes poco transitados, quizá con más asientos la cosa cambiaría y los residentes, entonces, sí se abonarían a esa práctica sombreada. Seguramente con dos bancos más, de madera mejor que metal, habría suficiente para justificar el desplazamiento y, como el que no quiere y al amparo de críticas acerbas, echar miradas curiosas a los árboles desde tierra, a los balcones de los amigos y vecinos y al vuelo cíclico de las palomas y los avispados gorriones.

Pedro suele mirar lo que le rodea, pocas veces más allá de los impedimentos físicos, y extrae conclusiones cercanas y digeribles que evita exteriorizar por aquello de no tener que compulsarlas con avezados jugadores de rol. Su intención no es recóndita ni infame, la prolongación indeseada de la vida puede ser considerada esto último, y es todavía consciente de lo que hace y con quién. Se representa a sí mismo y se conduce en solitario la mayoría de las veces, lo que no significa que esté solo en el mundo, ni en el próximo ni en el remoto, la compañía puede lastrear lo que uno cree más conveniente para lo que le queda de vida, pues es sabido que se nace y se muere solo y hay que prepararse para abandonar lo único que se conoce.

Pero en este último año se han invertido las tornas, lo que tenía que pasar no acaba de gestarse, lo que tenía que suceder remolonea zalamero, verdugo ingrato, negligente, dejando pasar los días, las semanas y los meses, y

ahora necesita, busca y disfruta de la compañía de un visitante que no viene a verle a él, así lo indica al solicitar en recepción por su tío, Andrés Udiel, setenta y cinco años de pulso firme y propósitos navieros, habitación siete, viudo. El sobrino, que se llama Pablo, gasta aires marineros en los trajes azules con los que se acompaña al visitar a su tío, también en el iris y en un mechón del parietal. Andrés Udiel luce su color mar en la zona del hueso escafoides, quizá sea cosa genética. Pablo reparte conversación entre su tío y Pedro cuando los tres se reúnen a tomar café en el salón de recepciones o en el jardín.

Pedro no recibe visitas, impuso esa norma que elevó a la categoría de precepto, pero eso fue al principio de instalarse en Villa Dorada, cuando estaba seguro de que no habría más, que al cabo de poco, año, año y medio a todo estirar, dejaría vacante su habitación para residir en la morada eterna. Previsor, no deseando molestar a los deudos con fastidiosas burocracias, onerosas, que roban tiempo al que todavía no le han colocado la etiqueta de caducidad, que provocan disensiones en el seno de las relaciones de familia, guarda la escritura de propiedad del nicho junto con la declaración de últimas voluntades, la partida de nacimiento, el libro de familia y el documento nacional de identidad; todo en un gran sobre acolchado.

Por estas fechas da inicio el tercer año de su estancia en Villa Dorada, la espléndida residencia para adinerados de la tercera edad, un geriátrico de máximo nivel, un hotel de cinco estrellas para ese segmento de población que en el tramo final de la vida exige lo que siempre ha tenido, lo que más le gusta o todo lo que aún puede permitirse. Un club selecto que cotiza en bolsa, veinticinco establecimientos similares repartidos por el país, ubicados en el

centro de las ciudades, en realidad no en el mismo centro, pues difícilmente atrae a los residentes el tráfico de la condensación urbana, más bien en uno de esos barrios de pocos comercios, parterres de flores y césped, alineadas arboledas e incitadoras viviendas de distinguida factura. Villa Dorada es la quinta esencia del hogar dulce hogar, sin limitaciones horarias salvo para lo básico: el reconocimiento médico.

Visita vespertina. Pedro teme escuchar lo de cada día tras la inspección rutinaria, y aunque no se resigna a perpetuarse en la espera sabe que el cambio de frase, cuando se produzca, llegará con retraso. Ya es de noche, una hora antes que el sábado, ayer fue domingo de cambio horario, también los domingos y festivos hay visita médica para los que no abandonan la residencia, servicio integral, las veinticuatro horas del día todos los del año. El médico llama suavemente a la puerta, elegante y profesional. Pedro imagina esa mano al acabar la jornada, un día y otro, manos de acero pero tremendamente sensibles; a los ancianos y a los niños hay que tratarlos por igual: paciencia y determinación y constancia; los matices son la esencia de la distinción. Villa Dorada ordena protocolo, hay que llamar suavemente a la puerta y recibir la aquiescencia sonora: una cordial invitación a penetrar en el santuario joyero. El médico sabe lo que cuesta la estancia, es un negocio recíproco: quiero vivir, es mi deseo; quiero que vivas, es mi devoción y obligación. Es un gran médico el que llama a la puerta; se llama Óscar Lapuente, entre cincuenta y cincuenta y cinco años; dicen de él que colabora en prestigiosas revistas médicas —¿son prestigiosas las revistas médicas o son prestigiosos los doctores que en ellas derraman el extracto de su praxis, teorías renova-

doras y la dinámica de un seguimiento clínico?— no prodiga sonrisas innecesarias ni guiños cortesés, es alto y anda algo encorvado, pocas veces se hace acompañar en la ronda de una enfermera y aún menos de un colega, estos dos últimos supuestos alarman con sólo imaginarlos, pero llegado el caso la comitiva de batas blancas combatirá en equipo para obstaculizar el avance del omnipresente enemigo.

Hace un mes que reina el otoño. Nunca le ha despertado la curiosidad el pretexto para la modificación horaria, tampoco ha sufrido ninguno de los trastornos que ello acarrea, advertidos en los reportajes de televisión y en artículos de revistas de divulgación científica, comenta Pedro al médico que le concede permanecer sentado en el sillón de atender a las visitas. Podría ponerse en pie, pero eso no repercutiría en el examen; además, ya está bien así, apartando la mirada del médico para enviarla hacia las ramas de los árboles y una luminosa porción de calle. El otoño se ha desplegado definitivamente afuera, en él hace bastante, una vez pasado el primer año de plácida existencia en esta Villa Dorada.

“Me dirá lo que no quiero oír”, insiste Pedro quejoso a su tímida sombra garabateada en la pared curva; “pensará que me hace feliz su proclama, sonreirá benévolo y a lo mejor con un punto de satisfactoria vanidad facultativa”. ¿El milagro es obra suya, del equipo médico de la residencia? ¿Tanto erraron el conjunto de médicos en su diagnóstico concatenado? Imposible, o casi: la reiteración de pruebas hablaba por sí sola, diagnosticar era más que sencillo. Los médicos de Villa Dorada conocen el historial de pasado a presente, y por la expresión de cada uno y en conjunto sabe que coinciden, ¡cómo no!; hasta

un mancebo de farmacia hubiera asentido. Él mismo no tenía dudas, cuando fenecen las dudas se alcanza la certeza absoluta; pero si ellas reviven, y este es el caso, las certezas se volatilizan en el crisol del alquimista. Su historial clínico hasta el ingreso en Villa Dorada era un aforismo y un axioma, a voluntad del intérprete.

—¿Seguro, doctor?

—Seguro, no voy a engañarle. ¿Le gustaría que le preocupara innecesariamente? Deje de imaginar lo que no es y viva con toda libertad. El suyo no es un caso excepcional.

Pedro calla lo que le gustaría decir.

—¿Sigo con la medicación?

—Por supuesto.

Pedro retiene un impulso, no es momento, decide, pero alguna vez tendrá que decírselo si todo continúa igual.

Pedro cree que su caso sí es excepcional, además de infausto, se mire por donde se mire. El doctor Lapuente se despide con un gesto de complicidad que resalta los chirlos que decoran sus mejillas, como si en época adolescente hubiera pasado por una prueba que no todos superan, que pocos son capaces de remontar para convertirse, contra viento y marea, en una eminencia que vela la transición efectiva de la vida a la muerte dispensando cordura y bienestar.

Es un ángel, asegura Encarna Luzón, viuda como la mayoría de las mujeres en la residencia, habitación once, hermana de la reputada escritora Paula B., seudónimo de Amalia Luzón. Ellas dos no se parecen físicamente; las fotografías publicadas de Paula B. —Paulita entre sus coetáneos de oficio—, la imagen que mejor conoce de ella el público, no corresponde exactamente con el aspecto de

Amalia, el que se ve al caminar por la calle fuera de todo protocolo, y aún menos con el de Encarna. Las hermanas se visitan alternativamente, cada quince días; una vez al mes la escritora recoge a Encarna y se van al cine, a merendar, de compras o de paseo por los bulevares cogidas del brazo, una estampa clásica acorde con los argumentos de las novelas que escribe, cuenta, por las mañanas de nueve a una; lo refrenda su hermana y añade que es la celebridad de la familia y a todos les halaga el toque emocional que sabe imprimir a su obra. Hay otros hermanos, hasta siete. El abuelo Luzón, don Gregorio Luzón de Sierte Gomezalba, fue notario, tuvo un hijo con su única esposa y adoptó dos criaturas de hospicio, varón y hembra; su hijo de esposa le imitó profesionalmente. Los tres muchachos se consideraban efectivamente hermanos y los padres no diferenciaron el trato cotidiano ni en demasía la herencia, cuantioso legado material que arregló más si cabe a los bien situados herederos. El hijo no adoptado, notario de segunda generación, fue el padre de Encarna y Amalia.

Pudiera ser que el proyecto de las Villas Doradas se hubiera concebido en el Círculo Experimental, que es el lugar donde se reunían los jueves a partir de las siete de la tarde, degustando manjares sólidos y líquidos, un grupo de notables en ejercicio de esta misma ciudad: dos médicos, un catedrático de ética y diputado a Cortes por el partido Liberal, un financiero apellidado López Deis, elemento clave del proyecto, un farmacéutico, un ingeniero de caminos, un abogado civilista y este notario; posteriormente se amplió la sociedad con otros prohombres. Los hijos adoptivos de don Gregorio Luzón de Sierte Gomezalba frecuentaron el Círculo Experimental y a sus

socios. La notaría permanece en la actualidad vinculada a la familia, no han faltado candidatos dentro y fuera para seguir la estela, cada vez hay más conciencia en los asuntos testamentarios; no todo va a ser actos de compraventa y constitución de sociedades mercantiles.

A Pedro Serreño, natural de una capital de provincia de algo menos que reducido censo en Semana Santa y en las fiestas patronales de septiembre, le impresionan los notarios más que los médicos, los imagina con un poder de decisión abstracto que visualmente no siempre concuerda con la persona física investida de tamaña responsabilidad social. En toda su vida ha pisado dos notarías: para comprar y vender bienes inmuebles y para testar como casado y como viudo, ambas en la misma plaza. Ninguno de los notarios descollaba por encima de la inmensa butaca de cuero negro a juego con el bigote, sin embargo, esa manera suya de hablar y gesticular tiene algo de sobrenatural —no falta quien la califica de omnisciente—, y qué decir de sus nombres, solemnes, linajudos; y qué decir de la mirada, tanto por lo que evidencia como por lo que advierte de manera insinuada. Esto último es una hipótesis aplicable a los temerosos de Dios y la práctica consuetudinaria y reprobatoria de sus ministros, pues un notario no debe ocultar lo que pueda perjudicar al que firma de buena fe lo que precisamente él ha leído en voz alta, otorgando fe pública de la validez de lo escrito, mientras no se haga prueba en contrario; farragosos tecnicismos legales por los que mejor no desvelarse.

No hay nada sobrenatural en un notario, le amonestaba su mujer antes de acudir a la notaría; el de los notarios es un ejercicio de lo más terrenal, seguramente el

más terrenal. Ella, Rosa Vega de Serreño según rezaba la tarjeta de visita impresa en Gráficas Esparza, disfrutaba acudiendo a la notaría, hojeando revistas y opúsculos profesionales en la adusta sala de espera anticipando el magno momento de la firma en la escritura de propiedad; la retahíla legal le sonaba en los oídos como el preludio de una zarzuela: *Agua, azucarillos y aguardiente, La verbena de la Paloma, La Revoltosa*. Pedro Serreño recreaba la imagen del Altísimo con la del notario, nunca se le hubiera ocurrido comparar un acto de fe pública con una pieza de zarzuela, aunque fuera la romanza de *Doña Francisquita*; pasen las herejías pero no los delirios.

En Villa Dorada se prefiere la ópera, sin desdeñar zarzuelas ni coplas.

Cuando el matrimonio Serreño adquirió la finca de la calle San Miguel, planta baja y piso, un total de doscientos trece metros cuadrados y doce años sobre los cimientos, ya tenía dos hijos, Antonio y Jerónimo, nombrados como los respectivos abuelos, de camino venía el tercero o tercera, que acompañó a su madre a la notaría sin que ella todavía estuviera segura de que la segunda falta pudiera ser la prueba irrefutable del embarazo. A lo mejor por eso la mujer creyó por aquel entonces que Pedro hijo, Perico le llamaron, seguiría el negocio de su padre cuando tuviera edad y experiencia para hacerse cargo de todo el trajín que representa ser el propietario de una tienda de ultramarinos, ubicada en la planta baja; el matrimonio quería vivir encima de su negocio, o si se prefiere, mercadear bajo las raíces del hogar. El tiempo abatió la creencia, entre otras cosas.

La habitación número cuatro está apenas iluminada por la luz de las farolas de la calle que juega a las sombras

chinescas con las ramas de los árboles. Pedro mira hacia el infinito sin ver más allá del cristal de la ventana. Murmura refiriéndose al médico: “En el fondo no cree lo que ve, lo que oye, la maquinaria de mi cuerpo”. Hay quien vive cien años porque su corazón aguanta lo que le echen, es un vegetal pero respira y lo incluyen en las noticias televisadas con motivo del homenaje que le brinda la familia y la sociedad. Suspira. Él no quiere homenajes, sino el cumplimiento del diagnóstico y la sentencia en el plazo marcado. Suspira. Se retrepa en el sillón de atender a las visitas y celebra su buen estado físico con mueca amarga; su vida en adelante será un bostezo inacabable, las horas nocturnas del otoño que se perpetúan a sí mismas prolongando la desazón. En otoño se suceden las depresiones y los recuerdos insustanciales.

La mano del doctor Lapuente gira el pomo de otra puerta, la de la habitación número cinco, hasta hace unos meses ocupada por el adusto Abelardo Unzueta, registrador de la propiedad, fallecido a los ochenta y dos años, antecedentes de insuficiencia renal y crisis hepática, piel cetrina y decaimiento anímico en la etapa final; descanse en paz, se ofició una misa en la capilla de la residencia. Desde entonces ninguna baja.

La habitación número cinco ha pasado a ser posesión de Virtudes Arroyo Arregui, soltera, no es caso aparte en la residencia, un tanto imperativa en las formas; partidaria del ingenio y la audacia entre bastidores, fomenta los coloquios de intimación femenina convidando a las partícipes a desasirse de protocolarias asepsias, eso sí, con la debida correcta indiferencia a todos los pareceres, o lo que es lo mismo, eliminando del grupo de candidatas, por selección inducida, a mojígatas y en exceso ocupadas.

Hay quien asegura que lo suyo es un subterfugio, una puesta en escena con fines preconcebidos en beneficio propio, algo que cabe decir de cualquiera a poco que se escarbe, y mira varonil, el objetivo máximo.

Virtudes Arroyo Arregui no desdeña la compañía masculina, al contrario; ella se aleja discreta y decidida de las viudas aunque escapen a la catalogación selectiva de su protocolo, y como quien se deja querer y sin fingimiento juvenil, está encantada de ser polo de atracción y se esmera en no defraudar expectativas que a nadie más que a dos incumben. Ha hecho buenas migas con Lorenzo Cot, arquitecto, vicepresidente de la Fundación para el Desarrollo de la Ciencia Arqueológica, divorciado de mutuo acuerdo hace bastantes años —con su ex mujer, aparejadora municipal, mantiene vínculos afectivos y económicos—, profesionalmente activo a ratos, asociado ad libitum de la prestigiosa firma de arquitectos Armoan, S.R.L., sede social en la ciudad, pocas veces come en la residencia y no siempre cena a esa hora en que lo hace la mayoría; habitación quince.

Virtudes Arroyo Arregui, por ensalzar las apariencias y por haber encontrado en ella un espíritu afín, cultiva la amistad de Teresa Pande y Barrio Astruel, divorciada por partida doble, una nacional y otra internacional, hija de diplomático itinerante; su padre ejerció de cónsul primero y embajador después en todas las naciones continentales de Centroamérica y en dos islas caribeñas que enmarcaron el inicio y el final de su carrera. Teresa Pande y Barrio Astruel ha desterrado todo vestigio de sus antiguas parejas, pero, paradojas de la vida, se cartea asiduamente con su cuñada Asunción, hermana de su primer marido; ésta es una información fidedigna. Su habitación

es la número trece, las supersticiones le interesan por su atractiva idiosincrasia y es un aliciente su estudio, pero condena al ostracismo a los supersticiosos y a los que de la collera —a veces suelta despectiva y agraviada lo de recua— de incautos se sirven para medrar socialmente.

El género epistolar agoniza, deplora Teresa Pande; ella cada semana escribe al menos una carta, generalmente a partir de las cuatro de la tarde, y al día siguiente la deposita en el buzón de correos más cercano que está a una manzana de la residencia. Con la suma de las cartas que ha escrito y enviado se podría editar un epistolario voluminoso, su caligrafía es tan aceptable como su sintaxis. Es dama de porte y belleza esculpida a partir de contrastes, recepciones y valijas diplomáticas, sutilmente mordaz, timbre de voz semejante al sonido del monocordio y labios y párpados entreabiertos al escuchar y al hablar, tiene su mérito y un punto de sensualidad al que hay que habituarse. Alumna de la escuela personalista, justifica su matriculación dado lo mudable de las circunstancias que acompañaron buena parte de su vida, lee libros de dos en dos despacio y anotando, asegura que es antigua costumbre tomada de su padre, de su madre aprendió a no precipitarse en la gestión de los asuntos públicos y privados, a no ser que estallara una revolución en la periferia capitalina o, directamente, los palacios presidenciales, uno a uno, de menor a mayor por superficie defendida, fueran asaltados a sangre y fuego, convencida de llevar a cabo una tarea importante y edificante; lee preferentemente a escritores españoles e hispanoamericanos fallecidos o sesentones en adelante y algún que otro autor extranjero que se exprese en lengua española. En su habitación cultiva una selecta biblioteca, veinte o veinticin-

co volúmenes, que repone cada medio año, va a casa de uno de sus hijos, tiene dos, y vuelve con él o ella y una remesa de lectura, luego se sienta en la sala de reuniones a permutar actualidades con quien se pone a tiro y le apetece; si se tercia invita al interesado en literatura a su habitación para hojear algún volumen y, está en su derecho, presumir de inventario y disposición estética.

Pedro Serreño habla con ella de cine en los contados encuentros de sobremesa; qué cosa curiosa, Pedro no ha entrado más de veinte veces en un cine, su mujer iba con amigas a la sesión de las cinco y media los viernes de renovación de cartelera, hábito de soltería y después, a veces, de merienda; si Rosa tomaba café después de las seis le costaba dormir, pero eso no tiene nada que ver con el cáncer que la mató a los cincuenta y tres años.

La prematura desaparición de Rosa es una tarjeta postal persistente que Pedro viste de muchas formas, según momentos y circunstancias; es sabido que al viajar se añanan recuerdos y experiencias que, no obstante, mantienen un sentido propio y en ocasiones inequívoco. Las experiencias y los recuerdos, aquello que efectivamente se ha vivido y eso otro que engrosa el patrimonio personal con haces de apego y nostalgia, lastran la nave del olvido para que no desaparezca hacia la furtiva línea del horizonte. Se quiere vencer el fracaso con la insistencia, el reto de aguantar más que el destino, un poco más, todavía algo más hasta que cunda el hartazgo ante tanta suficiencia empalagosa. Ya no hay temor a la muerte, se ha vencido a la ignorancia, el miedo a esa desconocida que no es nada ni nadie, los procesos bioquímicos cincelan un envoltorio con fecha de caducidad y código de barras en el esternón.

Los clientes de Villa Dorada se sienten superiores a la muerte, allí dentro sobrevuelan el plano de lo cotidiano festejando con motivo y convicción el estar vivos. Pedro Serreño, todavía recluso en su habitación tras el reconocimiento del doctor Lapuente —qué bien le sonaba lo de *su habitación* el primer año—, no tiene apetito esta noche pero bajará al comedor y cenará como el que más, no quiere perderse ningún acontecimiento mientras pueda estar donde está y la cena es un acontecimiento social en Villa Dorada.

* * *

Pedro conserva íntegramente la despedida a Rosa. Pasado el enojoso y sensiblero trámite del funeral, el entierro de cielo encapotado y suelo de guijarros, y el desvaído primer día completo sin la pareja, él se transformó en otro hombre cuya realidad quedó alterada durante meses. Sin embargo, su cotidianidad no había sufrido cambios dignos de mención al conocer la noticia de que Rosa desgranaba las últimas cuentas de su ciclo vital, porque su mujer rechazaba la sola idea de estar enferma; ella aborrecía la imagen del yacente, inmóvil e incapacitado ante sus más íntimas necesidades, los custodios de ocasión o aseando, alimentando y acomodando un cuerpo inerte, enajenado a la muerte. Quizá por eso se volvió sorda y ciega ante las señales de que algo fallaba en su cuerpo; lo que pretendía es que la enfermedad, una vez indisolublemente casada con ella, no le afectara a la voluntad por seguir viva, por continuar siendo madre, dueña y administradora, y lo consiguió negando la evi-

dencia. No congeniaba con los médicos, de igual manera que otra gente no gusta de los alimentos congelados o la laxitud de las condenas judiciales en delitos que provocan alarma social o de los vehículos de tracción trasera o los sueldos de los deportistas de elite importados; con los médicos no se negocia ni se regatea, no hay cambio de esto por aquello, no hay esa flexibilidad tan al uso en la tienda de ultramarinos: “Mañana lo arreglamos y santas pascuas, lo pongo en la cuenta de tu madre, en una semana tendré el mejor embutido que sus consuegros hayan probado jamás”. Con los médicos, profetizaba Rosa arrugando el gesto, ni siquiera se sabe cómo o cuándo, ni siquiera ellos saben cómo y cuándo al cien por cien. Tampoco las vías alternativas a la medicina oficial la sedujeron para arriesgarse a probar. Apostaba a resistir con sus medios y el apoyo de la divina intercesión para doblegar al intruso maligno —su nombre científico le traía al fresco— con una contraofensiva al estilo de la caballería imperial, pues presentía, o más que eso, que el silencioso y reptante enemigo era todo un ejército invasor a la carga contra su desguarnecido núcleo. A espaldas de la intuición, contra toda lógica, redobló la fe en sus defensas y en su capacidad estratégica para asirse al sueño de vivir como mínimo hasta cruzar el charco para disfrutar del clima tropical en el Caribe y malcriar a cinco o seis nietos. Con poco más de cincuenta años, ganas de vivir, una familia con dos de los tres hijos solteros y un negocio con el que se acaba identificado, no se debe morir, pero como a la vez se empeñaba en no ser una molestia para los suyos y los médicos no interpretaban ni bien ni mal los preludios de las zarzuelas, cuando no aguantó más el asedio del enemigo era tarde para erradicarlo o mantenerlo a

inocua distancia de la ciudadela. Pedro escuchó la palabra metástasis y de inmediato descifró el resto con la agorera concisión del diccionario. ¿Culpa todavía hoy a Rosa por su cabezonada o la admira? ¿Precipitó esa irracional obcecación el pasaje al nicho? Pedro tuvo poco tiempo para pensar en ello durante las primeras semanas de su nueva vida, pero después se esforzó en comprender la aversión que Rosa sentía por la ortopedia y los tratamientos farmacológicos, un odio puro e ignorante, la vida la da y la quita Dios, ella lo aseguraba por tradición y falta de referentes y pruebas en contrario. Pero, ¿cómo estar tan seguro?, ¿cómo creerlo tan ciegamente sin amago de rebeldía?

Después de la muerte surge una vida de tanteo, parece que se quiere ver todo lo que no se ha visto pero no es así, se quiere ver lo que se conoce antes que lo desconocido, los colores adquieren otras tonalidades y las voces y los gestos cobran una naturaleza hasta entonces intrascendente. También emerge una sensación de triunfo que es a la vez venganza y reivindicación: se ha vencido a la muerte con un pase de pecho. A Pedro le gustan los toros, es un taurino aficionado, tenía abono en la feria de su ciudad, tendido de sombra. Pero la situación personal se torna inestable, la fuerza de voluntad se contradice con la ausencia de un pilar, la vida de matrimonio está concebida para soportarla entre dos, los hijos se conducen entre dos, y en su caso la tienda funcionaba por los dos. Apelar a la parentela era obligado. Pedro no tuvo que pedirlo, aunque lo del negocio de ultramarinos era otro asunto. Entonces, con cincuenta y ocho años, recurrió a un dependiente, Celestino Bordas, Tino, un muchacho que no quería estudiar y sí trabajar, con diecisiete años

había pasado por diversos oficios como aprendiz, nada parecía satisfacerle pero era un buen chico, eso decía su madre, viuda reciente; las desgracias acercan intereses y congenian actitudes.

—Probar no cuesta nada —ofreció la madre; aunque fue Tino quien se personó en la tienda para hacerse con el trabajo las madres son un aval a tener en cuenta. “No le pague el primer mes, no hace falta aunque sí hace falta, y ya me dirá si le sirve o no. No es nada gandul y le sobra encanto, ya verá.”

Tino disculpó a su madre al día siguiente.

—Se preocupa por mí; ahora que falta mi padre la cosa está complicada, usted ya me entiende.

Pedro apreció que el muchacho miraba de frente, parecía altivo, las derrotas de la vida no le habían mermado la confianza; ¿qué pasaba por su cabeza mientras solicitaba ese trabajo de dependiente? Era innecesario preguntarle si tenía experiencia, para avergonzarse de haberlo preguntado; Pedro era de natural tímido en las entrevistas, incluso en las que tenía que tomar las decisiones. La experiencia se adquiere trabajando, se dijo, y al día siguiente enfundó a Tino en una bata azul tendero —al muchacho le quedaba pequeña pero complaciente la utilizó una semana— y empezó a explicarle cómo tenía que colocar el género en los anaqueles.

En pocos meses la vida de Pedro varió sin cambiar un ápice; faltaba su mujer, lo demás era idéntico. En las ciudades pequeñas los cambios evolucionan despacio, todo sigue una línea trazada de antiguo, apenas hay resquicio para la improvisación pues se ignoran las carencias. La casa parece mayor, hay que admitirlo, de hecho hay más espacio a ocupar, pero no se ocupa, en el mobiliario

prevalece un estatismo reverente, las sillas utilizadas por cada uno se mantienen fieles al cuerpo vivo y al muerto, la cama de matrimonio respira de un lado combándose ligeramente hacia el otro —Pedro pesaba entonces sesenta y cinco kilos, medía ciento sesenta y cuatro centímetros—, el asiento frente al televisor es el mismo, parece como si temiera ocupar los lugares que por hábito corresponden a cada uno, poco importa que falte la pareja, la medida del hogar se mantiene y perpetúa.

Pasado el primer año de viudedad —más rápido de lo previsto al hacer balance de la situación— comprendió que no podía contar con Rosa nunca más. Antes, si le dolía el estómago por la noche la despertaba y ella le preparaba una tisana en un santiamén, si había algo que disimular o reparar padre e hijos acudían a ella; Rosa saciaba el hambre y la sed, aliviaba el dolor y disponía la casa para que vivieran decentemente, ella pensaba por toda la familia mientras los hijos se hacían un futuro en lo que quisieran —ninguno escuchó la llamada de la tienda— y Pedro discutía con los proveedores y para sus mientes bautizaba con motes satíricos a la clientela, abrumadoramente femenina. Esas necesidades tuvieron que ser parcheadas por los que vivían en la casa.

En Villa Dorada el concepto de necesidad ha sido destruido, veinticuatro horas al día de atención, sistema electrónico, timbre, teléfono, las instrucciones sobre la mesilla de noche, control informatizado de emergencias, múltiples actividades para todos los gustos —siempre y cuando se disponga de gusto—, respuesta inmediata a la menor demanda sin cuestionar su fundamento.

El doctor Lapuente abandona la residencia concluida la ronda vespertina. Por las mañanas atiende su consulta

particular, de nueve a una, ubicada en la quinta planta de un edificio inteligente, azul y gris, relativamente cerca de la residencia. A veces se presenta a la hora de comer, turno de las dos, y alterna entre los comensales para que no se diga; también se puede comer solo pero nadie reclama una mesa individual. Pedro evita comer solo. Óscar Lapuente disfruta de buen apetito y al acabar de comer, esporádicamente y por complacer echa una partida de rummy con las habituales de los juegos de cartas, es raro que se siente frente al televisor, tiene su despacho en la cuarta planta y utiliza la sala médica si le parece conveniente.

Pedro, al poco de integrarse en la dinámica de la residencia, recibió la invitación del médico para que visitara su despacho, subieron ambos hacia la cuarta planta en uno de los ascensores y conversaron cómodamente sentados de todo y nada como dos conocidos que se encuentran en la calle después de mucho sin noticias. Desde ese día deduce que su historial clínico está allí, en el despacho privado del doctor Lapuente, y no en el archivo general de Villa Dorada; su patología merece esa deferencia.

Cuando Pedro coincide con Óscar Lapuente al margen de la rutina médica, suelen dedicarse frases corteses que no son de compromiso, cada uno sabe del otro lo que precisa, es un hablar cortésmente impersonalizado, nada es tan importante o exclusivo como para airearlo en público, para eso se recoge uno en la habitación. El médico atraviesa el antebrazo izquierdo sobre el abdomen mientras la palma de la mano correspondiente sostiene el codo del brazo derecho, cuya mano abraza la barbilla confiriéndole un aire reflexivo y formal, como el de quien escucha lo que no ignora sin prejuzgar al interlocutor un minuto

o dos. En alguna ocasión han extendido el diálogo, pero eso no es frecuente salvo a la hora de comer. Óscar Lapuente sobrepasa el metro ochenta, mira a todos los pacientes en plano picado, pero lo hace con delicadeza, como un dios mitológico que evalúa ecuánime los deseos de sus parientes mortales y consiente en lo que haga falta para optimizar la calidad de vida.

Finalizado el fugaz encuentro a Pedro invariablemente le asalta una imagen: el geriatra en su despacho de Villa Dorada, sosteniendo la carpeta con la documentación que clasifica y aísla al residente. Entre las hojas se inserta una verdad oculta que Óscar Lapuente no va a desvelar, así lo piensa Pedro: es una impresión que le ha arraigado. Me oculta lo que sabe no quiero oír, se repite Pedro, no ignora mi situación pero él tampoco encuentra la manera de solucionar el problema y eso que no conoce toda la magnitud del problema. Aunque quisiera minimizar mi problema, hacerme ver que se ha producido el milagro, la segunda parte arrasaría con las buenas intenciones del médico, tercia Pedro con una vanidad que en su situación hay que entender como desespero.

Pedro se adjudica el derecho de valorar su historial como el que más atrae, embarga y confunde al médico, por lo que cada tarde antes de proceder con el turno protocolario de visitas, lo imagina revisando minuciosamente las anotaciones que ha incluido de la jornada precedente, leyendo más allá de lo escrito; siempre y cuando no esté ocupado atendiendo a un paciente que no quiere o puede esperar que llamen a su puerta.

Los que están en capilla, mientras se aferran al presente con los puños crispados y las mandíbulas tensas, los pies en cuña, fuerzan la intervención de espíritus

redentores en aras de un desenlace que difiera ostensiblemente del previsto al final del pasillo.

* * *

Villa Dorada es un edificio de cuatro plantas a la vista y dos por debajo del nivel de la calle que evoca una mastaba. En la primera planta subterránea se practican exploraciones facultativas, análisis y se atiende las urgencias que aseguran la estabilidad del paciente hasta que la ambulancia lo traslada al centro sanitario pertinente. La segunda planta por debajo del nivel de la calle aglutina con pulcra disposición un entramado de cuatro compartimientos casi estancos: farmacia, laboratorio, archivo general del centro y almacén. Una cancela con arco vegetal da la bienvenida a la residencia, se sigue por un pasillo enlosado flanqueado por maceteros apaisados de piedra esculpida, hacia la izquierda se alinean los esbeltos y bien podados troncos de los árboles, hacia la derecha se abre una senda de guijas prensadas con aderezo de parterres florales. La puerta de acceso al edificio es de madera labrada, como la de una casona señorial, basta una ligera presión para que se abra entre ocho de la mañana y once de la noche, a partir de esa hora hay que emplear la llave o llamar al timbre si no se es residente; en uno y otro caso el personal masculino del turno de noche parapetado en recepción, saluda, ayuda o pregunta, y a la menor sospecha de que algo no es lo que debe un dedo ágil acciona la alarma oculta en el reverso del mostrador que alerta a la comisaría del distrito. La dotación diurna es femenina y actúa según las mismas convenciones. Ellos visten de

azul oscuro y ellas de azul pálido. Los médicos lucen bata blanca, no se utiliza el verde quirófano; el contingente sanitario y asistencial se equipa con un conjunto de dos piezas de ese blanco protector. El sacerdote que oficia la misa semanal se llama Vicente Pombo, párroco de la iglesia de la Santa Faz, a la que se adscribe la residencia, sólo viste el traje eclesiástico en la capilla, que está en un anejo de la planta baja; cuando visita en las habitaciones su condición la trasluce el alzacuello.

Pedro recuerda que a su mujer, agonizando en el hospital, le administró la extremaunción un cura con gafas y barba, enjuto y repeinado, cuyo único distintivo frente a la moribunda era su estola y una versión reducida del Nuevo Testamento. Los dejó a solas con un sentimiento de frustración. Rosa Vega era y se sentía católica, apostólica y romana, aunque no seguía a rajatabla la doctrina, pero besaba la mano de los sacerdotes en la calle y se emocionaba con las alocuciones televisadas del papa. De todas formas, se convence Pedro, murió congraciada con Dios.

En la planta baja la vida de los residentes se torna comunitaria aunque no medien comentarios, hay diversos espacios donde elegir cómo pasar el tiempo: Sala de reuniones y de actos publicitados, charlas y televisión, de juegos de mesa, biblioteca con quinientos volúmenes catalogados —novela, ensayo, desarrollo personal y guías prácticas, poesía, ningún libro de medicina, diccionarios y manuales, libros de viaje y una enciclopedia de veinticuatro tomos—, punto de encuentro para visitas, cafetería, comedor, capilla y recepción.

En común lo que más se disfruta es del televisor compartido, de pantalla grande al estilo del cine en una sala

de proyección privada con mando a distancia único, pero el que lo prefiere se recoge en su habitación para recorrer a sus anchas la oferta de televisión por satélite y el servicio de películas que funciona de cuatro de la tarde a dos de la madrugada. Cada habitación dispone de un equipo audiovisual integrado, pero como la pantalla del televisor es de tamaño individual algunos residentes tienen dificultades para seguir las imágenes aun a pesar de las gafas, tienen que acercarse tanto que las ondas hercianas les provocan cefaleas y lagrimeos. Periódicamente, el responsable de ocio y cultura encuesta a los residentes para establecer una prelación de programas televisados y películas o documentales de gusto compartido, mecanografía los resultados para su exposición pública y así queda configurado el calendario de canales y programas día a día.

Pedro, en su habitación, prefiere la radio, ciertas costumbres son adictivas y se perpetúan con los años, como la de conectar el aparato transistor nada más pisar la tienda de ultramarinos. A la clientela no parecía importarle, es más, resultaba un aliciente para postergar la salida con la compra diaria, siempre falta algo que meter en la bolsa, siempre hay hueco para la apostilla. Con la llegada de Tino tuvo más tiempo para los programas de radio, sin desatender sus intransferibles obligaciones y con ojos en la nuca vigilando al muchacho, no tanto por desconfianza, que no existía, como para confirmar su diligencia. Era frecuente que a Pedro le cambiara la expresión y se le acelerara el pulso al hilo de la actualidad, lo notaban todos los presentes, como actor era un fiasco, hubiera deseado participar en aquellas tertulias siquiera por teléfono extendiendo los comentarios que amenizaban las transacciones comerciales, tenía cosas qué decir

a una audiencia heterogénea y supuestamente heterodoxa pese a trabucarse al recibir el conducto deferente de la voz un excesivo caudal. Más bien su impulso nunca satisfecho pretendía oponerse a un comentario incisivo y, en el fragor de la polémica, exigir una rectificación sobre aquello que había zarandeado su natural tranquilo y servicial.

Rosa, más aficionada a las imágenes que a las voces, puede que su imaginación fuera más limitada o su sentido práctico más desarrollado, se divertía por lo bajo con la vehemencia de su marido al narrarle éste, entre quejoso y contestatario, las opiniones que había escuchado a lo largo de la mañana. Ella le recomendaba que no lo tomara a pecho, aquella gente cobraba y seguía, con toda probabilidad, un guión que pretendía provocar controversia y reacciones como la suya, así son las tertulias; hacerse mala sangre es una equivocación. A eso Pedro replicaba que, fuera cual fuese la interpretación del oyente, la intención del emisor era la que era, y ya se sabe, esparciendo se llega a todas partes, habla que algo queda; ya está dicho.

El matrimonio no llegaba a indisponerse irremediablemente por las actitudes enfrentadas nacidas de la polémica. Rosa palmeaba el brazo del sofá cuando le parecía que ya había bastante, no valía la pena continuar debatiendo enconadamente como si les hubieran patrocinado y tener que meterse en la cama con el ceño fruncido y el roce en cuarentena, ella tomaba a broma las rabetas mientras que para él era una cuestión de dignidad y amor propio, la verdad duerme el sueño de los justos. Ella, ahíta de circunloquios, soplaba el clarín y cambiaba de tercio, y si eso no bastaba para sosegar el ímpetu del

tendero se dirigía a la cocina a paso firme para prepararle una infusión de manzanilla o tila, según conviniera.

Una noche tuvo Rosa que bajar a la tienda a por provisiones. Mientras descendía por la escalera se concentró en ese dolor que no era figurado, ni fruto de un estado nervioso. Le costaba fijarlo en el intestino, sabía que estaba allí, reptaba por su vientre desde hacía semanas, de arriba hacia abajo, de un lado al otro, se burlaba de su matriarcal disimulo, a veces parecía ascender hacia el estómago y aun más allá. El último año había dedicado buena parte del tiempo que pasaba frente al televisor a seguir con académica solicitud los reportajes sobre temas médicos. A Pedro no le pasó inadvertida esa tardía vocación, pues le chocaba que su mujer, tan reacia a todo lo que oliera a medicamentos y hospitales, se lanzara a la caza y captura de imágenes, voces y esquemas prefigurando patologías y profilaxis. Ella en ningún momento dijo necesitar una revisión completa o, simplemente, un análisis de sangre o algo tan nimio e inmediato como una comprobación de la presión arterial. Rosa no parecía encontrarse indispuesta, lo que se dice enferma, nada externamente denunciaba una disfunción que pudiera desembocar en un final no atisbado. Entonces Pedro, atendiendo a los presentimientos más que a las apariencias, atemperando el alarmismo que le crecía durante los silencios de madrugada, achacó ese comportamiento críptico a la inefable menopausia.

Rosa Vega deducía que otro era el mal. Ojalá, musitaba a modo de plegaria, la serpiente que se nutre de mis entrañas no tenga uno de esos nombres que erizan el vello al leerlo y provocan un espasmo al escucharlo en boca del especialista; entonces es cuando la saliva se transforma

en engrudo, el estómago se contrae hasta convertirse en una bolsa de peladillas, el ánimo se bloquea y las yemas de los dedos de las manos y de los pies hormiguean quemando; un poco más y serán escaras. Tengo miedo, confesaba al espejo en el que aún se podía reconocer, miedo a saber la verdad; el autoengaño es una máscara que encoge con el uso, la verdad tiene nombre y apellidos, la verdad era ese indeseable inquilino que va ocupando habitaciones que no desalojará voluntariamente; teme que las mentiras piadosas que ha ido propalando a su yo, la suma de excusas que posponen el ponerse en manos de un médico, hayan favorecido el avance sistemático y cruel de los tentáculos. Un cefalópodo gigantesco abrazando al submarino, es una de esas secuencias cinematográficas que se recuerdan. Rosa delira y solloza de cara a la pared, querría convertirse en el héroe de ficción que descubre el punto débil del monstruo y lo ataca y lo mata. La máscara cae al suelo.

Rosa advierte a Átropos, la tercera parca —la verdad tiene muchos nombres y ninguna máscara— desperezándose en su vientre, un engendro mortífero que le rasga las entrañas con parsimoniosa cadencia, garras y dientes coordinados en la tarea destructiva. Al nacer se comienza a morir, es de una objetividad insultante, prepárate para lo ineludible pero no te obsesiones con el final, es un consejo del sentido común. El engendro acomodado en el vientre no quiere salir, nada de luz ni color. En el espejo ropero la película era en blanco y negro. En un instante se recorre el camino transitado: qué rápido es el recuento de lo mucho o lo poco que se ha hecho en esta vida, todo es pasado en este presente efímero de rendición incondicional, incluso aquello que pudo haberse evitado si... Ya

nada es tan condenable como para imaginar que hubiera sido si en vez de...

Ninguno de los clientes de Villa Dorada ha ejercido la medicina como profesión. Pudiera ser casualidad. A lo mejor, reflexiona Pedro escrutando el parpadeo nocturno a través de la ventana, es que los médicos prefieren combatir la senectud haciéndose imprescindibles para sus semejantes, como si ellos estuvieran inmunizados ante las enfermedades que los titulan: años de estudio y práctica obran el milagro. No falta quien conjetura que a los médicos los protege idéntica magia que a los misioneros y cooperantes en el tercer mundo. Es suposición especulativa que a ellos no les perjudica lo que al resto, siendo tan humanos y en consecuencia mortales como sus protegidos y los turistas, o no les afecta con la misma intensidad vírica, o es que sencillamente les da pánico confiarse a otros colegas y por eso están mentalmente inmunizados: el firme propósito es tan eficaz como una careta de colmenero.

Pedro Serreño invoca el espíritu de su mujer en la medianoche y al alba, es un llamamiento que prefiere imaginar a constatar. “Qué haría ella, qué me diría que hiciera”. El espíritu de Rosa acampa en un minúsculo valle de muy difícil acceso que algunos dan en llamar alma. Pedro encuentra en esa superficie no azotada por tempestades un refugio que entre otras cosas atempera la soledad que crece irrefrenable este otoño, presiente que ella ha regresado para responder con su voz a las preguntas sin voz aunque no se deje ver: es un ectoplasma adherido a la nuca o sobre los hombros que regula el pulso y la respiración. Rosa Vega perchada como un ave canora. Pedro no quiere girar la cabeza, a diario presiente densas nubes

arracimándose a su espalda, por detrás del espíritu benefactor, las empuja un viento frío y silbón que canturrea sobre el sueño de la vida; un sueño del que en breve despertará. Entonces, cuando abra los ojos, teme y anda sobrado de motivos para ello, la confabulación de nubes y viento arrasará el valle, o sea, su alma, y arrastrará el espíritu de Rosa, la voz y las respuestas, de vuelta al país de la suposición, y él será el inquilino de la percha, quieto y acomplejado, solo y frágil, enfermo pero no tanto, vivo pero menos que eso, observando de reojo el fin de su tiempo en el privilegiado estacionamiento regulado por monedas. Inútil que rebusque en los bolsillos, los cajones, la libreta de ahorros o en la declaración de últimas voluntades, de donde no hay no se saca.

Con paso metódico, corto y rasante al suelo, con la mirada atendiendo el tictac invariable del parquímetro, el celador palpa su libreta de sanciones. A lo lejos, camuflado en el vaho de un aliento en reserva y con la vana pretensión de transmutar la materia, el infractor idealiza un talonario de recetas, un fármaco para remediar el ansia provocada por la infracción, tictac-tictac-tictac, ¿y el cloc, o el cloc-cloc, o todavía mejor el cloc-cloc-cloc onomatopéyico de las monedas?, amenaza con decir en cuanto llegue a su objetivo.

Un intento baldío de asirse a la esperanza está a punto de arrojarlo al vacío, el cinismo sobre la propia realidad antecede a la derrota. Equilibrios sobre la percha, oscilaciones de funámbulo ebrío. Y despierta antes de caer. Con los ojos abiertos se evitan daños, lo ha oído decir, al mantener la consciencia se consigue flotar en vez de caer, deslizarse en vez de impactar desmembrándose y salpicando con sangre y vísceras el cuidado pasillo vegetal que

discurre bajo el balcón de la habitación número cuatro. Es una de esas muertes que sale a la luz aunque se produzca de noche y en otoño, que exige una investigación diligente, provoca la participación de un forense, puede incoar un sumario y, además, sacude la plácida existencia de los residentes y administradores de Villa Dorada, imperdonable osadía. Quién lo iba a pensar, a saber qué razones esgrimía, ¿era un sonámbulo que pasea por los aleros y al oír que le llaman se despierta y cae al vacío?; la cabeza a veces falla y juega malas pasadas a justos y pecadores; hay quien dice que los animales domésticos pueden sufrir el mal de Alzheimer, ¿será cierto? Según con que se alimente un cuerpo las reacciones futuras son imprevisibles.

Pedro sale al balcón y apoya las manos en la barandilla para sentir la pátina fresca. La noche le obsequia con bocanadas de aire que sortean sin desprecio las ramas de los árboles. Si sus brazos fueran más largos se haría con unas agujas verdes de pino, es un suponer. Un taxi para a pocos metros de la residencia, baja el pasajero y cierra la portezuela despacio, Pedro observa desde el balcón pero ni forzando la vista reconoce el cuerpo que se encamina hacia el espía electrónico sobre la cancela.

* * *

En quince minutos se sirve la cena. Las mesas en el comedor son para dos o cuatro, algunas veces se unen las mesas en cadena con motivo de una celebración social, hay quien aprovecha esa familiaridad de dos o cuatro para consumir un proyecto, indagar en una personalidad

o declarar unas intenciones que previamente se han diseminado como gotas de rocío. Pero si se prefiere estar a solas o en mayor intimidad con la compañía seleccionada, de residentes o invitados, el menú se sirve en la habitación indicada. La oferta gastronómica es la misma sea cual sea el lugar elegido para saborearla: cuatro entrantes, cuatro segundos y cuatro postres; cocina de mercado, atención a todos los paladares y exigencias del metabolismo, raciones y aportes proteínicos y calóricos científicamente calculados. Surtida bodega para aquellos que pueden disfrutarla, aparentemente todos. La presencia de invitados a comer o cenar ha de ser comunicada con antelación, es por seguir un protocolo que a nadie incomoda, el importe por recibir el mismo servicio y alimentos que los residentes corre a cargo del invitador.

La habitación número ocho pertenece a Rosario Maqueda, periodista y divulgadora hermenéutica, eso dicen de ella los que les apetece opinar; hace dos meses que no cena en público pues está atareada con la elaboración de un manual interpretativo de la Cábala —tercera parte, y suma y sigue—, es su octavo trabajo, que como los anteriores publicará la editorial Speculum, existe una relación cordial y fructífera entre autora y editores. Este tipo de manual vende, hay un público fiel que no se cansa de recibir información por parecida o estudiadamente contradictoria que sea.

La biblioteca de Villa Dorada recoge todas las obras de Rosario Maqueda, viuda de facto, su pareja era un corresponsal de guerra canadiense de origen celta que rebasó la última línea de la prudencia y cayó abatido por el fuego cruzado entre guerrilleros y ejército regular en el sur del Líbano, de eso hace bastantes años pero por lo visto el

corresponsal canadiense le dejó tal huella que ningún otro hombre ha resistido la convivencia más de dos años, seguramente ella tampoco soportaba tanto. Rosario antes de enviudar sufrió dos abortos, una vez muerto el amor de su vida se negó a tener hijos, quizá no quiso correr riesgos con su descendencia, podrían haber sido tan temerarios como el corresponsal o todo lo contrario, a saber qué es más decepcionante para las emociones de una madre.

También se alinean en el tercer estante de la biblioteca las novelas de Paula B. No consta en el registro de libros prestados un interés manifiesto por la literatura de ambas mujeres; alguna curiosidad mayor concita Paula B., puede que por la ascendencia de la autora y esos contenidos en alguna medida afines. No obstante, los ensayos pedagógicos de Rosario Maqueda —así quiere ella que se califique su obra— suscitan mayor polémica que las tramas pseudo románticas de la novelista.

Antonio y Virginia Lagunero, uno de los dos matrimonios que como tales residen en Villa Dorada, habitación veinte, suelen parlotear de puertas afuera sobre lo que les apetece, es decir, se puede seguir lo que dicen de situarse en las proximidades de la mesa ocupada. Es él quien habla en fatuo e incansable soliloquio, como si eso fuera preceptivo, mientras ella, a intervalos sincrónicos, asiente, contradice tenue como la luz de una vela en la inmensidad del vacío o meramente acompaña con más gesto que palabra, como si eso fuera lo prescrito. Parece ser que Antonio Lagunero antes de medrar por enlace marital era un empleado eficiente y reservado del viejo administrador de las fincas y demás bienes de la familia de Virginia, un clan de aristócratas rurales con patologías

endémicas y obsesiones remozadas generación a generación; las aspiraciones de Antonio por convertirse en administrador de las propiedades y de la hija menor de aquella encumbrada familia fueron realizándose a perseverantes golpes de oportunidad, con la inestimable ayuda de un presunto rapto con anuencia de la víctima culminado en embarazo. Tuvieron seis hijos, que ya son vástagos, sobreviven tres pero de ellos y sus respectivos paraderos se conoce tanto como de las causas que provocaron las muertes de sus hermanos.

Antonio Lagunero presume de haber hojeado todos los libros de la biblioteca, porque le gusta hacerse una idea de las lecturas encuadradas, explica con suficiencia si se le da ocasión, y luego recrearlas a su antojo en conversaciones de balcón que apabullan a la enredadera de campanillas. Pese a su no disimulado autoritarismo cuando lo que le bulle en las mientes no admite, a su libérrimo albedrío, la más nimia objeción, Antonio es hombre afable y social que antepone el buenos días o buenas tardes o buenas noches a cualquier otra fórmula de inicio. Su mujer es calco fonético, pero su sonrisa no reluce sardónica sino meliflua, puede que empalagosa, y despliega desde su mirada grisácea, tan semejante a su persona, una bondad que insta a tolerarla como algo más que un fiasco femenino, es sentimiento meramente compasivo. Antonio, peripuesto, polemista vocacional, dueñista de primera sangre, adorna su testa con añoso sombrero de fieltro y cintillo marrón cuando sale a pasear con su señora por las calles de la ciudad; a veces, con bochornoso calor en el ambiente y fatiga en las piernas, el matrimonio toma asiento en una terraza a libar horchata o granizado de limón, uno y la otra lo mismo, y reinciden

sobre aquello que empezaron a la hora de comer y terminarán con la cena, dentro del radio de acción del mayor número de oídos posible.

Antonio Lagunero rezuma un deseo inconfeso de trato con el sexo femenino, Rosario Maqueda es su objetivo principal y con ella ha medio acordado periódicas escaramuzas orales, tan estériles como irrelevantes para la periodista; una mano invisible con alianza en el dedo anular ha diseminado rumores que sitúan a Virginia Lagunero fuera de toda estimulación carnal, está inapetente desde hace lustros, vagamente compungido confía Antonio el secreto de su desdicha a esas otras mujeres que no se burlarán de su masculina debilidad, pero aunque por la boca muere el pez y ya todos saben que en la subjetivamente reeditada historia del matrimonio hay más sombras que luces, sobre sus hijos no suelta prenda.

Rosario Maqueda acepta la discusión en el terreno de lo que escribe y lee, y demás anexos relacionales que conforman un universo en expansión. Antonio, en su papel, cuestiona lo escrito, por ella y por todos los demás, y la repercusión pública de las obras y los autores, le molesta que eso que no comparte, que desmitifica con ardor mercenario, entreteja una red que eclipsa la verdad, la verdad única e inasible del Primer Editor de las *Crónicas Universales*, así de categórico es el hombre. Rosario, con doblez puntillista, en tales ocasiones se deja embadurnar con la retórica a falta de mejor alternativa ocupacional con la que deponer sobre la sabiduría de los antepasados. Virginia Lagunero, invitada consorte en la mayoría de los dimes y diretes protagonizados por su marido, oye y otorga, asiente y participa con monosílabos o frases cortas cuando vislumbra el hueco; nadie le obliga a la

sumisión, se ha acostumbrado a actuar como comparsa y se le da bien el papel, la inercia de la inapetencia. Parece que desde niña se decantó por la pasividad validando cualquier estilo de conducta masculina en un prejuicio de equiparación insalvable.

La televisión-cine se desconecta, según el público asistente, entre las doce y media y las dos de la madrugada; en casos excepcionales se llega a esta intempestiva hora: seguimiento en directo de una escaramuza bélica, un clásico cinematográfico que se ha visto diez veces y se verá, si la salud lo permite, otras tantas, o una entrevista en formato distendido que gusta de comentar en público antes de meterse en la cama, con la satisfacción de haber testificado como espectadores sin voz ni voto en la participación amañada de un personajillo bufo.

Los noctámbulos televisivos en la sala de proyecciones son, por regla general, los más recoletos en su forma de actuar pública, con la excepción de Antonio Lagunero que deja acostada a Virginia para lanzar cabos que no atina a amarrar donde pretende —sólo sabe él lo que pretende y así, si yerra el lanzamiento, aquí no ha pasado nada y santas pascuas—, pero como el ambiente de madrugada y la proximidad de los asientos concilian apetitos y reservas, los discretos se animan a encaramarse al escenario. Sobresalen en la faceta transformista María Antonia Silva, su habitación es la número dieciocho, viuda de Raimundo Quiñón —industrial metalúrgico como sus antecesores, cuya principal aportación al legado familiar fue la de negociar el traslado de las instalaciones y el grueso de la nómina de asalariados a un polígono industrial de ciudad dormitorio, cuando esta práctica no era la común de las empresas; dicen que el

modélico acuerdo a cuatro bandas le permitió retener en su patrimonio un palacete modernista de muy elevado valor catastral—, y Magdalena Orive, su habitación es la diecinueve, viuda católica apostólica y romana, coleccionista de objetos sacros que exhibe en su domicilio que está a escasa distancia de la residencia, inventariados y expuestos como en un museo curial; la colección será donada al palacio arzobispal al fallecer la propietaria.

Pedro Serreño ha encasquetado a Magdalena Orive el mote de *la sufridora*, y es que, afirma Pedro ante el espejo del baño, esa mujer es la viva estampa de *La Dolorosa*, madre y mujer abrumada por la humana perfidia. El marido de Magdalena es un misterio encubierto, no es caso aparte, se ignora el nombre, la actividad profesional y las rentas proporcionadas a su esposa, a la vista está que abundantes. Las dos viudas, María Antonia y Magdalena, se sientan juntas a la mesa y ante la pantalla, pero no suelen presentarse a la vez en los eventos que debidamente espaciados tienen lugar en la sala pública, también comparten algunas de las actividades que terapeutas y diplomados en comandita ofrecen a la clientela de Villa Dorada.

Los médicos y demás personal de atención directa se desplazan por la ciudad en vehículo propio, una persona un vehículo y viceversa, las visitas obran de igual manera, aunque llegan a ser dos o tres los ocupantes de un mismo vehículo. A cincuenta metros de la verja hay un aparcamiento privado cuyo letrero reluce día y noche anunciando, alternativamente, si todavía dispone de plazas vacantes o está completo para los no abonados. Los médicos y administradores no tienen ese problema, sus plazas de aparcamiento están reservadas en régimen de

pupilaje; el día seis de cada mes se paga el importe global que previamente ha sido contabilizado, con los justificantes, en una partida de gastos específicos. Las visitas estacionan en el mismo garaje, es el más cercano y sus vigilantes, tres a lo largo del día, entienden de mecánica y reparten conversación protocolaria y cotilleo si se les requiere. Antonio Lagunero acude dos o tres veces por semana a echar un rato de palique con los empleados, cualquier excusa es buena para acercarse al garaje a intercambiar notas de sociedad, los empleados se avienen a la charla a según que horas, y Antonio —que narra gratuitamente y sin venir a cuento una oprobiosa parte de su vida tomando como ejemplo un campo de concentración: trabajos forzados, aislamiento, mala alimentación y nula afectividad— jugando a ser juez y parte, campechano e inflexible, se autoproclama mediador plenipotenciario entre asalariados, patronos y dirigentes. Virginia sabe de las correrías vecinales de su marido, a él le falta tiempo para contarle lo más jugoso magnificando los chismes, aunque a ella le traiga sin cuidado lo que se cuece más allá de la verja.

Los empleados del aparcamiento conocen tanto de lo que sucede en Villa Dorada: quién es quien, qué hace y cómo está, las visitas que recibe cada cual y las idas y venidas de los residentes, como el personal de recepción y casi como Abel Laroza, el director gerente. Antonio Lagunero desempeña bien su misión.

Las habitaciones de los residentes se sitúan en las plantas segunda y tercera, veinte en total, todas disponen de balcón y vista ajardinada los primeros metros; sólo fue posible escoger habitación al principio, desde entonces las llaves de las habitaciones se entregan cuando sus

anteriores inquilinos las abandonan.

La cuarta planta está rodeada de terraza sin cubrir que se utiliza como solárium, gimnasio al aire libre y zona de paseo rectangular en la que solazarse con perspectiva de plano picado. Las copas de los árboles sombrean pictóricamente esa atalaya. En la parte techada se reparten espacio la administración —con celdillas de mampara biselada y la sala de juntas—, los despachos profesionales —el del doctor Lapuente y el del doctor García que comparte con la doctora Balma—, y la sala de fisioterapia donde se aplican técnicas naturales y mecánicas.

Dos ascensores conducen de uno a otro piso para mayor comodidad de las articulaciones, aunque son pocos los que conscientemente ignoran la recomendación de bajar y subir escaleras a ritmo pausado; el personal médico insiste en considerar este ejercicio como una rutina más de las que se llevan a cabo durante el día, una práctica de higiene física y mental, con moderación claro es, la cual, indica el doctor Lapuente a quien le consulta al respecto, permite reconciliarse con la imprescindible motilidad tras, por ejemplo, una sesión de entretenimiento visual, de habilidades manuales o plática distendida de sobremesa.

—Vientre hacia dentro, ¡ups!, al estar sentados —insiste Óscar Lapuente—. Merece la pena el sacrificio para mantener la columna recta.

—Una columna firme es garantía de feliz longevidad —añade el doctor García, dando ejemplo, clasificando la eficacia de las funciones vitales según el ángulo de inclinación del tercio superior del cuerpo respecto a la vertical imaginaria, ideal y frecuentemente hipotética de la columna vertebral.

El doctor Sebastián García reparte sonrisas y frases amables por doquier, le sobra predisposición para auparlo al decaído. No se cansa de recordar —aunque allí parece innecesario— que la depresión es una circunstancia evitable, un mal refugio ante las adversidades. El doctor García ejercita la mayoría de los músculos faciales con total naturalidad, asegura que eso es saludable y beneficioso a todas las edades, es como un político no sardónico en campaña electoral que a ningún fotógrafo permite captar un desfallecimiento, un mohín de tedio, un atisbo de vacilación ante la coyuntura sobrevenida. Es la mano derecha de Óscar Lapuente, por decirlo en otras palabras, el segundo de a bordo en materia médica. Cuando coinciden en Villa Dorada los dos médicos es fácil verles departiendo sobre lo divino y lo humano, con lujo de gestos por parte de Sebastián García, en la cafetería de la residencia, antes del turno vespertino de visita; no les incomoda la participación ocasional en su tertulia de algún residente, ya se sabe, es la ocasión de comentar, como de pasada, algo que afecta a propios y a distantes conocidos.

A principios del mes de septiembre, un atardecer de luminosidad tornasolada en el follaje del jardín de Villa Dorada, y calor riguroso, Lorenzo Cot, el arquitecto que ejerce y asesora a voluntad, se incorporó al dúo de galeños acompañándose de agua mineral con un chorrito de limón recién exprimido. Sentado junto a Sebastián García, ejemplariza a su manera, con la suficiencia de quien está de vuelta de todo pero evita ofender —trazando surcos en la base de su copa como para distraer la atención por sí sus palabras distorsionan en demasía la definición académica de lo que expone—, las continuas referencias a la sustantividad de la columna vertebral, su prevalecer

en la profilaxis de multitud de dolencias en los estadios avanzados del proceso fisiológico y su determinismo científico. Pausa en la geometría digital y en la voz, el auditorio escucha el silencio estudiado, participando tácitamente de la puesta en escena.

—Dibujo con mi cuerpo una columna ática. ¿Visualizan a lo lejos un pilar enhiesto, diríase desafiante? Mi madre me obligaba a caminar tieso como un palo, me perseguía hasta en sueños: ¡venga, hijo, como si fueras a coger la manzana con los dientes!, repetía convencida de estar obrando como se debe. ¿Recuerdan el juego de la manzana, el cordel y las manos a la espalda? Tanto insistía que yo iba por la calle casi de puntillas, lanzando dente­lladas al aire, a las nubes y al Sol. Era una columna embebida hendiendo el cielo, nada de inclinar la cabeza, la mirada al frente, ¡qué dolor en el cuello!

”Ella consiguió que yo caminara envarado como un déspota. No se imaginan lo que cuesta mirar al suelo sin acercar la barbilla al pecho. La de monedas que dejé tras de mí por la dichosa postura, las defecaciones que se adherieron a las suelas de mis zapatos por no poder registrar los elementos decorativos de las aceras.

”Sin embargo, mi madre se mostraba benevolente con mi columna a la hora de estudiar, que no a la de comer; todavía no me explico esa laxitud en la disciplina. Gracias a eso yo me convertía en un acordeón al que de tanto en cuanto se le libera de su rigidez. ¿Me siguen? Aquellos eran momentos de sublime relajo, casi apoyaba la frente en los libros, escribía con pluma y flequillo. Hasta que el oftalmólogo aclaró que mi anárquico proceder era motivado por una deficiente visión cercana. Con las gafas puestas recobró la verticalidad mi columna motu

proprio.

”Lo que no quita para que en mi fuero interno continuara añorando el sensual corcoveo de perros y gatos, y a modo de burdo pero terriblemente satisfactorio remedo me desperezaba a gusto detrás de la puerta de mi habitación, grotescamente contorsionado. La obsesión de mi madre por la postura erguida, el porte gallardo de quien aspira a las metas más codiciadas, me hizo comprender que la belleza de las columnas fajadas y rostrales sólo es admisible en arquitectura. ¿Me siguen? No hace falta imaginar demasiado, hay ejemplos para dar y vender por todas partes.”

Horas antes de la disertación ante los dos médicos, Pedro Serreño se encontró con Lorenzo Cot cerca de la residencia, de regreso de una caminata matinal y hurgando entre los ripios almacenados en una vieja cómoda recubierta con el polvo de la ausencia. No sabe qué busca exactamente, no tiene una intención preconcebida, aunque sí quiere encontrar algo; las soluciones a los enigmas aparecen en el lugar menos sospechado, también en los arcones, las cómodas y los anaqueles de la despensa de un hogar quebrado.

—Bonito día para dar un paseo —le saluda Lorenzo Cot con fino movimiento de la mano derecha. Pedro adivina que ese taxi que sorte a una furgoneta de reparto estacionada en doble fila era el calzado del arquitecto—. Siempre que me es posible salgo a descubrir el mundo, lo que se conoce y lo mucho que se ignora. Soy un ferviente admirador propenso al embeleso que no quiere perder detalle de eso que, con toda probabilidad, debo haber visto y aun imaginado miles de veces. ¿Me sigue?

Pedro atiende al arquitecto con asentimientos de

aprendiz. La sombra de los árboles del cinturón vegetal de Villa Dorada tizna la acera, donde han quedado mirándose como si pretendieran descubrir más de lo que cada uno imagina del otro. Lorenzo Cot huele a esencia de consejero delegado, a fragancia de nietos a punto de volver al colegio en el nuevo curso y a tarjeta bancaria preferente.

La cálida mañana había despertado a Pedro con sacudidas en el hombro, conminándole a que saliera a la calle a confundirse en la vida ajena, rememorando el primer año y medio de residencia. Por aquel entonces, tan lejano en la idealización del recuerdo como próximo en fecha, su objetivo básico —podría afirmarse que único— era descubrir un mundo nuevo y anhelado que degustar a pequeños sorbos, para no atragantarse ni indigestarse. Sentía que su breve vida estaba en él, sólo en él y era sólo para él. Una vida circunscrita al presente y un presente enmarcado en la posibilidad de vivirlo cómoda y felizmente. Como ya era imposible recuperar los antiguos sueños de viajes y, más que nada, a quien los propiciaba, eligió recorrer un mismo camino muchas veces absorbiendo todo lo que diera de sí, con la imaginación un tanto postergada y el bombeo irregular de su corazón olvidado incluso de noche, en la cama y con los ojos abiertos pero ciegos a los contornos de los muebles y las paredes. La realidad, decidió, debía ser la captada por los sentidos, esa y no otra era la percepción de la vida que deseaba y a la que se consagró prioritariamente, sabedor de dónde fijar el límite de sus aspiraciones. Ahora formaba parte de una comunidad de ancianos, de diversas edades, cultos, adinerados y bien atendidos; él era uno de ellos en apariencia, y así se lo reconocían en Villa Dorada

y en las calles adyacentes.

El arquitecto parece satisfecho, puede que esté metido de lleno en un proyecto interesante, piensa Pedro.

—Fíjese en nuestra casa —sugiere a Pedro asiéndole el brazo para encararlo hacia el edificio. Hay una familiaridad gozosa en Lorenzo Cot, un éxtasis comunicativo que ilumina su aguda mirada y dibuja un gesto labial travieso—. ¿No le recuerda a una pirámide escalonada del antiguo Egipto? Por ejemplo, la que mandó construir el faraón de la III dinastía Huni, en Maidum, finalizada por el faraón de la IV dinastía Snofru, hace algo más de cuatro mil quinientos años.

Lorenzo Cot se explaya con la historia funeraria de civilizaciones extintas. Le fascinan los cementerios de mastabas y sus correspondientes hipogeos, le atrae la innovación estilista y mágica de la pirámide escalonada de Saqqara, ordenada por el faraón Djoser, concebida por el polifacético y mítico Imhotep, arquitecto, sanador, maestro escultor, sabio y mago, quien, además, cumpliendo con su función de sumo sacerdote, concede al cuerpo, envoltorio del alma, una morada eterna.

—La mastaba es la mansión de los muertos. En Mesopotamia tenemos que hablar del zigurat, la montaña de Dios, el cordón umbilical entre el cielo y el planeta donde moran animales, vegetales y minerales; en mi habitación conservo una fotografía con la reconstrucción imaginada del impresionante zigurat de Ur. Tengo que enseñársela.

Lorenzo Cot se enorgullece, pero sin alardes, de su vasta obra erudita sobre la arquitectura de las civilizaciones fenecidas, se titula *Vanidades en piedra*, conjunto de ensayos que amplía a voluntad; la editorial ha vendido ocho ediciones y dieciséis reimpresiones, es un libro de

culto para profesionales e historiadores, pero no es posible hallarlo en la biblioteca de la residencia.

La semejanza entre Villa Dorada y un monumento funerario, aun en lo arquitectónico, resulta inadecuada al parecer evolutivo de Pedro. El edificio, y más concretamente la singularidad del concepto, es una obra consagrada a la perpetuación de la vida y sus placeres dimanantes de quienes originalmente los han conocido y disfrutado. Villa Dorada no le evoca un mausoleo o un panteón que envanece a los difuntos alojados, sino que le traslada la recreación esmerada de un palacete deleitoso para la genealogía de familias opulentas y allegados por afinidades varias. Pero cuando Lorenzo Cot aborda el tema de la torre de Babel, sin solución de continuidad en su magisterio, cree descubrir en los cimientos del edificio no precisamente el hipogeo que acompaña a la mastaba sino la irrenunciable aspiración de la especie por alcanzar el cielo y la divinidad desde la Tierra; incluyendo la antena parabólica como símbolo egregio de la relación sin fronteras.

—Hay un más allá, créame —profetiza el arqueólogo de número—; y su febril búsqueda es la manifestación palmaria del progreso de la humanidad.

Esa mañana de septiembre Pedro ha salido a oír la vida, la sutil combinación de sonidos que da forma a la vida. Presiente que la variopinta voz del mundo enmudecerá pronto para sus oídos, según redacción y firma, aunque la ejecución de la sentencia se pospone incomprensiblemente. La vida habla, con voz diferente a la del mundo; puede ser su voz música, ruido, estrépito o murmullo, insulto, imprecación o alabanza y reconocimiento; pero en ningún caso es silencio, ni es peor que la

incertidumbre. Nadie que esté vivo ha de ignorar la voz de la vida, filosofa un agobiado Pedro Serreño.

* * *

Desde el balcón de la habitación número cuatro, con las voces de la ciudad difuminadas, Pedro medita sobre lo perenne y lo pasajero; no lo toma como una mera evasión de sus miserias y se esfuerza, dentro de su entendimiento, por llegar a algo. Le parece muy simple reconducir los sentimientos a la dualidad antagónica entre lo material y lo inmortal. Dónde, pregunta a las ramas de los árboles, está el alma de un desasosegado, dónde enraíza la conciencia de un hombre mediocre, aterrado por las premuras mundanas. Su mujer, Rosa, sí sabría qué hacer en tal situación; aun sometida a los límites impuestos por su enfermedad era capaz de flirtear en juego lúcido, apasionado y sentimental, con la vida y la muerte.

Pedro vive su muerte desde hace cuatro años, la muerte no va a sorprenderle al raso ni incomodarle con su efigie tenebrosa que parece caminar de puntillas, archiva en carpeta preferente el seco crujido que acompañó a Rosa en la despedida, hay que protegerse del relente. Distingue la cara de su mujer modelada en las ramas de la acacia y el sauce, serena, aceptando en la agonía que el sutil juego de tira y afloja había concluido en derrota para ella, es ley de vida. “¿Para ella?”, masculla Pedro resabiado con el destino. Esta vez no hay vuelta de hoja, le había dicho Rosa al oído, no tengo cuerda para más, lo peor y lo mejor te queda a ti, aquí. Los tres hijos se adaptaron a la nueva circunstancia mejor que el padre. Cree verlos junto a la

cancela de la elegante residencia, siluetas que aletean, se detienen un momento y siguen más allá de la vista. Está solo, en la habitación número cuatro, voluntariamente solo y recluso en sus miedos.

El miedo le ayuda a pensar, es una válvula de escape, pero no aporta soluciones, no del tipo que pretende. Las causas producen efectos, pero la misma causa puede provocar diferentes efectos. Pese a su miedo y falta de iniciativa, Pedro no cierra los ojos, no dispensa esa gran satisfacción a la debilidad. No es hombre plenamente religioso, por eso no entiende de alivios temporales, de tránsitos más o menos prolongados, de temores sobrenaturales; él teme a la provisionalidad, al titubeo y a la imprevisión. Nadie confía en una sola opinión, pero fueron cuatro, unánimes y autorizadas. ¿Hubiera dicho lo mismo el doctor Lapuente en la rueda de reconocimiento? Durante la primera revisión exhaustiva certificó el pronóstico de sus colegas, Pedro sintió alivio, se desvanecían las más recalcitrantes sospechas, es humano dudar hasta de las evidencias. Óscar Lapuente viene precedido de su fama, es una autoridad en la materia, irrefutable su dictamen.

Faltan diez minutos para servir la cena.

En secreto de confesión sin celosía de por medio, en la iglesia de la Santa Faz hace seis meses, Pedro desvela su situación, sin omitir detalle, a Vicente Pombo. El sacerdote, fiel a su encomienda y al margen de personalismos, escucha y sin esfuerzo lee entre las líneas mal trazadas y plagadas de tachones. Este hombre, reflexiona sobre la marcha, ha cedido al pánico, al peor de todos, el que nace del estupor, su angustia es patente y la calma con la que la transmite la acentúa, no va a luchar, no sabe contra qué tiene que luchar, es un naufrago carente de isla o barco

en lontananza, reconciliado con su tragedia pero no con el destino, su espíritu ha sucumbido, todo lo que le diga se perderá en el infranqueable abismo de la incredulidad, no tiene fe en sí mismo o no quiere creer que la sorpresa que declara y maldice para la inmensa mayoría de humanos sería una deprecación atendida.

Pedro aspira a sustraerse de la alternativa a un destino acatado. Vicente Pombo, *quid pro quo*, le habla de Villa Dorada, de como allí, por expreso deseo de los residentes, se vive la rutina de lo predecible sin sobresaltos, no es un mandamiento divino pero tampoco entra en contradicción con las pautas de comportamiento exigibles a una sociedad civilizada, consciente del tránsito que representa estar en este mundo. Poco después le confiesa que ha recibido mil veces el olor de la muerte, esa emanación que anticipa certeramente el porvenir. Pedro no desprende el aroma de la postrera despedida, así lo certifica el sacerdote, médico de almas, médico por asimilación, no presiente que la muerte ronde al feligrés ocasional, en un plazo breve. Le dice, por último, que habiendo renunciado al más allá y al poder, no aspire a otra cosa que a vivir; si ese es el veredicto, cúmplase. Omitió, por no ser la circunstancia propicia, lo de que Dios proveerá.

Cinco minutos y la cena. Baja por la escalera, flexionando las piernas como un títere, es un reflejo de otra época. Pedro, Rosa y los tres hijos bajando y subiendo la escalera, del piso a la tienda y a la inversa, un juego de familia que suplanta al de estar contando y recontando los peldaños, resoplando y gimiendo por la de veces al día que se repite el mismo suplicio.

Al final de la escalera se encuentra con el matrimonio Alonso Peris, simétricos ellos dos, así se presentan en

público y se puede afirmar que no fingen, convienen con Pedro en aspectos cívicos que comentan mientras comen, les corresponde la habitación número diez. En el último año comparten mesa asiduamente, es una práctica que no han forzado y que, remitidos a las pruebas, satisface a las dos partes. Da a pensar que se hubieran encontrado los tres después de años de caminos divergentes y propósitos comunes. Ella, Regina, es habladora y curiosa, de risa franca y sonora, se encandila con las historias cotidianas, de lo vulgar a lo trasnochado, sobre todo si abundan en el componente familiar y si son televisadas. Él, Ramiro, calla y otorga, participa comedido en las ocurrencias de su esposa, prefiere lo privado a lo público, adora la música y el baile. Una vez a la semana el matrimonio pasa la tarde en una sala de baile apta para sus pretensiones, dos horas como máximo, raramente consumen bebidas alcohólicas. Regresan caminando sin ninguna prisa, se cambian de ropa y cenan con Pedro, con quien se tercie, o a solas si Ramiro sufre uno de sus habituales y controlados achaques. La batuta social la maneja ella, pero tiene muy en cuenta las simpatías o antipatías de su marido a la hora de escoger compañía y de tratar asuntos.

Pedro Serreño no está de buen humor, disimula eso sí, toma asiento y pide lo que cree le va a sentar mejor. Su estómago está activo e irónico, podría con todos los platos de la cena y los postres, una paradoja que le coloca en mala posición. El matrimonio ha estado en la sala de baile, Regina cuenta que la orquesta flojeaba en lo que a ellos más les gusta, algo que pasa con cierta frecuencia. Pedro se pregunta cómo ha aguantado Ramiro dos horas de baile con la cara que trae. Entonces y sin venir a

cuento, Pedro toma la palabra y les suelta lo del indigente que excretó en la vía pública, a las once de la mañana, con cientos de testigos estupefactos.

—Hay historias que dan reconcomio —lamenta Regina con mueca de resignada impotencia, instintivamente se pinza las aletas de la nariz, es un acto reflejo, como lo es el de solidarizarse con el alivio fisiológico del irredento defecador—. Y algunas me ponen la piel de gallina, no hay más que ver la televisión para darse cuenta de la suerte que tenemos.

Ramiro parece tenerlo claro y acusa, beligerante y equitativo, a desheredados y piadosos a pesar de las punzadas que le sodomizan la zona lumbar.

—Sacrificio, previsión y no caer en vicios —separa elevando el tenedor a la altura de sus lentes de présbita, que enmarcan unos ojos de mirada unidireccional. Son como los de ella, expresivos pero feos; también hermanadas están sus bocas: grandes y de labio superior muy fino: señal de tacañería, en versión de la difunta Rosa Vega.

Pedro está últimamente más que sensibilizado con el infortunio, le importa muy poco quién sea el responsable o dónde radique el problema: si en el individuo, en el caldo familiar o en el magma de la sociedad. Sabe que la salud y el dinero imperan en la ruta vital de la persona; de tener algo, bastante o mucho de salud y dinero a no tener apenas o nada cambia la vida radicalmente, y así mismo se altera la traducción del destino y se convalida la probabilidad de ser dueño de los propios actos por la dependencia de agentes exógenos que desvirtúan, encajando o camuflando, la penumbrosa tela de la reconversión.

Pedro, a qué negarlo, padece de egoísmo, la desgracia

ajena le afecta porque se ve reflejado en ella al volver la esquina; pero sobre esto nada da a entender.

—A mí me da que pensar la infancia de esa gente, el pésimo ambiente familiar, esas necesidades y esas actitudes que crecen como la mala hierba, y seguramente palizas y reproches y amenazas a diario —adereza Regina, barajando en su cabeza imágenes de otra época.

—Mi padre quedó completamente huérfano con cuatro años, tuvo que apechugar con los trabajos más duros siendo un crío, no fue al colegio, no le sonreía la fortuna ni se le vislumbraba un futuro al que asirlo, y sin embargo no cayó en vicios ni depresiones, se casó, tuvo cuatro hijos y a todos nos dio educación y oportunidades para salir adelante —ataja Ramiro con el tenedor en ristre—. No me vengan con traumas ni monsergas, hay quien nace responsable y quien no lo será nunca por mucho que le allanen el camino.

—Son otros tiempos —media Regina en la polémica, no va a consentir la siembra de cizaña entre ellos. A Ramiro le empieza a molestar el brazo, calambres, hormigueo.

Pedro recupera la escena y la vierte en las conciencias del exiguo jurado, impelido a presentar una interpretación objetiva de lo acaecido en el día de autos, aflorando como la maleza en los yermos síntomas enfermizos en su proceder.

Las once de la mañana, día legañoso de mayo, la gente va a lo suyo, que es lo natural, con la mirada en su presente y en el futuro inmediato, y las manos ocupadas con los utensilios cotidianos. En la calle menudean las figuras animadas que van y vienen, y continuamente entra y sale público de los múltiples establecimientos comerciales. Un hombre astroso arrastra los pies y tropieza con los

imperceptibles salientes de la acera. Debe apestar, imagina Pedro, es la primera impresión, la que califica y sedimenta el juicio de valor, va borracho, ¿por qué no creerlo? y acabará cayendo sobre la granulosa calzada y le atropellará el autobús. De repente, algo invisible detiene la oscilante marcha del cuerpo macilento, barba enmarañada y sucia como el cabello pegado a la frente. Las manos, libres de objetos acusadores de su estado, vacías de amenazas para los peatones, revolotean torpes hasta dar con el botón que ciñe el pantalón a su vientre cóncavo. Entonces, atento a la escena y derivaciones, Pedro se sorprende de no descubrir una cuerda deshilachada a modo de cinturón, es un estereotipo de origen picaresco. El botón cede a regañadientes y la descendida cremallera de la bragueta culmina el despiece sin traba, los torpes dedos que destacan de unas manos envueltas en costra consiguen su objetivo y el pantalón se desploma amortajando un par de zapatos rescatados de un contenedor de basura, según el locutor y guionista. Las piernas ceden al impulso de la voluntad. Los camellos y dromedarios, en el caravasar y en las zonas turísticas donde sirven de reclamo y atracción, reciben unos varazos en las patas para que sus cuerpos desciendan al nivel de carga y descarga, lo hacen rezongando en su idioma. El hombre observado no para de mover los labios en letanía que Pedro, a distancia, no puede descifrar, sin dirigirse a nadie de cuantos en anonimato presuroso trazan un desvío asqueados e irónicos; a Pedro le cautiva el sentido del ridículo el abanico de mohines de repulsa de la ciudadanía más que la lujuriosa deposición del indigente. Debe estar loco, oye cerca y bien audible: es una frase que cala; ciertas sentencias espontáneas ayudan a mitigar lo inaceptable: estas

cosas no pueden pasar aquí, de dónde ha salido este tipo, si me lo cuentan no me lo creo. Sobre la acera queda el mojón, un menhir de materia orgánica; el cordón preventivo alrededor del aliviado es grande, a cada instante mayor. El pantalón vuelve a cubrir la desnudez parcial, cerros veteranos de orines colorean de ocre la zona pelviana, el pantalón una vez fue gris, la chaqueta marrón, los zapatos negros, la camisa verde y la camiseta blanca sin matices.

Un minuto de principio a fin, un momento, una vida que llega, pasa, asombra, inquieta y se olvida. La circulación peatonal queda de inmediato restablecida, el hombre desaparece de la escena trastabillando, se convierte en neblina en una mañana entelada, luego en humo, una brisa inquieta y húmeda barre el lugar. Pedro se enquista en la acera, perpendicular al mojón. Se pregunta cuánto tardará en ser recogido o quién lo pisará primero. Antes de seguir el camino que se transita para no llegar a ninguna parte de la que sea imposible el retorno, observa a una pareja que desde su coche reprueba el vaciado, y a un perro de raza tironeando de su dueña porque ha descubierto el cagajón y en caliente quiere olfatearlo para identificar al congénere que lo ha expelido.

Pedro magnifica el retablo de la descomposición tomándose como modelo.

—Afortunadamente no tenemos que pasar por eso — musita Regina, contrariada por el sesgo que ha tomado la velada. Dobla cuidadosamente su servilleta y mira de reojo a su marido que paladea el postre—. Me parece que tomaré una infusión de poleo.

Ramiro se atraganta llevado de su fruición, deja las gafas sobre la mesa y echa mano del pañuelo. Ella le acerca

la copa con agua.

Dice Regina que se quedan a ver la película en la sala, se la ha recomendado una amiga con la que fue al teatro el miércoles de la semana pasada. Pedro asiente, aunque todavía no sabe qué va a hacer.

De momento decide subir a su habitación, alegando ante el recompuesto Ramiro y la ecléctica Regina que ha de poner en orden unos papeles, y lo que hace al cerrar la puerta que lo separa del mundo dorado es tumbarse en la cama con los ojos abiertos, no se encuentra fino, pero no le duele nada, una dualidad con la que convive desde hace meses. La cena ha sido apetitosa, como siempre, aunque ha podido fastidiarla con su descripción minuciosa del cuadro, quizá se ha dejado llevar por el cúmulo de emociones que se alojan en su cabeza, hay que ser prudente con los detalles escabrosos y no traslucir los sentimientos hasta ese extremo. Pero como hablaba para su capote se justifica con un suspiro y se obliga a elegir escenario para esa noche.

La película viene precedida de justa fama y unos cuantos premios, a pesar de los numerosos cortes publicitarios mantendrá expectante a la audiencia. La clave del éxito de una película estriba en el grado de atención que conserva e incrementa en el espectador hasta los títulos de crédito; repasa unas cuantas de las seguidas en el televisor de la residencia, el público asistente se siente libre de comentar en voz baja, unos son más proclives que otros, ellas más que ellos, en franca minoría los varones residentes y visitantes, las viudas más que las divorciadas y solteras. Pero aquellos que ya la han visto, y que al repetir concitan un nuevo público, guardan silencio respecto al desenlace de las escenas, venciendo el cosquilleo

de la notoriedad.

Pedro sucumbe a la tentación de continuar vivo entre los vivos. Baja a la sala y tiene la idea de sentarse junto a Ramiro, por seguir la inercia de la velada, pero antes de localizar a la pareja ve a Gerardo Zúñiga, ochenta y cuatro años de experiencia logística, empresario del transporte, pionero en las entregas rápidas cuando el concepto de inmediatez era novedoso y menos exigente, su habitación es la dieciséis.

Gerardo Zúñiga vendió su flota de camiones y furgonetas a un emergente competidor, cuando la competencia puso en marcha la devastadora política de caída de precios para sobrevivir. Intuyó que el negocio dejaba de serlo, y, tras cuarenta años de servicio personalizado y exclusivo, se decantó por la mediación, reconvertido sin esfuerzo en comisionista de contactos entre proveedor y cliente, su reputación le permitió seguir en el candelero diez años más, y se retiró por propia voluntad y por los intermitentes ataques de gota, todo influye, con las arcas rebosantes de dinero bicolor. Su esposa, fallecida ahora hace cinco años, le achacaba el haber abusado de los placeres de la mesa. Gerardo no niega que ciertos alimentos le atraen más que las piernas y caderas en las pasarelas de moda.

—Me era más aseQUIBLE que me sirvieran unas angulas recién capturadas que a una de esas maniqués espigadas, incluso pagando —reconoce jocoso.

Gerardo se convierte en la pareja nocturna de Pedro ante el televisor. A distancia saluda a Regina, casi disculpándose, ella siempre tan pendiente de todo, por mera curiosidad bienintencionada.

—Si me duermo me das un codazo —indica Gerardo

que tutea a todo quisque desde la primera frase de acogida, y se arrellana en la butaca echando mano de su pipa. Ya no fuma, en la residencia nadie fuma en público. Gerardo fumaba labores de Filipinas, y habanos en el último tercio de adicción, dice que dejaba quemar los puros entre los dedos, le gustaba abstraerse con las filigranas que dibujaba el humo. Se lleva la curvada pipa a la boca y allí la sostiene, la cazoleta está vacía, nunca ha sido cargada.

Lo de Pedro eran las brevas, fumadas a intervalos de trastienda, ni en la casa ni con la clientela enfrente. En las celebraciones puros, de marca, comprados al efecto y consumidos en el acto. Con las brevas jugaba a encender y apagar, chupadas aceleradas y pausas en equilibrio labial, hasta que eran cabos difíciles de coger.

Pedro dirige la mirada al reloj de pared. Es una antigüedad donada en vida por el finado Alberto Unzueta, el único residente fallecido en la residencia en los quince años de historia de esta Villa Dorada. Dicen que entre otras aficiones coleccionaba relojes de todo tipo, dimensión, utilidad y procedencia. Pedro colecciona el paso del tiempo desde que murió Rosa, y con redoblado empeño desde que el coro de cuatro voces médicas pronosticó cuánto tiempo latiendo le quedaba a su corazón enfermo. Según el momento del día se rodea de sus ficticios relojes a los que da cuerda, saca el polvo o simplemente contempla meciéndose en el balanceo de las saetas. Sospecha que se divierten a sus expensas.

Pedro quiere saber a ciencia cierta lo que le resta de vida. Óscar Lapuente cuantifica con medida. En la sala de recreo televisivo el reloj de pared, con las dos varillas metálicas hendiendo la bruñida lenteja que sirve de espejo a los insectos, marca el tiempo que falta para la despedida

del residente en la habitación número cuatro.

Falta poco para el inicio de la película, ligeros carraspeos y roce de cucharillas con la loza de platillos y tazas. Algunos asistentes se mezclan fraternalmente con sus atendidos. Y cada cual comenta sobre lo que le apetece antes de sumergirse en la expectación de la platea. Gerardo sostiene la pipa con su mano derecha, en breve cabeceará y su compañero consentirá que dormite apaciblemente mientras no ronque.

Pedro desvía su mirada tristona hacia el valioso reloj de péndola infatigable; en ese momento, quizá en todo momento, es el único que obsesivamente escucha el sonido monótono que es voz subyugante, canto de sirena, efecto hipnótico que con poderosos brazos fríos y rígidos lo eleva por encima de las entretenidas cabezas de los espectadores para conducirlo ante el objeto del deseo. La película que viven los demás encubre la furtiva incursión. Ahora consigue verse en el espejo convexo, dorado, reluciente. Su aspecto es saludable, ha engordado y en las mejillas brota la vida que se supone disfruta.

Los insectos, piensa Pedro, se ven reflejados, no se reconocen y pierden la curiosidad; a ellos no les gusta verse como son, no saben lo que son o no entienden qué es eso que ven ni lo que significa ver. Los insectos gustan de posarse en la pantalla grande, la recorren a saltos o a pasos marciales y dejan surcos que renacen cuando fenecen los colores. Ve las sendas abiertas en la pantalla, oye el crepitar de la electricidad estática provocado por las extremidades al hollar la lisa superficie. Cree a su percepción. El televisor es una de las piezas indispensables en la partida cotidiana social que juegan los residentes y los insectos, implacablemente perseguidos por el servicio de lim-

pieza y desinfección. Ha llegado a la pared y está frente a la péndola, miméticamente compasa el milimétrico recorrido del disco y las dos varillas, juega a ser la eventual víctima propiciatoria del hipnotismo de feria. Se deja engatusar ante el escepticismo de una parte del público y la credulidad atávica del resto, y cuando el mago lo cree por completo sometido a su arte, Pedro se transmuta y pronuncia unas palabras sin abrir la boca ni mover los labios, imperativo. La péndola vuela hacia su mano derecha, dócil y lustrosa, ya es un aditamento personal comparable al broche de María Antonia Silva o el camafeo de Magdalena Orive, *la sufridora*.

Pedro sonríe aviesamente, viviendo esa ensoñación insana —desde hace meses no es capaz de recordar un solo sueño, no duerme tan profundamente, se despierta a cada tanto conturbado y vacío—, vengándose de esa vida nueva que le juega tan mala pasada demuestra quien manda. Le enojan y apesadumbran esas joyas recurrentes, síntesis de un patrimonio en caja de seguridad bancaria, animales de compañía metálicos y destellantes. Rosa Vega se engalanaba con un collar de perlas cultivadas, el aro de boda y un granate almandino engastado en oro viejo; su joyero acunaba un par de pulseras delgadas, una gargantilla heredada y la medalla del bautismo. Las joyas no despertaban codicia en su mujer ni sabía lucirlas o siquiera airearlas como merecen.

Pedro provoca al reloj en la pared enarbolando la péndola arrebatada, el aditamento identificador del engréido e inefable, mejor conservado que su público de relojes de pulsera de oro y brillantes. No sabe por qué esa noche de común recogimiento frente a la pantalla, de frases susurradas y sorbos cortos, su camuflado desespero se trueca

en cinismo, encono y provocación, y le hace sentirse redivivo y protagonista de una película paralela en versión original con subtítulos; es una batalla contra sí mismo con testigos de cargo ciegos, sordos y mudos: el mísero exceso del limitado.

Tiene la péndola en la mano derecha, la deposita sobre la mesa y se la enseña a Gerardo Zúñiga.

—¿Y eso? —pregunta casi por compromiso. Boquea, fuerza la mirada queriendo reconocer el objeto. Su visión se ha deteriorado, también la de Pedro, pero éste lo disimula mejor. Ya nada es como antes en ningún sentido.

—Voy a dejarla por escrito, mi protesta —confiesa Pedro, y Gerardo conviene.

—Es una pluma magnífica, de ganso, ¿verdad? A mí me regalaron una al cumplir los diecisiete, me duró poco, no atinaba a manejarla como es debido, no soy paciente con el arte.

—Voy a redactar una instancia para solicitar el cambio de reloj. ¿Lo ves ahora? Alguien le ha amputado el apéndice, se ha transformado en una caricatura de lo que era, peor aún, se ha transformado en un marcador pérfido.

—¿Otro reloj? No me interesa el tiempo de pared, en las paredes de mi despacho colgaban grabados y óleos, nada de calendarios, mi vida ha seguido el curso del instinto y la memoria. Para crear hay que tener memoria, no lo digo yo solo, para creer en algo hay que acordarse muy bien tanto de lo que se ha hecho como de lo que se ha dejado por hacer.

—Tengo una cuenta pendiente —insiste Pedro acariciando la pluma de ganso.

—Yo empecé a escribir un diario con aquella pluma, había que emplear el artificio de alguna manera útil.

Fidedignamente recogía en las páginas todo lo que me llegaba de los demás, la familia, los amigos, lo que decían de mí cuando creían que no les oía o cuando pensaban que no me iba a enterar. —Gerardo es hombre risueño, indiferente a la apreciación ajena—. Creo que escribí diez páginas con letra comprimida, casi ilegible, retahíla de frases poco literarias y escasamente descriptivas pese al esfuerzo: vómitos de juventud. El meollo de mi diario y lo único de mi cosecha, es decir, que fluía de dentro hacia fuera, consignaba una tarde disoluta en el paraje Riduerna —la montaña de las licencias la llamábamos, siete peldaños de escalera natural y cortinas de hiedra, zarza y matorrales—, con Marga Linesa, la pecosa lasciva, huesuda y lenguaraz, que me sacaba tres dedos de altura y un furgón de vivencias golosas. Nos atrincheramos en la antepenúltima grada de la pared horadada, el límite para los adeptos al reconocimiento dactilar; las dos siguientes en dirección al cielo estaban reservadas a las jerarquías consumidoras. Me figuraba que ella debía de tener cómplices en los niveles superiores. Era mi primera cita libre con la pecosa, vamos, a solas, tenía referencias fiables de sus habilidades y entre ansioso y pusilánime, rogaba a los hados para que ella se condujera como en las canciones de gesta recreadas por los sucesivos trovadores. —Gerardo se rasca la papada, el dibujo irónico de sus labios pervive a contraluz, se divierte recordando, lo revive sin la supuesta pasión del momento, como un cronista ascético en su retiro monacal de senectud consagrado a la obligación de publicar los prosaicos episodios de la vida civil—. Las mujeres sí saben lo que quieren y cómo conseguirlo, y al socaire nos hacen creer que somos nosotros los electores. Ella perseguía la cima, ¿ha oído hablar del

séptimo cielo?, ávida escaladora, llaneadora fugaz. Mi amigo Alfredo Santos la apodaba *buscabulto*, se casaron a los veintitrés, cosas de la vida, tuvieron cinco hijos, coordinadamente compenetrados en las mutuas infidelidades; el matrimonio más sincero y mejor avenido que he conocido; murieron casi a la vez, a los sesenta y cuatro, paro cardíaco, asuntos terrenales concluidos.

Pedro sostiene la pluma con su mano derecha, escucha lo que Gerardo quiera contar y revista el auditorio a la tenue luz de la sala. Hay espacio para todos, presentes y ausentes, cuidadores, asistentes, ilusos y pragmáticos. Los unos miran a los otros cuando creen no ser descubiertos, sin prodigarse, hay poco espacio para la sorpresa.

—¿Qué tienes en la mano? —curioseas Gerardo forzando la vista, inclinándose levemente hacia Pedro.

Gerardo ofrece una sonrisa experta como carta de presentación. Pedro lo imagina metido en la cama babeando sobre la almohada como un crío feliz, como el viejo despreocupado que ha conseguido ser, coleccionista de frascos con múltiples esencias que destapa cuando le apetece y con las que continúa regocijándose.

—Voy a exigir un reloj de agua —dice Pedro acariciando el cañón de la pluma.

El balanceo de los vasos, uno que vacía otro que se llena, es más gratificante y contagioso de vida que el parco recorrido del péndulo, aburrido, atroz. La eternidad será lo suficientemente tediosa, no hace falta recrearla con tanta insistencia: tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Gerardo secunda la moción, si deja de lado el altruismo.

—Quédate con el reloj de agua, cuélgalo en la habitación; será la sensación de la temporada —propone

desperezando el cuello, surcando la papada con dos dedos—. Mi esposa era insomne, no quieras saber lo mal que lo pasaba por las noches, su insomnio era parcial, nocturno, pues se echaba unas tremendas siestas de manta, pijama y orinal. Ella aducía que si no podía dormir por la noche a alguna hora tenía que descansar. El pez que se muerde la cola, ya sabes. Una amiga le aconsejó que se ayudara con la terapia del sonido; graba el rumor del mar, le dijo, coge un magnetófono y cárgalo de olas yendo y viniendo, en arena y piedra, en playas y acantilados. Y funcionó. Hazme caso y quédate con el reloj de agua, siempre y cuando emita sonidos naturales con la regularidad exigible.

Pedro nunca ha escrito un diario ni ha leído alguno.

—¿No dices que vas a escribir no sé qué? —oye preguntarle a su lado con voz de doblaje. Le suena como: “A qué no te atreves”.

Acto seguido hinca la mano libre en el brazo de la silla y se impulsa para erguirse, lo va a hacer, es el gigante del cuento, la mano que distribuye los objetos en la casa de muñecas. Todas las piezas del mobiliario casan con un mismo diseño, indeformable a las diferentes concavidades que moldean a diario las nalgas y las espaldas; una inspección ocular meticulosa fracasaría en un intento por componer una tesis sobre la estructura ósea de los residentes.

Como en la escuela, el alumno citado por el maestro escribe la ocurrencia en el encerado. Obediente al propio impulso redacta en grande el prólogo de su diario, no hace falta encabezar con el nombre, ya se sabe quien es, todos lo ven, ocupa la amplia superficie de la pantalla. No tarda apenas, lo lleva bien memorizado y sólo son tres

líneas groseramente breves. Vuelve a su cómodo asiento y lee como los demás su peculiar contribución a la velada de intriga y pasiones contrapuestas. Primera línea: los días que faltan para decirle a Óscar Lapuente que deja de ser su médico; segunda línea: los días que faltan para anunciar en administración que su habitación quedará libre; tercera línea: los días que faltan para abandonar el edén.

Reconoce el caudal de arrogancia y rencor en su osadía, no tanto por haber interferido parcialmente en la película, un completo silencio cuajado de vibraciones armoniza con las secuencias de cierre, sino por haber trastocado el guión con una alevosa inyección de carga emotiva. Pero como no da suficientes pistas sobre el motivo de la despedida, las reacciones se hacen esperar.

Decide que ésa no va a ser una acción aislada, habrá otras, hasta completar la retrocuenta.

Gerardo Zúñiga estira los brazos y las piernas, movimiento sincronizado que requiere de práctica, está despierto y se lleva de nuevo la pipa a los labios, chupetea débilmente, quizá evoca el sabor y el olor del tabaco de entrañables veladas. Carraspea y se restriega los ojos, como si una invisible voluta de humo se hubiera apartado de la trayectoria conveniente. Al mirarlo se comprende que la edad circula por doble vía, y las apariencias, de ceñirse a ellas, pervierten la racionalidad de los significados.

—Solía ir al cine con mi esposa, una vez a la semana, los domingos en sesión de tarde —cuenta Gerardo porque le apetece—. Una película me recordaba a otra e invariablemente, sin decirle nada a ella, me empeñaba en buscar similitudes con mi historia, la vivida y la imaginada, que

con los años tanto es cierta la una como la otra.

Mete la pipa en el bolsillo interior de la chaqueta, se levanta y por gestos invita a Pedro que le siga fuera de la sala, el televisor se apaga y los residentes comienzan el desfile ordenado y rumoroso hacia sus respectivos aposentos.

—Por el mismo precio veía varias películas a la vez, lo que no me impedía opinar sobre lo que se supone habíamos ido a ver de común acuerdo —continúa exponiendo Gerardo con la mirada introspectiva y el semblante inusualmente grave, como el que atraviesa un páramo plagado de interrogantes que aunque no se temen, se toman en consideración—. O sea, que siendo objetivo era casi imposible coincidir con mi esposa a la hora de sacar conclusiones. A ella eso le encantaba, lo de revivir las películas extrayendo la sustancia me refiero, siempre desde un prisma personalísimo, no hace falta decirlo, y es que ella se movía a gusto entre las dimensiones contradictorias. Eso que llamamos el presente también es pura contradicción, no va más allá de un punto en el que se cortan el pasado y un futuro de proyectos, compras, ventas, pagos, cobros. Ella vivía en presente y yo me perdía voluntariamente en los momentos de la historia privada y la común. Nunca he sido capaz de concentrarme en una sola cosa, por eso no me aferro al presente. A lo mejor el que se pierde en contradicciones soy yo, qué más da.

María Antonia Silva y Magdalena Orive, cogidas del brazo, *la sufridora* con vestigio de llanto —la película merecía unas lagrimitas, o por lo menos unos suspiros de sentida congoja—, han oído el comentario de Gerardo Zúñiga e intervienen, por rigurosa antigüedad, en la apreciación.

—El cine tiene esas cosas, y el teatro, claro está —dice María Antonia frotando su bolso de mano—. ¿Quién es capaz de sustraerse al hechizo de una interpretación bien hecha? A mí los buenos actores me provocan reacciones de todo tipo, me identifico con los personajes y si la dinámica lo permite perfecciono los diálogos; perdóneseme la inmodestia.

—El teatro tiene más riesgo que el cine, es un cara a cara con el espectador que sigue fidelísimamente la voz y los gestos, claro que se disculpa el momentáneo fallo y la improvisación, esto suele dar buen resultado —incide Magdalena con su voz difusa y sus gestos parcos.

Hay un público especializado en descubrir gazapos; el cine, la televisión, el teatro, los debates y la literatura, conceden margen de maniobra a officiosos detectives. Es audiencia experimentada que acude a los estrenos, conferencias y eventos sociales con idea preconcebida.

—La vida es un trance dramático —acompaña Gerardo sin detener la marcha progresiva del recuerdo, da para eso y para más la experiencia.

María Antonia Silva alaba la espontaneidad, la línea delicadamente curva de turgente parábola y el desdoblamiento de la personalidad cuando los acontecimientos reclaman un salirse del cauce. Magdalena Orive, se sabe, diferencia la espontaneidad del desdoblamiento, se muestra más que cauta ante los acomodadores de nuevos mundos, ella ya tiene su mesías y sus exégetas, catalogados a perpetuidad. Las dos mujeres se complementan por sus antagonismos y el paso aunado.

Gerardo Zúñiga devuelve protagonismo a la pipa, hurga con el dedo índice en la cazoleta descontaminada y se divierte siendo el polo de atención.

—Algunas películas tienen el mérito innegable de cautivar al espectador, por lo que sea, que las circunstancias propias han de ser tenidas muy en cuenta al valorar lo que ha supuesto la película, pero uno se olvida del título y del director y de la mayoría de los actores, por no decir todos. En cambio, lo digo por mí, la banda sonora pervive cerca o a distancia de la película que la hizo popular, ya se sabe que esas músicas suelen utilizarse para otros fines, publicitarios y de sintonía para programas de radio y televisión, y eso es lo que precisamente despierta el recuerdo de aquellas imágenes, las escenas tiernas y las desgarradoras, los reencuentros amorosos y las despedidas crepusculares. —Pedro, forzándose a no quedar como mero adorno, quiere añadir que desde hace unos años las películas se recuerdan más y mejor porque se emiten continuamente por las diferentes cadenas televisivas, pero le parece que sería redundante, esto es bien sabido. Gerardo Zúñiga blande la pipa como si fuera una batuta, corta y curvada, domina la técnica de la captación—. Qué gran banda sonora la de esa película de la que voy a comentar una anécdota, si Dios me hubiera dotado de voz y oído me atrevería a tararear siquiera el estribillo para que me dijerais si os suena, pero no es el caso.

María Antonia, centímetro a centímetro, cubre el flanco derecho de Gerardo y Magdalena, a la estela de su compañera, protege el izquierdo. Pedro se hace imperceptiblemente a un lado y observa al trío de través, se muerde la lengua pero esta vez para no pedir la opinión a su mensaje cifrado, invisible ahora por la falta de luz en la pantalla. La parsimoniosa retirada prosigue alrededor de ellos, pronto no quedará nadie en la sala, pero no hay prisa en despejar, nadie cercena los comentarios de

última hora a pie de escalera o ascensor.

—Ya he dicho que he perdido el título —sigue Gerardo Zúñiga, sosteniendo la pipa y su evocación, el auditorio es todo suyo—. Debe hacer veinte años que la vi, yo solo, por más señas. Me la recomendó mi esposa, ni imaginan el empeño que puso para que fuéramos a verla, estaba dispuesta a repetir, cosa que sólo hace con ciertas películas y series. Pues bien, una tarde de miércoles me dio por hacerle caso, dejé los asuntos a medio acabar, cosa rara en mí, y fui al cine a la sesión de las cinco. Éramos bastantes espectadores y, mientras se apagan las luces y se apresuraban los rezagados, a uno le da por pensar cuánta gente dispone de tiempo para hacer esas cosas que apetecen.

María Antonia Silva asiente e interrumpe con voz atiplada. Ella opina lo mismo, no hace falta más que echarse a andar por la calle a cualquier hora del día o la noche, esto último se lo han contado, claro está, a sus años la noche no es una aventura ni un reclamo, y la mayoría de la gente nocturna, denuncia, no aparece inscrita en los registros de jubilación. Magdalena también asiente, pero ella no irrumpe en el monólogo del *cuentahistoriasdela-vidareal* con su voz apocada.

—Dejaremos el argumento para mejor ocasión —propone Gerardo—, aquí lo que cuenta es la anécdota, que por eso estamos reunidos. Pues bien, me emocioné tanto con la historia, me sentí tan partícipe y tan desprovisto de racionalidad, a fin de cuentas hablamos de ficción, que al salir del cine me escocían los ojos, había llorado y aún me sobran lágrimas, y esa música que se me había adherido desde los primeros minutos provocaba la repetición sistemática de las imágenes acentuando mi yo

sensiblero. Me metí en un estanco, andaba falto de tabaco, abro la boca y descubro que me había dejado la voz en la butaca del cine. Fuerzo la máquina, logro articular la frase y consigo que el vendedor me mire con aire compasivo: “Este hombre ha debido recibir un disgusto, lo está pasando mal”, seguro que imaginaba lo peor. Entonces, el orgullo o el prurito del que sabe que lo puede hacer mejor, vete a saber, me reclamó que contara a ese hombre lo que cinematográficamente había vivido. Como estábamos solos y el mostrador en medio no nos comprometía a ninguno de los dos, para él sería una pausa animada y para mí un paréntesis a ver si ya recobraba el tino. Pero es obvio que me equivoqué, o que la película me había afectado mucho más de lo que supe transmitir. Le conté la historia de ficción como si fuera verdadera y me hubiera pasado a mí, y el pobre hombre, no pasaría de los treinta, se esforzó para enmelar el drama con buenas palabras y una caja de pastillas de goma con sabor a miel. Me di cuenta de la plancha y como pude rectificué antes de que entrara un cliente con prisa, lo cual me vino de perillas para agradecer el detalle, que dejé sobre el mostrador confiando que no lo tomara como un desprecio, y salir a escape. Unos metros más allá, calle arriba, sacudido por la música y el ridículo, con el nudo todavía en la garganta y los ojos enrojecidos, me di cuenta de que no había comprado la caja de puros. Todo un fiasco que ahora me hace reír.

María Antonia se dice para sus adentros que aquel hombre depone los hechos como un abogado de pantalla grande, es un actor consumado y le brillan los ojos, analiza entornando los párpados, se ríe de todo y con todos mientras no para de darse coba; es un buen intérprete de

su vida.

Punto y aparte. Cada uno se despide hasta la mañana siguiente, aquí no ha pasado nada que cambie las circunstancias personales. Gerardo asciende apoyándose en el pasamano, cuatro peldaños por detrás de las dos mujeres. Pedro cierra la comitiva. Pero al llegar al descansillo que antecede al pasillo de las habitaciones de la primera planta, Gerardo le comenta que muchas veces ha imaginado la historia de aquella tarde de cine pero junto a Marga Linesa, *Buscabulto-Encuentrabulto-Manejabulto*, y es que hay cosas, declara meneando pícaramente la cabeza, que el tiempo más que desvirtuar, aplacar o enterrar en fosa común, denuncia por omisión cobarde.

—Seguro que esta noche pienso en ella —se despide, sonrío, sube escalón a escalón pagado de sí mismo.

Feliz él, envidia Pedro acompañando la puerta para que no golpee. Una a una y en familiar chasquido, las puertas aíslan a los residentes entre ellos. Pero todos se saben acompañados y protegidos, lo que quizá no ocurriera en el hogar, de eso apenas se habla; en contadas ocasiones se propala el secreto mejor guardado, o una parte jugosa y clarificadora. Si eso sucede hay que corresponder, pero sin inventar. Si a uno le cuentan una historia delatora, por risible e insustancial que parezca, por el mero hecho de significar una entrega de confianza, hay que responder de la misma manera: con historias propias, vividas directamente.

Pedro se refugia en el balcón, de cara al perjudicial frío de la madrugada. Qué más da, disculpa su atrevimiento, tiene que encontrar el sueño en alguna parte, lejos del calendario, del reloj biológico y de un corazón empecinado en marcar el ritmo, como debe ser, como los competentes

médicos de la residencia quieren que sea. El ambiente otoñal de la noche es un bálsamo y un riesgo, no debería exponerse de esa manera, como una estatua que parpadea y gesticula sin aspavientos a un mundo en reposo.

En Pedro Serreño no cabe el amor a la vida porque no quiere sufrir, ha oído que ninguna ley de la naturaleza cambia porque la voluntad individual lo exija. Maldice una y mil veces la condición inmutable de la estatua, y, sin embargo, quiere ejemplarizarse como ella, en ese mismo lugar que todavía ocupa. Sí, hay en él un anhelo por huir del tiempo, no sólo de aquél circunscrito a la mano y la pared que vincula un día al siguiente y al otro y al del mes venidero. Y a la vez hay en él una vocación mortal, un deseo de alcanzar el fin del camino muy pronto, mejor mañana que pasado. No es que quiera llegar cuanto antes el paraíso del que se nutre Magdalena Orive en la capilla y el salón de visitas tomando una copita de licor estomacal y un trozo de tarta de almendra con el padre Pombo; lo que Pedro quiere es seguir morando el paraíso, y no vislumbra solución para mantenerse convencionalmente dentro de sus límites.

Es un prodigio para la ciencia y un suplicio para Pedro. Cada vez se da más cuenta que no hay vuelta de página, parafraseando a su mujer cuando ella se dirigía irremisiblemente hacia el camino sin retorno. A esta noche le sucederá un nuevo amanecer, la vida diseminada en el exterior recobrará forma, sonido y movimiento, los contornos darán paso a composiciones identificadas y restará una cifra en cada una de las líneas escritas con la péndola en la pantalla del televisor. Por más que contemple el mundo exterior desde la atalaya del segundo piso, de día o de noche, el espectáculo continuará siendo el mismo del

primer momento, y el ofrecimiento de ese mundo al que se pide respuesta un regalo indeseable.

Se ha convertido en una paradoja; el destino, la vida, los diagnósticos y los fármacos son una paradoja; la tan manida y versificada música del corazón, ese ritmo puro de la cotidiana existencia, la corriente que activa y armoniza el resto de las funciones, es un trallazo demoledor que le arranca de la fantasía.

¿Por qué no desterrarse a fuerza de voluntad? Es una voz profunda y lejana la que le urge a no seguir perdiendo momentos culminantes. Sería tan sencillo, imagina, una flexión calculada, un instante glorioso de autoconfirmación, la decisión cimera, sumergirse en el placer de la gran victoria; o, si se prefiere, de la gran derrota del enemigo.

El juego ha terminado, las sombras se multiplican con espasmos de viento, desciende la presión atmosférica, no la de sus arterias; parece que va a llover. Cierra la puerta del balcón y se queda un rato a oscuras examinando el letargo del mundo exterior, con la nariz rozando el cristal. Al cabo, desfilan ante sus ojos desvelados diferentes secuencias de catástrofes naturales. De pequeño vivía las tormentas con una mezcla de pavor y fascinación, atraído por la magnificencia de los elementos y su inconmensurable poder higiénico. Con los años se moderó el embeleso y la retracción de los músculos. Ahora quisiera ser testigo de un huracán, como los que azotan las tierras vírgenes, con nombre propio, encaramados a la azotea los residentes de Villa Dorada buscarían el último amparo tangible hasta que los cimientos del edificio cedieran a los garfios invisibles y la succión arrastrara a cuerpos y objetos, a la materia y al espíritu, hacia los confines de la

certidumbre.

Una vida sin sobresaltos no está al alcance de cualquiera, es de común entendimiento; invocar a los Elementos, azuzar a las Furias, destapar la caja de Pandora, aún menos.

Ha pasado el momento de seducción, la madrugada se dimensiona bajo techo, Pedro, el tendero de la calle San Miguel, es más afortunado que muchos, a pesar de todo. Arrecia el viento pero no pasará a mayores, agradece la calidez de la habitación rotulada con el número cuatro. Le invade una súbita oleada de satisfacción, ¿cabe afeerrarse a la esperanza? Lo que siente nada tiene que ver con una virtud teologal. Enciende la coqueta lámpara sobre la mesilla de noche y se mete en el baño. Frente al espejo, ovalado, reconoce los elementos que configuran el escenario. Uno, dos, tres segundos frente al espejo. El sortilegio es utopía, no podía ser de otra manera. Más allá del balcón las ramas de los árboles esgrimen contra el viento. Más aquí, la imagen de Pedro Serreño no queda grabada en el espejo.

* * *

El director gerente de Villa Dorada, Abel Laroza, lo es desde la inauguración. En su haber cuenta con dos licenciaturas y varios cursos de especialización, que no cuelgan enmarcados en las paredes de su despacho. Entre otras tareas inherentes al cargo, señaladas en los estatutos, es el responsable máximo del bienestar de los residentes. El director gerente es hombre de reconocida solvencia, medurado en frases y prolijo en obras, reservado,

así debe ser, no se conduce como un guía de actividades programadas o acompañante solícito y todo terreno para un grupo de jubilados excursionistas, se le ve poco pero es omnipresente; su horario es flexible, él asegura, ante quien debe, que hace lo que debe donde más se precisa, conoce al dedillo la personalidad de cada uno de los residentes.

El equipo que dirige, del que no forma parte el plantel médico, se preocupa de que nadie albergue el sentimiento de ser una efigie, aun bañada en oro y acunada en tafetán, que armonice con las distintas dependencias; a los clientes se les considera en su humanidad y ellos participan, los hay que se impulsan con patines y los hay que se asen a la maroma que les tienden, todos merecen la misma deferencia. Los hay que permanecen largas etapas en Villa Dorada y los hay, la mayoría, que alternan periodos de presencia con moderadas ausencias.

Abel Laroza recurre periódicamente al dictamen de un gabinete psicológico que equilibra las ofertas con las demandas, medida sabia la de acogerse al refrendo de cualificados profesionales, nunca está de más hacer un hueco a los que se han profesionalizado en la observación y conciliación de voluntades. En los albores de Villa Dorada se incorporó un psicólogo al equipo médico, su nombre no revolea entre los residentes dado que su función era superflua para una clientela no precisada de tal servicio ni aldeaños, y en consecuencia, al cumplir un año de sustituible encomienda fue desposeído amistosamente del cargo.

No constan quejas en el libro de reclamaciones a disposición de los clientes e invitados registrados hacia la persona del director, ni a ninguna otra del equipo estable

de la residencia. En dicho libro de pequeño formato no hay escrita ni una sola línea; no es probable que sea estrenado.

Tampoco parece que Adela Dubré vaya a estrenarse a estas alturas; es suposición unánime que no ha conocido hombre o mujer que tomara la iniciativa. Ella es la decana de los residentes, habitación nueve, su número de la suerte; tiene setenta y seis años y un sinnúmero de manías —ella las considera principios—, de alteraciones somáticas —ella las estima indisposiciones transitorias, compañeras desde la tierna infancia— y secuencias de vida propia y ajena mal hilvanadas —que ella eleva a la categoría de vivencias extraordinarias, o sea, que sólo podían pasarle a ella o a quienes con ella trataban—. Aparece y desaparece de la vista con una velocidad poco usual, poco recomendable, se le van las horas y los días a ninguna parte, en opinión generalizada, aunque ella lo desmiente haciendo alarde de sus logros de jornada cuando se cuele por ese hueco que le permite compartir unos momentos de su preciado y escasísimo tiempo; a veces, paradójicamente, derrocha explicaciones que responden a un mero interés formal y elegante, si son ante un compañero masculino. Adela Dubré puede que guarde el nombre de aquel psicólogo desposeído de clientela, pues ella sí le tomaba en consideración y le convocaba a consulta una o dos veces a la semana en pública escenificación de cafetería o jardín, según la bonanza climática. Conversaban durante horas, por las tardes, de la sobremesa a la caída del sol, coincidiendo con el horario de trabajo; la de Adela era la voz solista, él se limitaba a escuchar, asentir o matizar casi de soslayo, pronto comprendió que la señorita Dubré no buscaba ni pedía valoración

profesional a sus proyectos, tan sólo pretendía un receptor que ingiriera pasivamente lo que a ella le apeteciera referir, con todo lujo de detalles, sin avenirse a réplicas ni pausas reflexivos. Y es que Adela Dubré, a la manera sarmamentosa fehacientemente encarnada por su cuerpo y a buen seguro también por su convulsionada subjetividad, añoraba el halago y cortejo de un titulado —como ella— que además se debía a su obligación —exactamente como ella—, que además abarcaba por completo para obstaculizar el acceso a imaginarios aspirantes a la terapia de la conversación íntima. No parece que Adela haya cursado estudios superiores, ni aquellos que la han tratado siquiera esporádicamente le atribuyen cultura general, ha tenido que escuchar esa recriminación de labios inesperados, lo tiene merecido. Sin embargo, repuesta tras un paréntesis de veinticuatro a cuarenta y ocho horas de encierro en su habitación, se faja con la vitola del trasfondo social, el autoconvencimiento compulsivo, y como si nada hubiera sucedido aquí o allá, participa activamente en los prolegómenos de todo lo que se lleve a cabo en la residencia, luego e indefectiblemente, desaparece, ocupada en atender sus delirios, según calificativo adoptado por los que aún le siguen el rastro; es difícil cambiar la forma de ser cuando ni se quiere ni se puede.

Olvidado el lapso de recurrente esparcimiento psicológico, hace cuatro años Adela entabló amistad con un recién llegado, Esteban Gayoso Cuevas, ingeniero de montes en excedencia, de talante distraído, por no decir despistado, sin pareja conocida a la que vincularle, conversador ameno, perspicaz e irónico. Adela creyó haber descubierto a un compañero de travesía, un cómplice de asentimiento mecánico y bondadosa indulgencia con los

avatares del designio inescrutable, en una sesión al aire libre con Abel Laroza como testigo. Esteban Gayoso Cuevas era amigo del padre de Abel, quien le había instado a que ocupara una habitación en Villa Dorada mejor que alojarse en un hotel, cual era la intención del ingeniero mientras ultimaba los detalles, mayores y menores, de un periplo viajero que le llevaría a recorrer unas cuantas cordilleras: un proyecto ambicionado desde la época universitaria.

Al día siguiente del fugaz encuentro con Adela, Abel previno al viejo amigo de su padre respecto a la contumaz mujer, término éste que había extraído de su última conversación con el psicólogo. Al abrumado terapeuta, ya fuera de servicio, le urgía invertir los roles sometándose a psicológica transferencia, y Abel se prestó gustoso al intercambio considerándolo un débito del cargo y una fuente de información veraz, ofreciendo su despacho como sala de experimentación. El psicólogo reconvertido a paciente exteriorizó más que impresiones acerca de la señorita Dubré, todo aquello que le vino en gana durante un cuarto de hora, con pequeñas omisiones en la narración, cada veinticinco o treinta frases, que bien pudieran entenderse como conjeturas sobre la marcha. El diligente Abel Laroza fue anotando las referencias más destacadas en su cuaderno pautado mental; cada cual tiene arraigado un método de archivo. El resumen que legó a los oídos del ingeniero metido a explorador, no omitía nada sustancial, y sintetizado dejaba constancia de la ausencia de respuesta afectiva y socialmente coherente de Adela, haciendo hincapié con gusto y ganas en las esporádicas ocasiones donde le aconsejaba una actitud distinta de la manifestada en su verborrea contradictoria y plagada de

dislates, ella se apresuraba a corregir la interpretación profesional extendiendo una serie de componendas que dinamitaban la base que había propiciado el profesional consejo; y así sucesivamente, desvirtuando su propia historia hasta convertirla en retazos estomagantes. Entonces, en el punto de inflexión, Adela pedía que lo dejaran correr, estaba claro que su interlocutor no había entendido lo que ella quería demostrar, aducía sofocando cualquier distingo que removiera las raíces de su fábula.

—Ese comportamiento tendrá un nombre y una calificación, supongo —se preocupaba Abel por su clienta.

El receso de la transferencia termina con una resolución tajante.

—Las palabras que dejaría sobre la mesa son adjetivos de sonoridad grosera —admitió derrotado el psicólogo.

La ciencia transita entre criterios y límites; no tiene reparos, llegado el caso, en atajar los devaneos amañados que persiguen conquistar y retener un protagonismo que el buen sentido y el más elemental de los análisis se niegan a sostener. Más o menos así vino a concluir el psicólogo.

Esteban Gayoso Cuevas está de paso, no lo oculta en ningún momento ni ante nadie. Adela cuestiona desde su adulterado análisis de los hechos cotidianos la veracidad del proyectado viaje, le conviene creer lo contrario, la persona fantasiosa es la que menos pábulo da a los proyectos ajenos, el ingeniero de montes ha de ser para ella en exclusiva, es una determinación innegociable, y con su grotesca celeridad acota ese terreno fértil. Para reforzar la hegemonía de su nada disimulado propósito se deja ver con el amante de las montañas en cuanto se le brinda la ocasión, interceptando órbitas según su atávico esquema

de conexión social. Esteban se deja querer, lo acoge como un aliciente previo a la partida, apenas sí escucha lo que ella cuenta, no le importa, pero es respetuoso y le sigue la corriente; no es tarea difícil cuando no hay nada en juego que interese.

Adela le pregunta, tras muchos subterfugios que delatan una inseguridad aplastada contra el fondo de su desproporcionado bolso, por el futuro más inmediato que guarda en secreto, ella continua aferrada a su negativa a creer en el viaje, nadie a esa edad se atrevería a tanto, piensa, la edad se contempla en todas sus críticas coordinadas a partir de un referente ajeno a la propia persona, para qué emprender una aventura de tal magnitud, y él lo relata de corrido, como leyendo, sin dejarle hueco por donde meter baza, tiene la lección bien aprendida. Adela se insinúa, es un recurso de feminidad que a menudo surte efecto, a ella le gusta viajar dice, le confía que ha recorrido medio mundo, tal vez más, habla cuatro idiomas y se hace entender en otros tantos, tiene amigos, buenos amigos, grandes amigos, en todos y cada uno de los países que ha visitado, se cartea y habla por teléfono semanalmente. Esteban aduce que las montañas no necesitan intérpretes y ella se lo toma a mal, un caballero distingue a una dama a simple vista; desaparece unos días, no sale de su habitación, y vuelve por su afán con aires mundanos y la obsesión candente.

Redoblado el ánimo, haciendo oídos sordos al amago de cordura que todavía batalla en su cabeza, le espera cada día en el jardín, a la hora que él suele regresar de los trámites; sugiere a distancia un aliño cerámico sin ubicación definitiva. La espera es larga y tediosa, empieza demasiado pronto, teme llegar tarde y eso la sitúa en el

disparadero de miradas y suspicacias en el ir y venir de otros residentes, por ejemplo Lorenzo Cot. La estampa de Adela mientras acecha la verja, debatiéndose con sus fantasmas, mueve a la conmiseración. Lorenzo el arquitecto, precede por dos cuerpos a Esteban el ingeniero, ante el arco vegetal de la residencia se saludan, ninguno de los dos ha descubierto a la encogida estatua retirada tras la palmera, se acomodan en la cafetería y beben jerez seco rememorando paisajes y monumentos.

Adela rompe con rabia el molde crisálida, acude rauda donde están ellos dos y participa unos minutos de la tertulia trabucándose, quiere decir mucho en breve, pero sólo a Esteban, se esfuerza en hacérselo entender, exhibe su feminidad y consume reservas añejas de ansia. Pasa por ser una ménade, descompuesta y frenética, y su actitud refrenda al jurado; pero Esteban comprende que por lo que sea está en un sin vivir y le presta auxilio para salir del marjal. Adela quiere sentarse a la mesa con Esteban esa noche y lo consigue. Afrontados en la cena, se explaya con una recopilación amasada días antes que hiede a patraña y justificación, tan parecida a otras que la mayoría conoce y que sirve con idénticos aforismos, aunque ella ignore el significado de su estrategia sintáctica.

Fenece en la memoria esa velada que ella ha magnificado, semanas más tarde repiten cena y guión. Adela Dubré persiste en una farsa que, naturalmente, no lo es para ella. Esteban desiste de cualquier intento por enhebrar una relación que para él es testimonial e inocua, pero, comprende, debe abalizar la manera que ella demuestra vivirla. Cuenta para el propósito con la inestimable ayuda de Virtudes Arroyo Arregui, quien hace semanas observa los escauceos a dúo y cree llegado el momento de colocar

a cada cual sobre el tablero de juego. Se invita al postre y, con el beneplácito gestual de Esteban, nada más sentarse lanza una andanada de advertencia a la inconsistente rival. La onda expansiva agrieta la endeble línea de flotación de Adela y sus defensas ceden con amargo crujido en la siguiente e inmediata descarga, certera y devastadora. Virtudes, experta artillera, no necesita corregir el tiro, maniobrar a sotavento o abrir fuego en más frentes, para derrocar una regencia desarbolada e inerme; le ha bastado enlazarse al último comentario de Esteban y ambos ascienden hacia la cima ignorando sin esfuerzo a la compañera de cordada. Los dos se lanzan a la conquista sin embozo, sobrevuelan el ventisquero donde Adela yace remisa, compuesta y sola, perdida en la bruma helada. Muy a lo lejos y hacia abajo se oye su voz estridente avisando que debe marcharse, le reclama el consabido asunto inaplazable, no puede demorarse más, lo siente pero ya se sabe, lo primero es lo primero. Tropieza al salir pero no cae, nunca cae y siempre tropieza; en un visto y no visto no queda de ella ni el perfume con el que jamás se cubre.

* * *

En la habitación número cuatro Pedro Serreño se inspecciona en el espejo del armario. Tiene buen aspecto con su traje de buen paño y corbata de seda, y está animoso. Ha comido con Andrés Udiel, quien le había anticipado la visita esa tarde de su sobrino Pablo. No precisa revalidar el asenso para dejarse caer en la reunión mensual de tío y sobrino, pero ayuda oírlo. Pedro ha sido y es hombre

prudente y un tanto azorado, de los que aguardan turno con paciencia y disculpan, por inevitables, por intrínsecas a la condición humana, las añagazas y violencias de los ávidos por estar en el candelero.

Cuando debe acicalarse, porque la ocasión así lo requiere más que por apetencia aleatoria, es meticoloso con la forma, ni excesiva ni deficitaria, como no tiene a Rosa para que le eche una mano y le dé el beneplácito de esposa, se resigna a pasar el examen atendiendo al nudo de la corbata y a la longitud de las perneras y de las mangas de la camisa. Su vestuario es relativamente nuevo, no llega a tres años, en consonancia con las exigencias estéticas de Villa Dorada; puso empeño en asemejarse lo más posible a lo que suponía iba a encontrar en la residencia, al menos su parte externa no descollaría por vulgar. El dispendio económico fue notable para un austero como él, pero a corto plazo surtió efecto. Aunque de esas compras, todas de golpe, en las tiendas más adecuadas que supo encontrar, con pruebas, retoques y consejos, lo que queda a la vista, colgado pulcramente en el armario, es un vestuario redundante, insuficiente, muy conocido en la galería de personajes.

Cada vez que Pedro se engalana planea pesadamente sobre su cuerpo el epítome de la mediocridad, es un acto reflejo, la corroboración agraz de estar camuflando con deficiencia lo que en verdad se es. Recuerda entonces a un amigo de cuando se vivía al modo aceptado, Eladio el de la ferretería, hombre dicharachero, feo como un camaleón, parecía mirar siempre a los lados, gustaba de jugar al mus y beber anís y aguardiente. Eladio los bautizaba a todos de mediocres, incluyéndose con guasa, explicando sui géneris el postulado de las tres formas de engaño: de

pensamiento, de palabra y de obra, a cual peor y escalonadamente codiciada. La condición de mediocre se lleva escrita en la cara, ni que decir que también en el movimiento, el gesto y el habla, no es suficiente con renovar el vestuario, las maneras, las intenciones, cree Pedro que el que nace dentro de esa categoría no transita por otros niveles así como así.

El sentimiento de estar donde no le corresponde avasalla con el inmisericorde paso de los días, la ilusión de reconocerse dentro del traje a medida es una imagen positiva del primer año en Villa Dorada. Ahora ve en el espejo al mediocre redivivo asomando por entre la ropa, y al cerrar la puerta del armario, metido morbosamente en desazones, parangona el mobiliario de la habitación número cuatro con el de su casa de la calle San Miguel, en otro error de bulto que le arrastra un poco más hacia el agujero negro que lo engulle todo, salvo la vida en su formato original; es bien sabido que lo confortable no cansa, lo hermoso incita a retenerlo y las comparaciones, las perversas y fuera de lugar, socavan la autoestima.

Eladio, el camaleón, regurgitaba su mediocridad con envites y órdagos, risotadas y mordisqueos a la faria, atrincherado con los compañeros de partida.

Los mediocres, categoría humana de dos géneros, se inmortalizan en la limitación, no surcan el mar de los sueños, esos sueños copiados o en el mejor de los casos remedados de las películas. Pedro habla con Teresa Pande y Barrio Astruel de cine, salas de proyección y películas en blanco y negro, con Virtudes Arroyo Arregui habla, cuando tercia la ocasión, de lo que a ella le apetece, que no es mucho si se compara con los vivaces diálogos que sostiene con Lorenzo Cot y Roberto Ayala, estado

civil premeditadamente indefinido, la número tres es su habitación, asesor bursátil de amplia y controvertida trayectoria. A Virtudes le recomponen la libido los hombres que consideran su tierra aquella que figura en escritura pública, criterio coincidente con el de Anabel Sanjuán, habitación diecisiete, viuda de Joaquín Herrero, especulador inmobiliario con sello oficioso de promotor, visionario y colonizador avezado de franjas arenosas de costa abominadas por sus propietarios, allá por los años cuarenta y cincuenta del siglo veinte.

Las mujeres y los hombres mediocres, equilibrados en la balanza, se conturban al mirarse en el espejo, temen al relámpago y a la intemperie, y, sin embargo, adoran los cuentos de miedo entre cuatro paredes; siempre hay una historia nueva entresacada de las viejas, mil veces adaptadas a los gustos de cada zona. Uno se identifica con la mediocridad, ambicionando lo opuesto, cuando tiene la palabra en asamblea, se la conceden o la toma al asalto por la propulsión de lo colectivo, elevando la voz, alzando una o las dos manos, quizá pataleando pero los que así actúan son los menos, el puño contra la mesa o percutiendo en la palma de la mano; hace su efecto y es más vistoso. En el uso de la palabra se reserva, en tácita conivencia, hueco para la interrupción, mal va que se le deje a uno hablar de principio a fin, porque principio puede haberlo pero el final ha de venir precedido por otras intervenciones más o menos exaltadas, se desea eso, un corte a tiempo o destiempo, una traba que reconfigure fugazmente el mosaico oral y la suma de neumas embarullados. Qué mal trago cuando el silencio del oyente se prolonga hasta el cierre de emisión, que no llega, que no se sabe cómo ha de ser; qué mala pasada la de ese

espectador deferente, de mirada constante, labios en paralelo, frente alisada, ligeramente inclinado hacia el charlista, qué agobio, ¡por qué no salta con algo que deje respirar! Hay quien se empeña en ser correcto y en anular las bazas apretujadas en la chistera: “Déjame terminar”, “no he acabado”, “no me interrumpas”, “ahora lo iba a decir yo”. Aclamada interrupción que es agua de mayo.

El orador mediocre amalgama frases tomadas en préstamo que incluyen en la estancada disertación venga o no a cuento, casen o agrieten los argumentos, frases precedidas y culminadas por muletillas que flotan lánguidas entre una audiencia que admite como parte del espectáculo la marea de iracundia que iza espasmódicamente el brazo del orador hacia el cielo, el infierno o el pérfido causante del arrebató. En tales circunstancias, difícilmente catalogables como logros, también aspira a ser atajado y agradece la intervención de una voz lateral pidiendo calma, y una mano que se posa donde debe y transmite serenidad; son las reglas del juego entre mediocres, una pausa que refrenda la autoridad de la vehemencia: “No pongas en mi boca palabras que no he dicho”, “no digas lo que yo pienso”. Sin intromisión se navega en círculo vicioso y antes que después las gaviotas de la vacilación torpe, la redundancia huera, la exposición inacabable, vacua, devoran los ojos y las cuerdas vocales.

Los mediocres oyen, no escuchan, ignoran la trascendencia del diálogo y el intercalado de preguntas y respuestas, son muchos y se multiplican como los panes y los peces del milagro cristiano.

La mujer de Eladio el camaleón, Concha, de soltera caminaba todos los mediodías

a la estación de ferrocarril donde trabajaba su padre, para llevarle la fiambra con la comida y hacerle un poco de compañía entre tren y tren. Mientras su padre comía caliente ella imaginaba lo que sería eso de subir a un vagón de primera y dejarse llevar hasta la estación término, pero no pasaba de imaginar, ni lo pretendía; lo esencial era casarse y después ya se vería si los ahorros daban para el viaje de novios.

Las mujeres mediocres engañan según el dictado consuetudinario, denominase de defensa y contraataque, el sometimiento ancestral al hombre mediocre les ha enseñado a dirigir la discusión en familia o entorno análogo, y poner el punto y final, la codiciada frase lapidaria, recapitulación de propósitos y juicios de intención. Saben que la verdad es un concepto abstracto que se sustenta en sus versiones, y enlaza a duras penas con la razón. En caso de duda o conflicto de opiniones entre ellas, es preceptivo hacer causa común, se reúnen en el gineceo y deliberan de cinco a ocho de la tarde.

Pedro Serreño es un pasajero de segunda con billete de primera invitado a la mesa del capitán. Ha quedado con Andrés Udiel en la cafetería, la tarde no acompaña para tomar el té a la esencia de bergamota en el jardín junto a los ásciros. Tío y sobrino ya están sentados, innegable aire de familia, con silla libre entre uno y otro. Al acercarse Pedro oye que Andrés Udiel dice a su sobrino que no quedan habitaciones libres, hay una de matrimonio y tres individuales sin ocupar pero están reservadas y no tardarán en ser ocupadas. Pedro saluda al naviero con leve inclinación de cabeza. Pablo se levanta y le estrecha la mano, es un hombre alto y fuerte, naturalmente vinculado al mar, casado y con tres hijos. A los veinte minutos

Andrés Udiel da por finalizada su participación, poco más que testimonial esa tarde, se siente algo indispuerto comenta sin darle importancia, nada de que preocuparse, tranquiliza a los presentes. Queda té para otra ronda y Pablo, generoso con el ruego acallado de Pedro, sirve dos tazas y sigue como si tal cosa, pero hablando de su tío.

—Se está consumiendo —confirma a Pedro con frialdad médica—, cada día escatima un capítulo de su vida, pierde interés por lo que pasa y ha dejado de creer en lo que puede venir. Es como si ya lo tuviera todo hecho y se precipitara hacia la incineración —da un par de sorbos a su té, con mucho estilo—. Dentro de unas semanas, de seguir así, nos lo llevaremos.

En Villa Dorada se reside por comodidad y servicio, no es lugar para morir, lo de Alberto Unzueta fue excepcional, siempre hay una primera vez y alguien que es el primero, aquí se vive sin depender del esfuerzo o el desvelo de parentela y allegados, se ha llegado a un punto en que se estorba a las generaciones consecuentes aunque la casa sea grande y se disponga de servicio, o porque la casa es enorme para una sola persona que quiere mantener su independencia. El arquetipo de cliente de Villa Dorada no quiere ser lastre ni mucho menos que le importunen con una planificación de la que puede evadirse, aspira a pasar el tramo final sin que nadie le atosigue por acción u omisión voluntaria con el estribillo de que ya ha vivido mucho, sin que sus dolencias, manías y frases hechas perturben el ritmo frenético de aquellos que deliberadamente han marcado el límite temporal a sus aspiraciones.

Andrés Udiel se consume, o lo que es lo mismo y nada frecuente en Villa Dorada, se aburre, escorado en el mutismo del que ya ha dicho todo lo que le apetecía mira al

vacío del techo y se ríe socarronamente del dictamen de los médicos que no restan importancia a su apatía. No le place seguir en el puente de mando, es una metáfora apropiada, está madurando la idea de evaporarse.

—Cada cual es consciente de lo que le pasa y, si me apura, de cómo afrontarlo, y a veces, desgraciadamente es así, a distancia se ve borroso, o no se ve nada. Entonces hay dos opciones: o se supera la oscuridad o se cede a la resignación —intenta aclarar Pablo, seguramente a sí mismo.

Andrés Udiel es agnóstico, defensor a ultranza del empirismo, da entrada a la casualidad y a una probable causalidad originaria de todo lo demás pero rebate el dogma y la resurrección de la carne. Eso no significa que apalee las creencias de quien aboga por la vida eterna. Tiene dudas, quién no, pero las suyas son livianas, casi por compromiso, durante años ha convivido como educando entre las dubitaciones de los filósofos y científicos, puede que pretendiera encontrar el nexo entre las causas —de nuevo ellas a la palestra— que provocan el que unos discurren tan diferente de los otros para definir el sentido de la vida. En el archipiélago del sol naciente es tradición que cada individuo visite una vez al año los templos de todas las religiones implantadas en el suelo patrio, entrar y dedicar un rezo a las figuras y a los símbolos allí expuestos, por lo que pueda ser, cada cual tiene sus querencias sobrenaturales, sus ídolos y su Dios con mayúscula, pero por si acaso no está de más congraciarse con todas las divinidades, a saber cuál de ellas es la causa primera. Andrés hizo lo propio durante su primera travesía por los mares orientales, ciertos episodios de juventud imprimen carácter, y ahora está de nuevo inmerso en la

procesión, desde una ecléctica perspectiva occidental.

—Cuando se congracie con todos los argumentos en liza, que es tanto como decir que asume su propia lógica en el repaso último, soltará amarras.

Tan simple no puede ser, lamenta Pedro. ¿Cómo se consigue soltar amarras antes de que el temporal astille la barca?

Pablo coge una pasta seca con adorno de cereza y le anima a que coma. Las pastas, los dulces y los bollos de la cafetería son de elaboración pastelera, servicio diario en furgoneta de color blanco con logotipo en las puertas.

Pedro huele la despedida, en un parpadeo su relación con el mundo exterior quedará todavía más mermada. En vuelo corto el reloj de péndola se posa a su espalda, chasca la bruñida lenteja ensañándose con su aflicción: “Te quedan los tres hijos y sendas nueras, a cuál de ellos castigarás con tu vuelta, humillado y enfermo, todavía no agónico, qué más quisieras; cuál de ellos tendrá que implorar a su mujer para que acepte al suegro pródigo en el hogar del matrimonio”. Las despedidas desprenden un olor característico: el de la suma de recuerdos, idealizaciones y conjeturas; es un olor penetrante pero efímero, enseguida se confunde con el sudor y la colonia, no es como el olor de la muerte ni el olor del fracaso.

* * *

Los amores no han de ponerse a prueba, menos aún los filiales, se dan por supuestos y responden a las expectativas sobre el papel; mejor no hurgar en la llaga. Las tormentas se ciernen sobre los que no calzan botas de goma,

han olvidado el paraguas y tienen el impermeable en la tintorería. Un traspie lo da cualquiera, adivina con qué, descubre la zancadilla, los malos momentos se viven con paranoica intensidad, la ruleta gira a favor del casino. “Yo era éste, yo era así”... cuenta a Pedro un hombre condenado a vagar, es en la calle, una calle ancha y comercial, al atardecer, el día ha sido parco en luz y hace frío. “Yo era el de la fotografía, y ahora ya me ve”... con veinte kilos menos, barba de no afeitarse en una semana, cabello apelmazado y revenido. “Yo tenía un buen trabajo, me manejaba perfectamente con la tecnología imperante, tengo cuarenta y tres años, el de la foto tiene cuarenta y dos, yo, ya ve, se me ha echado encima el tiempo, me ha vapuleado en un año sin trabajo ni familia, cuesta hacerse cargo de un derrotado, debo tres días de pensión, desde anoche no he comido nada”... en el departamento de asistencia social del ayuntamiento hay excedente de casos desesperados, impagos de alquileres, cuerpos desnutridos, disfunciones de origen exógeno, intravenoso y esni-fado. Lleva una cartera de asa de color negro, de piel, la abre con dedos trémulos, hojea papeles impresos sin extraerlos, el currículum vitae despreciado, en las oficinas del INEM y en las de las ETT hay excedente de jóvenes bien o nulamente preparados que buscan su primer empleo. “La experiencia es el certificado idóneo”... reclama el hombre cerrando la cartera. “Yo no me resigno a perder la dignidad pero”... reticente y con flojera, tiende la mano mendicante, hay que comer y dormir bajo techo. Consuela y de qué manera el que alguien escuche lo que se tenga que contar, el desánimo cede terreno y se cree que es verdad aquello de que en el interior de las personas radican fuerzas que vencen a las adversidades,

energías transferibles de ida y vuelta, cuestión de proponérselo, dogma de fe. En los raptos místicos, la virgen o los santos de mayor envidia, se personan envueltos en luz a los más crédulos y en los breñales, es una especie de aforismo burlón corriente entre los envidiosos y los desapegados a las tradiciones, puede que también se aparezcan a los desempleados, los descreídos y los que se resisten a negociar con su dignidad los días laborables. Aquel hombre exudaba desazón por todos los poros de su arrugada piel.

Pedro no conoce el significado de la palabra agnóstico ni su etimología, es la primera vez que la oye, bastante hace con no ser traicionado por la sintaxis; en su descargo expone que nadie nace enseñado y para ser como el naviero hay que valer, se llega donde se llega por algo, además de por voluntad y esfuerzo. De casta le viene al galgo, los genes se heredan pero su esencia se importa y exporta, como el té de jazmín, naranja, melocotón y a la esencia de bergamota; el té, cavila Pedro, es una infusión aristocrática que no entabla competencia con el café sea de Colombia, Jamaica o Etiopía.

Pablo hace amago de despedida, la generosidad tiene un límite. Pedro hace media hora que se está despidiendo a la par que se aferra a esa última merienda de carácter social, la despedida es una imposición externa, los echará de menos a ambos; las despedidas anunciadas con tanta antelación tienen eso, no se consuman, nadie acaba de dar el paso por motivos bien diferentes. Acompaña a Pablo hasta la calle y luego sigue andando en otra dirección con las manos metidas en los bolsillos, no es forma elegante ni práctica de caminar, es peor llevar los brazos cruzados sobre el pecho, la estabilidad es precaria y

parece como si se quisiera proteger lo que apenas despunta. La merienda se le revuelve incómoda en el estómago, demasiado líquido para tan pequeño odre, Pedro se siente figurita de belén: el cabrero, el aguador puede; vahos de nostalgia entelan el aparato fonador y ascenden, de nuevo la impresión cáustica de haber llegado tarde y mal, confinado en una celda acolchada incolora, inodora e insípida.

Pedro es un hombre adscrito a la demora. Las decisiones tienen su momento, después son imposiciones extrañas al obligado, caminos únicos, a la fuerza ahorcan; conviene tomar la iniciativa o sumarse a las tendencias para no viajar en el furgón de cola con riesgo más que probable de descarrilar. Los clientes de Villa Dorada se encuentran en su hogar sea cual sea el camino por el que transitan, a pie o en coche, y se permiten mirar aquí y allá afirmando que hay algo suyo en lo que ven: escaparates, gente, edificios rehabilitados o anuncios publicitarios.

Dinero llama a dinero. Anabel Sanjuán suscribe las iniciativas promocionales que engrosen su patrimonio, se recrea contemplando a distancia el rótulo luminoso anclado en la azotea de su casa, visible a centenares de metros a la redonda, candelada publicitaria; reporta un dinner a la comunidad de propietarios, repartido por coeficiente, que subsana con creces la fractura estética que supone el postizo. La cara de Anabel es la cauda del anuncio parpadeante, la marca de un vehículo que tuvo, afortunada coincidencia; comenta en la residencia que al principio ella y otros copropietarios eran reacios a coronar la finca con aditamento tan prosaico, cuestión de apariencias y sensibilidad, presionaron vía administrador durante las negociaciones para cotizar el espacio por

encima de la oferta, a fin de cuentas la repercusión visual del letrero estaba más que garantizada, y si no se alcanzaba el acuerdo con ese anunciante otro acudiría a tomar posesión de la azotea, que en los negocios todo es empezar; administrador y vecinos apostaban a caballo ganador. La finca ya cumple los sesenta y los costosos imponderables de conservación merodean en las fachadas y las conducciones, el acuerdo se alcanzó a plena satisfacción de las partes y ya ningún vecino hace ascos al rutilante tocado que ahorra a los copropietarios los pagos mensuales y el fondo de reserva, y molesta a todos menos a los que cobran. El armazón metálico es a prueba de golpes de viento y sismos, así figura en el contrato, pero siempre que unos y otros no excedan el promedio histórico de magnitud local.

La experiencia publicitaria de Pedro Serreño fue forzada y tardía. La emisora local de radio era una buena plataforma para iniciarse y calibrar resultados; además, la contratación no suponía un desembolso exagerado. Rosa Vega, esposa, madre y asesora, le incitó a integrarse en la modernidad, no debían quedar a expensas de una clientela fiel pero añosa. Pedro no quería evolucionar con el sistema, la tienda de ultramarinos era lo que era y así le gustaba o así es como la concebía, y daba lo suficiente para pagar los impuestos correspondientes, ahorrar y vivir con desahogo. Rosa le dejó refunfunar mientras le iba allanando la decisión, había de ser suya, del cabeza de familia. Pedro seguía levantando barreras y ella derribándolas, los ecos innovadores de la competencia barrían el páramo que dibujaba Rosa con su pertinaz recordatorio: radio, prensa, opúsculos, había que decidirse por uno u otro, nada de rechazar el progreso, y, por fin, ganaron

Rosa y las ondas. Era una promoción golosa, tres cuñas diarias por el precio de dos incluidos texto y música, en franja horaria de audiencia, Pedro contrató una semana, lo mínimo, Rosa hubiera preferido la oferta quincenal pero se dio por satisfecha como inicio, juntos escucharon la sintonía adjudicada y el texto leído por un tal Jacinto Huarte, el locutor publicitario, quince segundos de comprimida información que Pedro no identificó con su tienda, Rosa sí, puede que adoleciera de precipitación pero los segundos estaban severamente medidos.

Pedro comprendió dónde se había metido al día siguiente de concluido el ciclo de emisiones radiofónicas, es una trampa camuflada por oropeles, una vez en la rueda perjudica dejarlo definitivamente o espaciarse demasiado, el efecto publicitario se desvanece rápido por lo que hay que mantener la llama ardiendo, isi lo sabrán los publicitarios y los asesores de la mercadotecnia!, variando la intensidad y el combustible, mientras se conserve el negocio. Rosa Vega dispuso por su cuenta y riesgo, entraba dentro de sus atribuciones, una partida para gastos publicitarios y promocionales, deploraba discutir con su marido cuestiones tan evidentes, el ímpetu de los competidores exigía mucho más que buen género y servicio esmerado, había que combatir con las mismas armas, razonaba ella, mientras fuera posible la independencia, que en eso estaba de acuerdo con su marido.

Pero el mundo se abocaba a la unificación, de criterios y de acciones, trocando los hábitos, cincelandos las costumbres y los modos de actuar que quisieran ser competitivos. Aguzada la vista un tanto por encima de la línea del horizonte en un día de buena visibilidad, la tienda de la familia Serreño a duras penas se recortaba contra el

dibujo de las grandes superficies comerciales y los hipermercados, apenas una vieja mácula que ni en la más propicia de las coyunturas interfiere entre el poder rotundo y rutilante de las jóvenes galaxias multinacionales y la pléyade de consumidores ávidos del experimento integrador y vehículo propio estacionado a la puerta. Cuando el asedio obligara a rendirse, calculaba Rosa cuatro o cinco años a más tardar, bien podrían negociar su incorporación a una de las cadenas de supermercados en condiciones ventajosas. Pedro no aspiraba a la jubilación ni ella le impondría el cese de funciones mientras se encontrara a gusto con lo que hacía; los tenderos honorables observan escrupulosamente la caducidad de los productos y la reposición de género, es una terapia que los mantiene en buena forma física e intelectual. Que el nombre de la tienda, *Colmado Serreño*, se viera acompañado del logotipo de una gran empresa de alimentación no tenía porque considerarse un fracaso en la gestión del negocio; al contrario. El anunciarse como tantos otros no suponía reconocer que la clientela no se renovaba. Según Rosa, la publicidad de bajo coste, regular y diversificada, garantizaba el conocimiento entre aliados y adversarios, era como abrir y cerrar la misma puerta a conveniencia; a su marido se lo tradujo a base de metáforas: “¿Recuerdas el cuento de los cerditos y el lobo?”, enseña la cartera y te dejaré pasar, a nadie que no apueste por sí mismo le cabe pretender el reconocimiento de un mérito o una virtud que incrementa la tasación en las transacciones. El tiempo dio la razón a Rosa, aunque no como ella cautelarmente había dispuesto, otra mala pasada para los que quedan, que tienen que retomar la estrategia justo delante de la encrucijada sin indicadores.

* * *

—Hay que mecerse en el balancín del riesgo para conseguir resultados más que satisfactorios —pregona Roberto Ayala con la suficiencia del que lee las noticias que se imprimirán mañana—. No lo tomen como un contrasentido lo del balancín, tan tenue y sensual en su vaivén, y el riesgo, una emboscada en la jungla, otra en el roquedal y así sucesivamente, de la humedad a la deshidratación. Una de las claves para triunfar en el mundillo de las finanzas, así lo veo yo y créanme que sé de lo que hablo, es hacerse imprescindible como asesor de terceros, cuantos más dependiendo del asesoramiento del experto tanto mejor, la confianza ajena depositada en uno es ese incentivo formidable que obra el milagro de catapultar las decisiones inverosímiles en las situaciones comprometidas.

—Vamos, que es lo contrario a recibir el fogonazo de la inspiración en mitad de un descanso —incide Anabel Sanjuán mirando de reojo a sus compañeras de canasta y *bridge*, Virtudes Arroyo Arregui y Teresa Pande.

A ellas tres les falta hoy una de las habituales para jugar una partida como mandan los cánones. Roberto Ayala repudia los juegos de cartas que acompañan una reunión de varias voces y temas recurrentes, pero se deja ver leyendo la prensa financiera mientras el profesor de *bridge* imparte la lección de cada martes y jueves por la tarde.

—Las fluctuaciones en los mercados bursátiles deparan emociones encontradas y catarsis grotescas que valdría la pena grabar con cámara oculta —dice Roberto Ayala pasando página tras página sin apenas leer—. No me

consideren perverso, es tan sólo una constatación de un hecho que se repite con demasiada asiduidad —matiza engolado, con guarnición de caída de ojos—. Las alegrías son tan momentáneas como las decepciones, pero para el apocado inversor particular las cotizaciones a la baja equivalen a neurosis de ansiedad, úlceras de esófago, infartos de miocardio. ¿Saben que en las fases alcistas de la bolsa, que nunca duran lo suficiente como para sentirse seguro de la rentabilidad a corto plazo, la solicitud de créditos al consumo para comprar acciones de las compañías más conocidas y populares del mercado nacional es equiparable al de los solicitados para comprar coches, reformar baños y cocinas o contraer matrimonio?

Virtudes responde que sí lo sabe, ella no incurriría en ese error ni falta que le hace, pero comprende que la tentación por hacerse millonario de la noche a la mañana es grande y contagiosa.

—Los coches, las cocinas, los baños, las bodas, son inversiones a medio y largo plazo —interviene Anabel—; el matrimonio es una inversión edificante que diversifica el riesgo para conseguir una rentabilidad vitalicia.

—Debe ser terrible eso de tener que devolver un dinero después de haber perdido la mayor parte de lo invertido, o todo —comenta Teresa situando en orden sus cartas de juego—. Es una pérdida doble.

El profesor de *bridge* hace caso omiso a las interrupciones, ellas ya saben jugar, lo que ocurre es que necesitan de su concurso para jugar la partida porque a veces, como hoy, falla la amiga de Anabel, la amiga de Teresa, la amiga de Virtudes, indistintamente amiga, para completar el cuarteto, y a él mientras le paguen por su presencia y sus recomendaciones no le importa ser un complemen-

to indirecto, el árbitro condescendiente o el decorativo maestro de ceremonias.

Roberto Ayala pide al camarero una tónica con un dedo de ginebra seca, sin hielo ni limón, servida en copa.

—La especulación es una forma de vida, no es sólo una manera de entender los negocios —dice pasando página, le gusta como ellas le observan con disimulo mientras él se embadurna con el aura vítrea de los índices de las diferentes bolsas internacionales—. Es un concepto maldito para los hipócritas bien pensantes que se aferran al sentido peyorativo, que elevan por conveniencia a la categoría de axioma, y propalan altisonantes lo muy inconveniente de venerar el lucro, pero, en cambio, si son bendecidos por una racha de fortuna, entonces, ¿alguien sabe quiénes eran o dónde se esconden cuando se les busca para denunciar su apostasía? Son precisamente ellos los que se endeudan para invertir al modo especulativo y ellos son los que poseídos por la avidez, una debilidad que a nadie excluye, seguros de ganar lo inimaginable en un plazo irrisorio, entregan sus ahorros a los profesionales de las varias economías, léase especuladores con bagaje. Ja, ja, ja. El dinero cambia de manos, hoy está en una cuenta y mañana en otra diferente allende tierras, controles y mares. El dinero siempre es el mismo, decía mi padre. Pero no me gusta cebarme con esos infelices que se plantan en el salón de los cien monitores y apuestan en la primera jugada su resto a un valor que les resulta simpático, todos sin excepción especulamos con lo que sea o con lo que tenemos más al alcance de la mano o con aquello que nos atrevemos, que no siempre coincide con lo que apetece. No me negarán que la cosa funciona así.

Anabel Sanjuán suscribe las palabras de Roberto y los beneficios que reporta al buen y discreto inversionista, y a su viuda.

—Cada una de las civilizaciones nacida, desarrollada y desaparecida en nuestra Historia ha sido un cúmulo de riesgos, especulaciones, conquistas y retiradas, que los cronistas, perseverando en su encomienda y doctrinario, han reflejado en textos que les sobreviven —continúa Roberto Ayala con su exposición de periódico abierto—. Cada generación acoge las lecciones magistrales del pasado para adaptarlas al presente que le toca vivir; la historia es una repetición de hechos con diferentes protagonistas y medios para vivirla y explicarla. Creo sin faltar a la modestia que hay que transitar por la historia con un pie a cada lado de la línea.

El padre de Teresa Pande y Barrio Astruel, diplomático de carrera, aspiraba como último destino a ser nombrado por el gobierno de turno, dada su hoja de servicios, embajador ante la Santa Sede, Naciones Unidas o ministro de Asuntos Exteriores, puestos a elegir, y retirarse con setenta o setenta y dos años a dictar sus memorias en su finca *Las Norias*; la aspiración quedó en eso pese a los méritos contraídos para avalar su nombramiento, las conveniencias políticas son a menudo injustas e incompatibles con los funcionarios. El padre de Teresa, hombre instruido, versado en historia clásica y contemporánea, asimilador de las diferentes culturas étnicas de los territorios donde ejercía, andaba con un pie dentro y otro fuera, un pie aquí y otro allá. Era tal su habilidad, fruto de la experiencia y una pizca de don natural, que ni se notaba el balanceo; además, apenas consumía bebidas alcohólicas, tampoco su hija, sí, y por el resto de la familia,

su esposa. Ella, doña Teresa, fue una reputada anfitriona y cónsula y embajadora consorte, atenta, ocurrente, poliédrica y elegante, la mejor valorada de entre las esposas del cuerpo diplomático centroamericano, no se le achacan salidas de tono, romances mulatos a la orilla del mar ni filtraciones comprometedoras para la patria y su honra; como doña María Teresa ya no quedan esposas diplomáticas, con su estilo y aguante al libar néctares.

Teresa Pande y Barrio Astruel esquivaba, con un pie aquí y otro allá, inversiones en la metrópoli e inversiones en los mercados emergentes, las odiosas comparaciones entre la diplomacia de carrera y la especulación de oficio.

Roberto Ayala dobla y deposita sobre la mesa el diario color salmón, sabe que ninguna de ellas lo va a leer, es más cómodo que te resuman la actualidad y las fluctuaciones por boca de un experto.

En Villa Dorada cada mañana a las ocho en punto se alinean en el mostrador de recepción los diarios de tirada nacional, a disposición de todos los residentes, son suficientes porque ellas apenas los hojean, y si los leen no se entretienen durante horas, y ellos, todos menos Pedro y Ramiro Alonso, reciben en mano su ejemplar cotidiano. Una vez a la semana se reparten las revistas solicitadas individualmente, ellas consumen más revistas que ellos, y los sábados y domingos los lectores canjean o regalan los suplementos y coleccionables de los periódicos. Lo que uno desecha por trivial, superfluo o inadecuado, a otro divierte, informa o simplemente permite obsequiar a los nietos, que bueno es que aprendan idiomas, informática y geografía e historia.

Pedro se deja caer por el mostrador de recepción antes de comer y coge el periódico que queda o el de titulares

más sugestivos y se sumerge en la lectura hasta que empieza el desfile hacia el comedor, a veces se queda a medio artículo de opinión y después de comer vuelve a retomar la lectura, a solas, mientras las noticias televisadas ocupan a los que no echan la siesta.

A las cinco de la tarde, hora taurina por excelencia, Pedro entra en la biblioteca y pasa una hora leyendo libros de accesible filosofía y psicología social, y unos minutos más consultando en la enciclopedia y el diccionario aquellos temas y palabras que merecen ampliativa ilustración, echa de menos algún que otro tipo de diccionario especializado, pues no se suele encontrar todo lo que se busca en un solo libro por genérico que sea. Este hábito de media tarde es reciente, desde que se convenció de que la eternidad no es una falacia para los que, como él, dependen de un recurso escaso, limitado y tremendamente volátil a poco que se despiste uno.

La atracción inicial de Pedro Serreño hacia el mundo viviente, diverso y en constante movimiento ha ido menguando en proporción directa a sus ahorros; la previsión de fallo definitivo en su corazón era de un año, tortura el recuerdo estirado en el potro del fracaso, un año y pocos meses siendo dadivoso con el dictamen médico: los meses anunciados sin fisuras ni prórrogas.

—Padre Pombo, me culpo por no haber imaginado un imprevisto tan enorme, de haber nacido mujer me hubiera funcionado la intuición.

Cuanto más se abarca menos se aprieta, dicen los que toman poco a su cargo, la inmensidad es invisible, con los ojos se rodean cien grados de la bóveda celeste, parece mucho pero no es tanto; Pedro escupe hacia dentro, en la boca, garganta y estómago.

—Padre Pombo, el imprevisto venía de dentro, y yo, torpe de mí, había atrancado la puerta al revés; mire usted por donde.

A los enemigos hay que verlos aunque sea a distancia, con catalejo, o en el alféizar de la ventana, con lupa; abundan los conflictos que todavía no se resuelven en torno a una mesa de negociación. Estúpido, ingenuo, los médicos se equivocan, la suya no es una ciencia matemática, los notarios conocen de asuntos en los que la intervención divina y el destino no son factores a tener en cuenta, ni imprevistos que se cuelan por las hendiduras de la candidez.

—Soy un estúpido, un ingenuo y un viejo necio. No, no me detenga, Padre, en mi filípica de autoinculpación, he tentado a la suerte y ahora me someto a la potestad de Dios con los esfínteres apretados; estoy condenado a vivir fuera del paraíso; don Vicente, el jardín del Edén tiene sus cimientos en la misma esfera.

La vanidad no es patrimonio de los mediocres, cierto, pero en ellos es arma de doble filo con la que suelen provocarse heridas incisivas y cortopunzantes, hay que tener muy buen pulso y tino para la cirugía, el reloj de péndola cuelga de la pared y con su voz mecánica pronuncia la sentencia y anticipa la expulsión.

—Padre Pombo, me confieso un codicioso ‘todoloquieroantesdeencajarenelataud’, ni para eso me queda; y, por favor, dígame que es una mentirijilla lo de la resurrección de la carne estilo Lázaro, no me conviene, y que es verdad lo de la parábola de la multiplicación de los panes y los peces en versión billetes de curso legal.

Los colores del mundo no son para los cegados, qué se ve donde no alumbrá ninguna luz, a qué distancia ve una

mente ciega, los cadáveres incinerados probablemente llegan antes al cielo, el cielo es azul hasta cierta altura, progresivamente oscurece y más allá es casi negro. De día y de noche, en el cielo muy oscuro, las estrellas titilan con brillo ausente, y los planetas del sistema solar, sus satélites mayores y algún asteroide, lucen sin destello al reflejar la luz del sol; los cometas periódicos son relojes siderales con péndola en forma de cabellera, marcan el paso del tiempo con luz y polvo, nadie, de momento, ha escuchado su sonido pero circulan por la Tierra algunas reproducciones para la televisión.

Las paredes de la biblioteca de Villa Dorada se engalanan con libros, templos diminutos de la cultura fraccionada, a Pedro le ha dado por aprender lo que nunca le había interesado. Es una forma de vivir intensamente dentro del Olimpo, saboreando todos y cada uno de los placeres en breve prohibidos para él; la calle, las aceras desnudas, los escaparates vacíos, el futuro indeseado de fauces colosales y halitosis mareante aguarda sin prisa la inevitable expulsión del intruso.

—Ha confundido el coche, este es de primera y su billete, no.

Maldita voz cavernosa, se ha impuesto no sufrir esa humillación, el revisor no le pillaré antes de llegar a la próxima estación, no se trata de un postrer arranque envanecido, si la estación se resiste a dejarse ver siempre queda el salto al vacío; ese recurso de última instancia se está convirtiendo en obsesión.

—Soy un viejo loco y un descreído y un blasfemo, la necesidad hace sabios a unos y rencorosos a los más. Don Vicente, déjeme echar un vistazo a la Santa Faz en el retablo del altar mayor. ¿Tiene el mismo poder que el

oráculo de Delfos?, me ayudaría a descubrir mi futuro, el que quiero ver, claro es, el que no quiero ni ver, me temo; le pido a usted que interceda por esta oveja cobarde que no tiene valor para dar el salto, no se alarme, ya le he dicho que no tengo valor, bienaventurados los cobardes cuando llamen con la aldaba a la puerta del cielo. ¿Y entre tanto?

Resulta fácil creer en los milagros cuando no se cuenta con otra alternativa. Los milagros circulan por vía lenta y tienen sus normas de obligado cumplimiento, pon algo de tu parte, si es mucho mejor que mejor, y henchido de fe y esperanza pide al mediador de la junta de arbitraje y conciliación que interceda por tu cuerpo mortal y por tu alma inmortal, una limosna en el cepillo y una vela a san Judas de los imposibles es muestra de caridad y buenos propósitos, pero si el santo se inhibe, es una de sus facultades que hay que contemplar con resignada cortesía, no se te ocurra pedirle al padre Pombo misericordia por lo que no te atreves a hacer.

Cloto, Láquesis y Átropos son las tres deidades hermanas, hay dudas respecto a su posible ubicación en el mundo, pero no parece que las ancianas Cloto, la hilandera, y Láquesis, la devanadora, sean o vayan a ser clientas de Villa Dorada; a ellas no les conmueve el paraíso, tampoco precisan de esmeros y atenciones para prolongar sus existencias. Respecto a Átropos, ni imaginar encontrarla en recepción interesándose por las actividades programadas a los residentes, ella es mujer de acción ejecutiva, su verbo es breve y directo, la cuestión diplomática la deja para su hermana Cloto, la especulativa para su hermana Láquesis. Átropos se presenta y se va dentro de un paréntesis de segundos o a lo sumo minutos, pero

la anciana cortadora de hilos invisibles anda demasiado ocupada para acordarse de Pedro Serreño el tendero de la calle San Miguel.

—Padre Pombo, ¿sería mucho pedir el poder emular a San Pedro y hacerme con un juego de llaves de Villa Dorada? Don Vicente, los desesperados tenemos derecho a decir lo que sea, lo que nos manda el caletre y lo que nos chamusca las entretelas, sólo nos perjudica a nosotros y eso pasado un rato. Dios, en su infinita bondad y sabiduría, no va a condenar a un trapequista que, imira por donde!, calcula mal, no agarra el trapecio y vuela en caída libre hacia la superficie convexa de la tierra, y, imira por donde!, sin red de protección. No, no soy irreverente, Padre, no me atrevo, soy creyente, creo en Dios y a Él me encomiendo día a día; sí, ya sé que la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento, pero bueno, no hablamos de lo mismo, ¿verdad, don Vicente? Allá donde esté instalada la sala del juicio final, el gran Juez que conoce las causas desde el antecedente al consecuente, sabrá como redimir del pecado de soberbia a un lerdo maniatado por una nefanda conjunción planetaria.

Pedro abandona la biblioteca con la cabeza a rebosar de conceptos esquivos, le apetece tomar algo, le apetece quedarse cerca del grupo de mujeres que juegan a un extraño juego con la promiscua baraja francesa de cincuenta y dos cartas, le apetece sentarse con Roberto Ayala, que bebe a tragos cortos lanzando reojos a Virtudes, a Teresa y a Anabel, y comentar las actividades expuestas en el tablón de anuncios. Pero Roberto no tiene ganas de cháchara con el antiguo tendero de mirada triste, que de un tiempo a esta parte no pierde ripio de lo que se ofrece en la residencia. Roberto el asesor se

entretiene en su juego paralelo de contraseñas con las jugadoras de cartas, eso le motiva y le inspira más que las clases de yoga, los cursos de cerámica y manualidades con arcilla, papel o hilo, y los cíclicos seminarios sobre terapias naturistas, cocina macrobiótica, cocina conventual, arte figurativo y abstracto, estimulación sensorial o jardinería de ornamento, con visitas y prácticas concertadas y voluntarias; las de jardinería, medicina y cocina se realizan en la propia residencia. Los médicos recomiendan a sus pacientes mantenerse activos, mente ocupada, cuerpo moderadamente atareado. María Antonia Silva y Regina Peris son asiduas a la jardinería, junto a ellas participa Josefina Narváez, habitación número seis, ella lo compagina con los cursillos de cocina donde concurren Adela la inconstante, Rosario Maqueda y Virginia Lagunero; Ramiro Alonso es ceramista aficionado y demuestra su pericia con cada objeto que fabrican sus manos; Gerardo Zúñiga hace sus pinitos con masas y bandejas hacia el horno; Pedro Serreño alterna entre unos y otros aprendiendo a marchas forzadas lo mucho que siempre queda; cuanto más se conoce menos se sabe, los conocidos como hombres del Renacimiento pretendían ser autosuficientes, aquellos individuos eran lícitamente vanidosos y exigentes y tan dados al aprendizaje de la escuela clásica como a la docencia. Las terapias ocupacionales guiadas expresan momentos de relajación y confraternidad en los que se comenta animadamente sobre lo que se prepara y se practica; la atlética disciplina del lanzamiento de garfios hacia los barandales por si suena la flauta y además de engancharse donde se apunta, que ya es meritorio, en el acto desciende una escala de cuerda.

Josefina Narváez y Rosario Maqueda asisten puntual-

mente a la clase matinal de yoga; Encarna Luzón practica los asanas esporádicamente, el yoga es remedio eficaz para la artritis, el estrés y la falta de concentración; Rosario y Josefina, a solas en sus respectivas habitaciones y con luz indirecta, meditan musitando espaciadamente la sílaba *OM*. Tampoco dejan escapar ellas tres los seminarios que abordan temas culturales, cada quince días Encarna Luzón transmite a su hermana Paula B. las reflexiones inducidas que le han originado los seminarios, cursillos y conferencias. Magdalena *la sufridora* se distrae tejiendo multicolores escenas bucólicas y piadosas mientras escucha música vocal con auriculares, sus manos y sus oídos se mantienen ágiles, lo agradece a santa Lucía y a santa Cecilia. Andrés Udiel, el naviero que estiba sus pertenencias para la última singladura por fases de convicción, gusta de construir y admirar maquetas de barcos, galeones del siglo XVI y corbetas del XVIII, cuando no anda deambulando por sendas vacías de certezas.

Lorenzo Cot, Roberto Ayala y Antonio Lagunero se han aficionado a navegar por Internet, el piloto estudia en la Escuela de Telecomunicaciones, compañero y amigo de la hija de Abel Laroza, es un confeso adicto a la red, contagia su entusiasmo y convida a afiliarse al ensayo de busca y captura. Teresa Pande, Anabel Sanjuán y Virtudes Arroyo Arregui han sucumbido a la curiosidad y a los ojos verdes y los pronunciados hoyuelos del internauta; el profesor de *bridge* tiene su encanto, es hombre maduro de bigote entrecano y flequillo en la nuca, pero la juventud es viento que insufla emociones y tentaciones, los tres hombres y las tres mujeres se arremolinan frente a la pantalla y aguardan impacientes el turno de peticio-

nes dos días a la semana, entre seis y ocho de la tarde, el equipo está instalado en una habitación de tres por cuatro metros anexa a la biblioteca. Los doctores Lapuente y García, el que visite esa jornada, cumplen con las revisiones vespertinas a los internautas de una vez, sin reconocimiento dactilar o mecánico, mientras se hacen hueco con idea de participar en el viaje virtual.

Pedro, que en los últimos años ha oído hablar y mucho de Internet, de las argucias geopolíticas en los Balcanes, Oriente próximo, Cachemira, el cuerno de África, la devastación medioambiental, la unificación monetaria y la expansión islamista por citar ejemplos de calado, pero como quien oye llover sobre paraguas ajeno, ha obviado su ignorancia y pasmo para participar de la experiencia al menos como espectador, el santuario de las revelaciones virtuales le pilla cerca de la sala de lectura, pero no es lo que se dice un asiduo de la red, la virtualidad le turba, es como adentrarse en una dimensión regida por espectros, brujos y nigromantes después de pasarse toda la vida renegando de ellos y sus prácticas para desvalidos o en el peor de los casos psicópatas. Así piensa Pedro, pero se abstiene de pronunciarse categóricamente en público.

Los misterios pierden su fascinación o, simplemente, dejan de ser arcanos bien por indiferencia bien por conocimiento, pero sin lo uno ni lo otro el accionar un interruptor y que se haga la luz o el abrir un grifo y que mane agua son fenómenos mágicos e inaprensibles para una cabeza estructurada en cuatro columnas: haber y debe, proveedores y clientes. Aun con esta rémora a costas, a Pedro Serreño el del colmado le aguijonea la curiosidad y el afán de superación no competitivo, y más tímido que osado cuando le llega la vez que ahora no elude, casi

farfullando, pide al avezado internauta de veintitrés años —con un pronunciado hoyuelo entre las cejas, que el decir popular traduce como que ha expulsado la negación de su boca— que satisfaga un capricho, una modesta solicitud que entusiasma a sus compañeros de aventura: ver la réplica infográfica de Margarita Carmen Cansino, alias Rita Hayworth.

La lectura de una revista de divulgación científica para todos los públicos desvela a Pedro como una empresa de la alta California ha comenzado la resurrección digital de actores y actrices —la primera fase del proyecto va de cine— que a los espectadores han cautivado. El parecido de la réplica virtual con la actriz es asombroso, no obstante, la sensación de irrealidad, de esa distancia infinita que expelen las facciones de los cadáveres durante el velatorio, se mantiene y se realza como un tributo a lo que ya no volverá a ser, y eso a Pedro le provoca escalofríos.

Se asegura que Walt Disney fue sometido a un proceso de criogenia para hibernarle hasta descubrir cómo vencer la enfermedad que le condenaba a una muerte inminente. Si el invento surte efecto más de uno y de mil harán cola para morir y resucitar a los equis meses o años, hay quien no teme encontrarse en la situación de ser amamantado por sus bisnietos o tataranietos, hay quien a pesar de formar parte de una congregación religiosa a la que acude los días de culto multitudinario —que ayuda a sostener financieramente con mayor o menor dadivosidad— no le disgusta la idea de perpetuarse en este valle de lágrimas: más vale tierra conocida que cielo por descubrir; no aterrará la muerte sino la forma de morir y lo que viene o no a continuación.

Pedro imagina que el honor de ser representado

tridimensionalmente se reserva en exclusiva a celebridades muertas, pensadores y genios que con sus trabajos, deducciones y teorías han aportado avances notables y, según el ámbito de aplicación, provechosos a la humanidad en su conjunto, personajes históricamente trascendentes por sus estudios y actos, y los primeros cien nombres en la lista de las principales fortunas mundiales. A cada cual el lugar que le corresponde.

Lo de la congelación en vida y la recreación virtual para deleite de fetichistas e incondicionales es un problema de fama y sobre todo de dinero, resuelve Pedro para sus adentros, era de suponer. Los mediocres se fotografían en días señalados y en vacaciones, es un recuerdo que consumen los avatares de la vida y las más de las veces se destruye por una inclemencia privada o se torna irreconocible en una caja rectangular o en un cajón. Son diversos los factores que impiden a los recuerdos alcanzar la inmortalidad.

—Padre Pombo, ¿es condenable sin posibilidad de apelación a la más alta instancia donarse a la ciencia para que del cuerpo mortal, que del polvo estelar viene y al polvo galáctico volverá, se extraigan consecuencias prácticas que desbrocen el proceloso camino hacia una eternal forma de vida?

A un animal de compañía se le privilegia con la muerte sin sufrimiento físico, también se la denomina muerte dulce, y a nadie escandaliza que se supriman los últimos estadios de vida enferma para evitar dolor a tan querido ser y pena a su compasivo dueño.

La eutanasia aplicada a los humanos suscita una controversia que viene de antiguo. Siglos de distinción entre lo que se puede y lo que se debe, entre quién puede y

quién debe poner fin a lo que por esencia y definición lo tiene, no han bastado para generalizar una práctica que, a pesar de prohibiciones legales, condenas morales y judiciales y amenazas físicas y ultraterrenas, va conquistando terreno en las humildes conciencias.

El doctor de la buena muerte, no es caso aislado, facilita a los desahuciados la evasión de la cárcel de la irreversibilidad con el consentimiento de los deudos. La enfermera de la muerte por decreto, no es caso aislado, liquida como se le antoja a decenas de ancianos a su cargo que añoran, mal que les pese, las visitas balsámicas de sus deudos y protectores.

—Padre Pombo, el aborto, que la iglesia califica como el asesinato del nonato, evita sufrimientos indeseables al que iba a venir aunque, y sobre todo, le impide vivir que es la mayor dádiva que pueda concederse, esos son los puntos de vista y de defensa a contemplar; está regulado y cuenta con supuestos que lo legalizan; ya sé que las leyes positivas al respecto infringen la taxativa ley de Dios que usted perpetúa por vocación y convencimiento, perdóneme por el atrevimiento pero yo no opino, expongo hechos que se debaten en la radio y la televisión. Don Vicente, la eutanasia, que la Iglesia califica como el asesinato del ser humano nacido y vivo, aunque sobre este particular hay opiniones para todos los gustos, yo no me pronuncio porque soy un ignorante y sé que transito por terreno pantanoso y no alcanzo a entender qué bien jurídico se protege si a uno se le impide decidir sobre sí mismo cuando todavía puede y, si me apura, debe, sólo sobre sí mismo, nada más que sobre sí mismo, evita padecimientos estériles a quien de hecho ya se ha despedido de la vida y sólo espera un entierro decoroso que conceda

descanso a familiares y allegados; y en el anverso, tal procedimiento llamado eutanasia líquida, suprime, retira de la nómina de los vivos a quien en ella desea seguir en cuerpo, alma, espíritu y energía. Tenga paciencia conmigo, Padre, yo soy creyente, creo en Dios, fui bautizado y confirmado, recibí la primera comunión en el mes de María con lirios alrededor del altar, me casé por la Iglesia y mis hijos han seguido la inercia porque así lo dispusimos mi mujer y yo y la familia política, a mis nueras tanto como a mis suegros les hacía una ilusión tremenda vestirse de festejo nupcial, a ver quién les llevaba la contraria, y mis nietos giran alrededor del catolicismo ecléctico en órbitas excéntricas. ¿Me hace señas de que no entiende adónde quiero ir a parar? Si fuera fácil decirlo no me escudaría en circunloquios de salón, si tuviera el valor necesario ya habría insistido hasta la saciedad, la suya y la mía y la del doctor Lapuente, en que me sobra vida y me faltan medios, y que mucho me temo que mi pretensión de borrar de un plumazo mi nombre de la nómina de los vivos le va a resultar a usted tan poco digerible como la eutanasia para los desahuciados que no se sienten tales, el aborto para los nonatos que de poder decidir vivirían y el auxilio e inducción al suicidio para los atrapados en una caja hermética de paredes correderas que tantean a ciegas la salida.

El doctor Óscar Lapuente, geriatra y gerontólogo, y el sacerdote Vicente Pombo, cocinero antes que fraile, desayunan fruta y tostadas con mantequilla sin sal, beben de uno y medio a dos litros de agua mineral sin gas al día, y un vaso con gas por aquello de facilitar la digestión, y aconsejan a sus atendidos que burlen el bloqueo de la incertidumbre con una docena de inspiraciones de aire

fresco en secuencia pormenorizada, que aunque para algunos la incertidumbre sea una dádiva preciosa, para el común de los mortales es una trampa que envuelve con malas artes y asfixia. ¡Hay que vivir!, proclaman la medicina y la religión, vivir confiando en que mañana será un tanto mejor que hoy, hay que abastecerse de mañanas, con los años se lastra la nave y ya no se proyecta ni la luz vigía, hay que superar esa inercia minadora concibiendo planes de futuro; coinciden ambos, cada uno con sus palabras y su acopio de futuro por si la adversidad se presenta de improviso.

La adversidad en no pocas ocasiones antecede a la muerte, si es posible se acaparan alimentos y medicinas, el huracán arrasará mañana, hoy todavía se dispone de margen para los preparativos de la salvación, aún cabe la esperanza de un desvío en la mortífera trayectoria seguida por satélites, estaciones meteorológicas y cámaras de televisión, no quedan existencias en los supermercados, algo más en las farmacias. Cuando el dolor, la impotencia o la carestía exceden lo humanamente tolerable y las brigadas de rescate con sus perros adiestrados y equipos de emergencia son impotentes para rescatar a los supervivientes de la tragedia, la muerte es la liberación, esa muerte que posterga su entrada en el cuerpo. Pedro Serreño está asustado de su propio miedo y de su continua invocación a la avería de un corazón que pocos años antes era demasiado débil para seguir bombeando energía líquida.

—Doctor, ¿debo la prolongación de mi sufrimiento a los medicamentos? ¿Y si hiciéramos una pausa, usted con las recetas y yo con las tomas, para tratar de resolver mi problema? —querría preguntar y proponer Pedro a Óscar

Lapuente, pero no se atreve ahora que por fin se ha decidido a comunicarle la razón de sus desvaríos e inquietudes. Pedro teme más al sufrimiento causado por el dolor físico y a la reacción del médico que a la incertidumbre loada por un poeta y prosista japonés del siglo XIV.

¿Cómo y en qué condiciones se afronta el desespero ante una situación no contemplada ni en la más remota de las hipótesis? ¿Dónde reside el sentimiento de fortaleza, creencia o voluntad, que antepone la pervivencia a la claudicación miserable? Las emociones y los sentimientos se aglutinan en un temperamento del que Pedro Serreño carece por completo.

Virtudes, Teresa y Anabel hablan de sus respectivas amistades durante la merienda. Pedro está de nuevo cerca de la mesa que comparten las tres y puede oír como alternan los afectos con las críticas de cotilleos entre pares. Ellas prefieren las visitas de amistades a las de familia, para la familia hay otros lugares y momentos que obligan a reconocerse parte indisoluble de los que están fuera. El aislamiento voluntario de lo propio, en línea directa, colateral o política, es un placer perseguido y celosamente defendido que Villa Dorada otorga a sus clientes entre canapés, delicias de hojaldre y vino dulce.

Es una imagen que Pedro se llevará como recuerdo de su estancia en la residencia, la postal fraccionada en réplicas numeradas, tantas como compañeros de lujosa travesía, colocadas una junto a otra por número de habitación, orla de fotogramas multicolores pletóricos de vida con una excepción en el correspondiente a la habitación número cuatro. Pedro Serreño heredó, por así decir, la habitación de Esteban Gayoso Cuevas, cuando el ingeniero enamorado de las montañas concluyó los prepa-

rativos de su viaje iniciático. Antes de dirigirse en taxi al aeropuerto Esteban se despidió caballerosamente de Adela Dubré, cosa que la pilló desprevenida, ya había desterrado ella de la pestilente —por rancia y atascada— buhardilla sus escauceos encaminados a la conquista sentimental del ingeniero, pero se sintió halagada y directamente invitada para en dos minutos prodigarse en consejos y rutas de las que el viajero no podía excusarse. Finalizado el trámite, Esteban pasó unos días con Virtudes Arroyo Arregui en el coquetón apartamento de ella sito en un pueblo costanero distante treinta kilómetros.

En avión se desplaza Pedro Serreño hacia la ciudad de su Villa Dorada. Un vuelo corto y tranquilo, retrospectiva histórica con pinceladas nostálgicas y afirmación del propósito. Durante algo más de un año Pedro se ha preparado para en los meses siguientes, los que le restan de vida según las pruebas médicas sobre él practicadas, elevarse por encima de toda clase de sufrimiento y alejar todo tipo de dolor genérico e imbatible del lugar donde el raciocinio y la toma de decisiones moran en la cabeza. Rosa Vega soñaba en sobrevolar la Selva Negra y el Tirol, sentada junto a su marido y con la foto de sus hijos y nietos en el monedero dentro del bolso de mano, bien encajado en el regazo. Al mirar el cielo a través de la ventanilla, esplendorosamente azul y apoyado sobre un mullido colchón de nubes blancas, Pedro homenajea a Rosa desde la cúspide del mundo doce años después de su muerte. Apenas parpadea para no perder detalle de la monótona maravilla que abarca con ojos redivivos, se siente satisfecho, feliz, la altura da dominio y libertad, a esa altitud de alas artificiales nadie se reconoce de baja estatura; en esos momentos de épica ensoñación él es un ser liberado,

gigantesco y poderoso, y, además, está vivo, muy, muy vivo.

Un presente elegido en sus gozosos detalles y el infinito al ladear la cabeza es todo cuanto precisa para henchir las velas, la felicidad se consigue a fuerza de abstracción y mientras permanece no se necesita nada más, la vida tiene ese sentido único tan perseguido y todas las acciones están justificadas, incluso la de meterse en un avión con el corazón débil: un riesgo suicida. La felicidad hinche el espíritu convertida en la más gratificante de las ocupaciones, la atención se concentra y dirige a conseguir el proyecto, no hay disensiones en el gabinete ejecutivo; Pedro lanzado hacia un futuro breve a novecientos kilómetros por hora.

La felicidad es más concisa que el futuro, se retira discretamente a su morada en el reino de los deseos una vez ha demostrado de lo que es capaz. Los minutos de vuelo dan mucho de sí, y con la mente tan despejada como el corredor aéreo por el que discurre el avión todavía más, a esa distancia del suelo los sinsabores se dulcifican y las etapas ásperas y correosas se ablandan hasta licuarse y son servidas diligentemente en vaso de plástico con logotipo.

Un año antes, parece que ya ha pasado un siglo, parece que el tiempo se ha dilatado y ahora regurgita lo que previamente absorbió, sólo un año y poco más antes de hacerse con un billete en clase turista le dijeron ordenadamente cuatro veces que no había remedio, cuatro médicos y sus respectivos gestos adustos, de compasiva amabilidad y firmeza expresiva. Pedro casi agradeció que no mediaran buenas palabras, engañosos consuelos, rampas que suavizan la pendiente, pero eso significaba que ya

apenas quedaba trecho por recorrer; tal vez ni siquiera el augurado. Suaves cabeceos afirmativos fijaban el final de una historia vivida únicamente en sus consabidas pautas heredadas.

—¿Seguro, doctor, doctor, doctor, doctor?

—Seguro, no voy a engañarle, no voy a engañarle, no voy a engañarle, no voy a engañarle. Tiene el corazón debilitado. Dos, tres años a lo sumo.

Entonces a Pedro le pareció paradójico que al definir lo irremediable, lo fatídico, la imposibilidad del retorno a un estado precedente que permitiera disponerse para la batalla con armas eficaces y garantía de al menos obstaculizar la necrosis, se asintiera sin vehemencia trasladando la mirada de los ojos del enfermo al suelo y viceversa, un par de veces. Pero hubo otra paradoja que le hace sonreír mientras evoca aquella escena cuadruplicada, una paradoja sublime, le parece: no tener tiempo equivale a disponer de todo el tiempo restante.

—Doctor Lapuente, yo había participado de crío, y no tanto, en el juego de la verdad y en el de las disparatadas ficciones, usted dice que también ha jugado a preguntar y responder, esas cosas las hacemos todos sea cual sea nuestro origen y lo que nos depare el destino; a la pregunta de qué haría yo si supiera cuánto me queda de vida, no me acuerdo de mi respuesta, sin duda la hubo pues el juego la exigía, pero ahora, ya ve, esto es lo que he hecho y ahora sí que no hay vuelta atrás.

Según qué noticias cuesta digerirlas. Tras conocer que su corazón lleva impresa la fecha de caducidad, Pedro decide continuar con su vida de siempre mientras cualquier esfuerzo le sea soportable y no se vea forzado a ser asistido como lo fue Rosa, la historia se repite y se ensaña,

por el momento oculta su dolencia a propios y extraños y, a la adversidad buena cara, disimula estimulándose con sus clientes, amigos, hijos y nietos. Concibe de nuevo la idea de perpetuar el negocio, ha de intentarlo con Perico, el tercer hijo, el que no parece encontrar ni asidero ni estabilidad, el más reticente a la hora de tomar partido, excepto para casarse, qué rápida la elección, el noviazgo y la boda. Pero Perico, pese a todo, es el más independiente, su madre lo veía emigrando de la pequeña ciudad y aseguraba que acabaría haciendo la maleta aunque le tiraran de los faldones de la camisa sus hijos. Rosa no conoció ni a la mujer ni a los dos hijos de Perico, pero Pedro le da la razón, el día menos pensado se larga y ya no vuelve nunca más ni deja dicho dónde va, ¡ahí os quedáis y que me echen un galgo!

Pedro estudia la situación detenidamente en el primer piso de la calle San Miguel, solo, con el televisor conectado para llenar el comedor y el resto de la casa con algo más que fantasmas, el eco de los latidos de su corazón le incomoda, hay quien compara el funcionamiento del músculo al de las hélices, si no se está pendiente de ellas seguro que no fallan. Por el piso y la tienda puede sacar un buen precio. Lo intenta con denuedo por última vez, reunión familiar, esto es lo que hay, dice a sus tres hijos, no voy a seguir, estoy cansado, me jubilo; nada de alarmar con su maltrecho corazón, calcula que ya habrá mejor ocasión para confesar en público. Antonio, Jerónimo y Perico le animan a desprenderse del negocio, incluso le proponen que venda la finca y se compre un piso pequeño donde le plazca para estar cómodo y sin recuerdos abrasivos. Generosos y desapegados los tres. Pedro no contrapone argumentos emocionales, sus hijos no quieren

saber nada del colmado, Perico es el más impetuoso al recomendar que zanje la historia de una vida dedicada a la alimentación de distrito. Pedro arroja la toalla y desde ese momento tantea la venta.

—Doctor Lapuente, al mirar a distancia, a media y a gran distancia, que es lo conveniente para negocios y amores, se pierde perspectiva y las más de las veces, le hablo por experiencia, quién soy yo para filosofar sobre cuestiones supuestas, qué cierto es aquello de que se advierte antes la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio.

Celestino Bordas, el dependiente del colmado Serreño, quiere hacerse con la tienda y la vivienda, entra en la puja sin resentimiento hacia el patrón por haberlo descartado tan a la ligera. Pedro reconoce su falta y se disculpa, el bueno de Tino servía tanto para un barrido como para un fregado, no le importaba echar horas, al contrario; su novia, que acudía a la tienda con su perrillo mestizo a la hora de cierre a recoger al novio y pasear antes de la cena, andaba quejumbrosa por tanta laboriosidad más propia de quien defiende lo que es suyo y se paga por ello.

Tino y su novia querrían mantener el negocio con matices; lo primero que haría, le confiesa Tino a ella, es incorporar la tienda a una cadena de alimentación, y luego contratarla y vivir como los Serreño. A la novia le parece bien, trabajar para uno, o en franquicia, es un aliciente que despierta ambiciones que ya se daban por fantasiosas; ella piensa que eso representaría el espaldarazo definitivo para que Tino se decidiera a casarse, siete años de noviazgo exceden la paciencia femenina.

Pedro comprende la ambición de Tino y se siente orgulloso por la predisposición del muchacho para ir asumiendo todas las responsabilidades. Esos días de bis a bis

con el televisor anida en su cabeza la idea de continuar al frente del negocio hasta que le flaqueen las fuerzas, para entonces ceder a la pareja el piso y la tienda a cambio de una renta mensual a dividir entre sus hijos. La solución le parece aceptable dadas las circunstancias, Pedro empieza a ver a Tino como su cuarto hijo, y a la novia su cuarta y más cariñosa nuera. Esto, sin embargo, le produce reparo, ¿qué pensaría Rosa de la suplantación?, en el futuro pueden surgir complicaciones tan indeseadas como innecesarias. Pedro claudica y de nuevo retrocede ante la presión asfixiante de lo que pudiera ser.

Resuelto el tema de la calle San Miguel a favor de la venta, necesita una solución para sí mismo y pronto, todavía ocultando lo de su débil corazón. Por casualidad, que es como suceden estas cosas, una frase suelta por aquí, un folleto que alguien ha recogido por allá, descubre la existencia de unas residencias que le despiertan varios apetitos a la vez y en adelante denominadas las Villas Doradas. Atraído por la publicidad, llamativa pero poco explícita para su gusto, se informa por teléfono y al cabo de una semana, sin visitar ninguna de las residencias, su nombre aparece inscrito en la lista de espera.

Mientras aguarda destino y habitación se convence de haber hecho lo posible por sus hijos, nadie le podrá reprochar que abandone una vida de tradicional observancia a cambio de unos meses a cuerpo de rey; qué fácil es decidirse cuando todo empuja en una única dirección.

—Doctor, mi mujer había heredado una tierra que era de cultivo, que con los años y por situación fue recalificada para suelo urbano. Esa media hectárea, antes de ser urbanizable y sobre todo después, era un seguro de vida para la familia, y junto a la tienda y el piso de la calle San

Miguel, la herencia a repartir entre los tres hijos. Me di cuenta de que había suficiente para todos, doctor Lapuente, mientras yo me quedaba con lo que me dieran por la tienda y el piso, a mis hijos les quedarían los solares edificables en los que podía dividirse el terreno; o al revés, de todas formas había para todos, se lo aseguro.

Pedro Serreño sueña despierto con las Villas Doradas, cuanto más se imagina cómo va a vivir en cualquiera de ellas más le tienta, comprende perfectamente que Adán y Eva sucumbieran a la tentación, es injusto culpar sólo a uno de los dos, la tentación imprime celeridad en las acciones, parece como si al pensar entre si hacer o no hacer se dejara escapar la mejor oportunidad de la vida. Se dice que la prisa aconseja mal, pero sin precipitación sólo se recorre la mitad del buen y del mal camino.

Tomó partido por la mejor oferta económica que recibió el lote de tienda y piso, la de una empresa constructora que quería el solar para, una vez derruida la vieja casa de dos plantas, levantar un edificio de seis. Pedro rehusó hacer una permuta, necesitaba dinero en efectivo y no una nueva vivienda que sabía no iba a morar.

—La vida es una suma de coincidencias y casualidades, ¿no lo cree así, doctor? Me quedé con el dinero de la venta de la calle San Miguel para costearme la estancia en Villa Dorada, por un año o poco más, según lo previsto. Pero entonces, lo de la casualidad y la coincidencia como le decía, recibí una oferta por la media hectárea de las afueras y no lo pensé dos veces para vender. Era como si se hubiera declarado una epidemia constructora, después he entendido qué estaba pasando, ya sabe, el cambio de moneda, el dinero negro, las hipotecas a bajo precio, la demanda de viviendas por nuevos y viejos residentes.

Aunque no lo crea, doctor Lapuente, pensé y mucho en mis tres hijos; si les entregaba dinero en vez de un solar a repartir me lo agradecerían, entre otras cosas les evitaba tener que ponerse de acuerdo en qué hacer con el terreno: si venderlo, conservarlo, hacerse una casa para cada uno, qué se yo. Ya tenía dinero para dividir por tres, partes iguales, me sentí aliviado y optimista.

No se olvidó de Tino. Pedro le entregó a modo de regalo y compensación el dinero de la cuenta de imprevistos, dos millones y pico de pesetas. De esta manera cerraba el reparto práctico y teórico de sus bienes materiales y ya podía ocupar su habitación en Villa Dorada sin remordimientos, gozosamente recostado en el asiento del avión, ladeada la cabeza hacia el infinito celeste; cuánto se ve cuando no se mira nada. Dentro del avión se siente tan dichoso como importante, y, además, dueño de su futuro de doce meses o poco más. No obstante, nada le importaría morir allí mismo, por encima de las nubes, cerca del cielo que se encomia desde los púlpitos; esa sería una muerte dulce, considera, una bonita forma de morir a medio camino del insondable cielo. La azafata de pañuelo verde y blanco anudado al cuello, llena de sonrisa y amable apostura, de contoneo ceñido a la anchura del pasillo central y único, observa a Pedro con deferencia profesional; en sus bastantes horas de vuelo ha visto tantos pasajeros como nubes, y sabe por experiencia que los ancianos se asemejan a los niños cuando surcan el aire, en unos y otros se dibuja la atracción del infinito. En la vejez y la niñez, que son épocas comunicadas por la circunvalación vital, el manto del disimulo trasparenta contra la voluntad atribulada del sometido a experta vigilancia, las nubes en formación y las desgastadas se dejan penetrar

por los curiosos y los investigadores de los fenómenos naturales.

La azafata de gorrito a trazos verdes y blancos sabe atender emergencias, detectar problemas cardiacos y animar al alicaído, siempre y cuando sus otros deberes o las turbulencias atmosféricas no le impidan ser creíble en sus alegatos en pro de recobrar la ilusión por lo que ha de venir. A esa distancia del suelo las emociones suelen imponerse al hastío o la desesperación, las azafatas y demás personal de vuelo temen más la excitación nerviosa irreprimitible que la catalepsia, lo más que puede ocurrirle a un viajero con el corazón débil es quedarse acurrucado en el asiento como un pájaro sorprendido por la tormenta que se enrosca en un matorral, y cuando cesa el viento y la lluvia o el granizo ya no se oye más el batir de sus cortas alas; no se oye el chasquido que libera del cuerpo el cinturón de seguridad.

Es, lo de rendirse al sueño sobre las nubes, una muerte obsequiosa que ahorra al desahuciado sinsabores y quebraderos de cabeza, además de conferirle la categoría de viajero exclusivo en compartimento reservado con guardia uniformada. Es, sin duda, una muerte opuesta a esa otra, la más común, que se anticipa a la voluntad y a la noción sobre ella elaborada a medida que se han superado tormentas.

* * *

Rosario Maqueda, Josefina Narváez y Encarna Luzón toman té de naranja frente al televisor público. Las tres circundando la misma mesa, departiendo sobre aspectos

femeninos comunes, dejan pasar los minutos hasta que la peripuesta directora y conductora del programa *Así lo veo yo* entreviste a la escritora Paula B. Este tipo de programas, de audiencia encubierta, no gozan en Villa Dorada de atención preferente; se sabe que en privado se siguen y se viven, pero hay cierto rubor en admitir que atraen, sea por los contenidos o por los personajes que explican por enésima diferente versión cobrada lo que hacen o dejan de hacer, con quien están o ya no están. Pero si una de las invitadas es la Luzón escritora la cosa cambia, se entremezcla la curiosidad con la afinidad y las apariencias quedan a salvo.

Encarna Luzón aprovecha la extensa pausa publicitaria previa a la aparición de su hermana para denunciar ante sus compañeras, sin ánimo de señalar, los continuos errores sintácticos y léxicos de locutores y periodistas, unos más que otros, a lo que Rosario Maqueda, sin ánimo de señalar —algunos errores amén de flagrantes son indisculpables y patentizan un grado de cultura general deplorable—, deja entrever con frases y gesto de cejas alzadas que conviene diferenciar entre el lenguaje literario y el convencional, entre la expresión oral y la escrita, entre la conferencia y el recuento de noticias, entre la premiosidad de la crónica, la incidencia del artículo y el entramado de la novela.

—Hay poca exigencia académica de un tiempo a esta parte, antes le dábamos mucha importancia al cómo y al qué —afirma Encarna, y no añade que sobran periodistas y faltan literatos, buenos literatos dispensadores de emociones con final gratificante.

La tía hospiciara de las hermanas Luzón, hija legalmente adoptada por el egregio notario don Gregorio

Luzón de Sierte Gomezalba, escribía poemas y tocaba el violín, no destacó en ninguna de las dos facetas pero a su favor y como mérito hay que resaltar que ponía sentimiento y ganas, y por encima de todo quería agradar a la familia y a su futuro esposo que habría de salir de entre los candidatos nominados por sus padres. Los integrantes del Círculo Experimental organizaban veladas artísticas, escenificaciones de crítica social, concursos de ingenio y artificio y editaban una revista satírica ilustrada de consumo interno. La hija adoptiva de don Gregorio tenía reservado un espacio en la penúltima página de la revista que ornaba con verismo poético, su sensibilidad literaria se vio favorecida por la impresión de dos poemarios en papel verjurado, pagados por el notario y publicados en años alternos; en la anteportada la feliz autora extendía su profundo agradecimiento y la devoción hacia el mecenaz dedicándole unos versos notariales.

Los anuncios televisados tienen un algo que engancha, es un lenguaje visual redundante, la crónica de un suceso cotidiano que no hay que imaginar sino revivir, nada de florilegios, con dos palabras basta y todos se quedan con la copla. Rosario Maqueda eleva los hombros y otra vez las cejas dando a entender que la sociedad evoluciona no siempre por donde uno quisiera.

A Josefina Narváez, viuda y divorciada, no le preocupa lo que se dice o la forma de expresarse sino quién lanza la idea o la opinión, ella no repara en árboles si lo que se persigue encontrar es el bosque, a fuerza de bregar con las modas acaba una renegando de las apariencias, censura a media voz. Josefina Narváez ha vestido durante medio siglo a muchas mujeres; a los veintitrés años presentó su primera colección en pase privado; a los treinta

creó la marca de ropa Finarva; a los cuarenta le sedujo la docencia y se estableció durante una década en un conglomerado de taller-centro de experimentación-academia compartida con dos vanguardistas extranjeros; a los cuarenta y cinco la impronta de la academia se expande a través de seis réplicas en cuatro países europeos; a los cincuenta apuesta por la alta costura y sus adineradas clientas, además de abrir nuevos mercados en tres continentes; a los sesenta sufre una primera crisis de identidad que le aparta del tráfico de los diseños, desfiles, ruedas de prensa y lecciones magistrales para proyectarla hacia el misticismo y la visión intuitiva, abandona su modo de vida y se lanza a perseguir utopías inmateriales; a los setenta es acosada por una segunda crisis que trastoca a partes iguales las idealizaciones y los logros de toda una vida. En ese momento decide desprenderse de los envoltorios y, completamente despojada de apariencia, dedicarse a indagar el paradero del bosque.

Cada tres o cuatro meses Abel Laroza organiza en Villa Dorada una charla con un personaje socialmente notorio. Los elegidos son amigos, conocidos o distinguidos por el propio director, él trae a quien cree puede suscitar interés y simpatía entre sus clientes. Josefina Narváez fue invitada a glosar su vida y obra en audiencia reducida, eso era una novedad a lo largo de su exitosa carrera, ella tenía clientas de su estilo de ropa en algunas Villas Doradas por lo que el marco no le resultaba ni extraño ni controvertido por lo que, ya inmersa en el declive vocacional, accedió a verter parte de sus experiencias tras un paréntesis sin ser noticia continuada en las revistas especializadas. Al final y en un aparte con Abel Laroza ella le preguntó sobre Villa Dorada, naturalmente por curiosidad, el

director intuyó que iba a tenerla como clienta.

La escritora Paula B. desvela parcialmente el contenido de la novela que está escribiendo; Rosario Maqueda se dice para sus adentros que lo único que varía de una novela a otra de la hermana menor de Encarna es la geografía y el color de los ojos de los protagonistas; Josefina Narváez desatiende la entrevista y sigue dándole vueltas a su idea de retirarse a un convento, es un supuesto que tironea de ella los días impares.

Sobre la mesa de reunión, junto a su taza de té, Rosario Maqueda ha dispuesto el dictáfono, unas fotocopias recientes de hemeroteca, un sobre blanco y su carné internacional de prensa, todo bien a la vista de los presentes, ha sido un impulso que no ha pasado desapercibido a Encarna Luzón. Josefina Narváez fluctúa entre el pasado y el futuro ignorando el presente, si la entrevistada fuera ella respondería con independencia de la pregunta que la ignorancia voluntaria es hermosa, la incertidumbre es conveniente y adictiva, la posposición de una respuesta es una concesión a la ilusión, crear es un acto de libertad y egoísmo, lo que uno piensa íntimamente no debería ser traducido con insinuaciones, el enigma es en sí mismo la interpretación de un deseo; pero a ella la entrevista le trae sin cuidado, espera lo que ha de venir que deduce saldrá del sobre blanco.

Pedro Serreño desciende la escalera para acudir a la biblioteca deambulando entre el pasado y el futuro, la incertidumbre es maleficio para presuntuosos e incautos y el enigma es en sí mismo la explicación de un despropósito. Por la mañana ha estado de visita en la Santa Faz, a desahogarse espiritualmente con Vicente Pombo. Hace un rato dormitaba en su habitación, al despertar le ha

embargado el terror de precipitarse al vacío desde una cima muy alta, había espectadores siguiendo el vuelo, un auditorio mudo sacudido por viento ululando. Pedro despierta aturrido y avergonzado, no es nuevo ese estado ni perenne, quiere remontar vuelo hacia la cima o al menos hacia una repisa en la roca vertical, nada a lo que asirse, allá a lo lejos ve la ventana y la puerta, más lejos todavía oye gemidos de niño despuntando entre recriminaciones de madre, la tarde es fresca y la luz comienza a debilitarse en su cruce con nubes panzonas, tambaleando palpa puerta y ventana y las cierra, hay que tener valor para atravesar la última barrera y él no lo tiene; el niño cesa en las reivindicaciones y se acurruca en un rincón de su cuarto, Pedro asegura el cierre de la frontera, la luz oscila y por unos instantes ilumina el mundo como en primavera, pero es sólo una ilusión, la del preso en su celda, la del ciego que hasta hace poco podía ver. Entonces, inconsistente, despierta por tercera vez y el viento le susurra: “Con el tiempo uno se muere, acaba muriendo”.

Todo lo que nace muere a su debido tiempo.

Al final de la escalera se topa con Antonio Lagunero, que viene de la calle y se le nota con ganas de hablar, van a la sala en la que continúan alrededor de la misma mesa Rosario, Encarna y Josefina, el televisor está apagado, no hay nadie más a la vista y Antonio decide ir hacia ellas con intención de acompañarlas.

Pedro le sigue por no saber qué partido tomar, las circunstancias mandan participar de algo nuevo, a la biblioteca cada vez le quedan menos libros vírgenes y a su cabeza más espacios por llenar, de todas las lecturas ha extraído la consecuencia de que la duda es un instrumento de trabajo, una manera de vivir y entender la vida y es

algo así como la secuela de la resignación negativa. Bordea la mesa y observa como Antonio Lagunero acerca otra mesa y dos sillas; así el decorado, Josefina le indica por señas que acerque una silla más para la doctora Guadalupe Balma.

A Pedro acuden las imágenes de su primer encuentro con la diseñadora, ella había concluido su disertación y entonces prestaba atención a quien la requiriera con una pregunta o un comentario entre sorbos de agua mineral. Pedro vivía intensamente su segundo mes en Villa Dorada, era un novato encandilado por los oropeles a quien no le arredraban sus carencias, Josefina y él entablaron un símil de diálogo que poco o nada tenía que ver con la moda y sí con lo que ella había dicho casi al final: “Me dejo llevar por un proyecto nuevo, original para mí, que acepto me supera y cuya esencia es la de mantenerse como tal sin llegar nunca a realizarse por completo”. En eso se les unió Roberto Ayala el engolado y la conversación derivó hacia las expectativas propiciadas por el nuevo milenio en todos los órdenes sociales, el tema pareció cautivar a la diseñadora y a otros residentes y la primigenia línea recta se transformó en triángulo y posteriormente en círculo de ocho vértices. Pedro gozó con la improvisada tertulia en la que era uno más, el envoltorio es égida y linaje, prejuzga clase y cultura, no hay contertulios de primera y segunda, el compartimento es único, amplio, fragante y confortable.

Villa Dorada no huele a residencia de ancianos y jubilados, los residentes no huelen a viejo ni a enfermo, ni a desidia o abandono. Hay días en que el olor a perfume excede un tanto del límite, pero pasadas las primeras ráfagas de posicionamiento las esencias se armonizan y

luego conforman una unidad odorífera sensual que persiste más allá de la medianoche.

A menor escala sucede lo propio esta tarde, una liviana nube irisada nimba las anatomías de Rosario, Josefina y Encarna y se expande hacia Antonio y Pedro, sentados a la mesa adjunta, los cinco con la mirada puesta en el sobre blanco, mimetismo mal disimulado, Rosario Maqueda adivina por qué Josefina y Encarna continúan a su lado pero no adivina que Adela Dubré se aproxima con su peculiar movimiento de cuerpo vidrioso, resume la aventura de la jornada y toma asiento en la silla que Antonio Lagunero ha colocado junto a la diseñadora.

Josefina Narváez resopla para sus adentros al recordar la importunidad de Adela Dubré, metamorfosis de mosca cojonera, empecinada en reactivar el negocio de la diseñadora. Ella, aseguraba Adela medio mostrándole desde la palma de la mano su agenda telefónica, promocionaría la ropa y organizaría desfiles para mujeres maduras y cosmopolitas, tenía amistades y contactos para conseguir que la iniciativa fuera un éxito, moda a domicilio, convocatorias selectivas, haría falta un piso grande con armarios y espejos, pero ella podía encontrarlo en cuanto se pusieran de acuerdo en el reparto de beneficios. Josefina Narváez no aguantó dos días la impertinente propuesta de asociación, se encaró con Adela y rescatando sus ímpetus de empresaria desquiciada por las premuras y los contratos le espetó que no quería saber nada de ropa, desfiles, clientas y pisos con armarios, espejos y tocadores cuajados de bombillas.

—Prefiero las celdas de las carmelitas descalzas y los paseos contemplativos bajo los cipreses.

Adela Dubré reconocía, comprendía y disculpaba las

extravagancias de las divas.

—Conozco el lugar perfecto para retirarse unos días, te presentaré a una amiga teresiana y a un amigo trapense y hablaremos con mi primo que es íntimo del obispo para que te recomiende.

Josefina Narváez expelió una vaharada de hastío y trazó el límite entre una y otra:

—Sigue desorganizando tu vida en olor de santidad y olvídate de las pecadoras anónimas en proceso de reconversión, tengo brújula y pase de pernocta.

La doctora Guadalupe Balma se incorpora al grupo con su sonrisa de fin de semana, ella es la doctora de guardia los sábados y domingos que son los días de la semana de menor actividad y gente. Hoy ha quedado citada con Rosario Maqueda, que le ha hecho su carta astral y se la quiere comentar para orientarla. La doctora Balma lamenta este comité de recepción y se siente algo incómoda, por un momento echa de menos llevar puesto el uniforme de trabajo, quíeráse que no los distintivos acababan por vincularse a la persona, pero aun así conserva la sonrisa, saluda uno por uno a los no invitados, pide zumo de uva y se sienta junto a la periodista.

Rosario Maqueda, indiferente a la expectación, abre el sobre y saca una cartulina blanca impresa en cuatricomía con los datos de la solicitante.

—Padre Pombo, hay quien dice que la vida de cada uno de nosotros está escrita de principio a fin en las estrellas, no se indica cuáles son ni su magnitud aparente, hay quien sabe recoger el mensaje y adaptarlo a las dimensiones de una hoja cobrando por ello o por mera afición a dilucidar lo que cuesta dar como posible, hay quien consulta el horóscopo para hacerse una idea de cómo le

andaré el día, la semana, el mes, el año, el trabajo, la salud y el amor, quizá a mí me hubiera convenido inquirir el futuro cuando aún lo podía rectificar, pero en caso de equivocación o falsa advertencia no parece que nadie se responsabilice de lo que debía haber sido y no fue; las estrellas están a años luz y con tanta distancia, cabe pensar, la información se desvirtúa, llega tarde o se extravía; excusas si se buscan no faltan.

Guadalupe Balma se dispone a escuchar lo que le depara el destino, pues lo anterior es materia que ya conoce. El resto de asistentes también quiere saber más sobre la doctora de fin de semana, pero Rosario Maqueda devuelve la cartulina al sobre y dice que habrá mejor momento para predecir.

Demasiados astros en la misma órbita, cada cual con su luz y su velocidad invariable, y un asteroide, y un cometa que aparece y desaparece a instancia de parte. Adela Dubré se retrepa en su silla y dice que a ella le han hecho varias predicciones y ninguna ha resultado fiable, sin embargo, no le importaría tener su carta astral e interpretarla a su antojo, afirma poder hacerlo.

—Don Vicente, esta mujer, Adela, ya sabe de quien hablo, no es nada tonta, persigue un ideal como cualquier hijo de vecino, quizá esté un poco trastornada, o un poco más de la cuenta, pero sabe lo que busca y la prueba es que a mí no me hace caso desde que se sentó a mi lado en el primer concierto de Navidad al que asistí, con diez minutos tuvo suficiente para encasillarme entre los inadecuados. Alguna vez he pensado, usted disculpará las libertades que uno se toma cuando imagina, que yo podría haber jugado la baza del afecto amañado al no tener otro recurso que oponer a un corazón, el mío, oficialmente

gastado y vacilante, ¡total por intentarlo!, ¿hacia quién decantarme me pregunta, a quién sondear, a quién cercar con pactos de mutua correspondencia, sobre quién recaer la hipoteca de mi persona?, a la estrella fugaz, claro, con las demás ni intentarlo, y con ella, ya ve, también hubiera fracasado, no soy lo que la señorita Dubré pretende de su pareja. Las parejas han de ser entre iguales decía mi mujer, yo creo que es verdad, parece que al acomodarse en un mismo plano las diferencias son menores, asumibles, fácilmente negociables, las parejas que yo conozco lo son desde que fueron presentados según se estilaba el uno a la otra o se decidieron la una y el otro a formar una unidad que resulta ser indisoluble a partir de entonces, hasta la muerte pasando por la vicaría.

Guadalupe Balma se resigna a esperar que escampe, otro día será y en privado, coge el sobre, se despide y sube a la habitación número siete para charlar con Andrés Udiel el naviero.

—Tal como lo veo yo, Padre, hasta para despertar compasión hay que tener gracia, y para intimar en la residencia hay que pertenecer a una buena familia, léase contar con medios y poder, los como yo invertimos el orden de las palabras y nos entroncamos por origen y sucesión en una familia buena, lo cual nos sitúa varios peldaños por debajo y con grave riesgo de tortícolis si elevamos demasiado la cabeza durante un rato largo; ante tamaña evidencia mejor no intentar el abordaje.

Hace cinco años Guadalupe Balma era neófita en Villa Dorada, en su segundo fin de semana al frente del servicio médico tuvo que capear en mitad de una tormenta con la escenificación de un naufragio protagonizada por Andrés Udiel. Llovía a mares a las siete de la tarde, hora de

revista, la doctora llamó a la puerta de la habitación número siete que era de las pocas habitadas ese día, la puerta se entreabrió dando paso al rumor del jardín encharcado, adentro no había nadie pero la puerta del balcón estaba abierta y entraban filamentos acuosos empujados por ráfagas de viento que describían parábolas de escaso recorrido. Un rápido vistazo desde el balcón fue suficiente para convocar en tareas de rescate a los dos asistentes en recepción, los tres al unísono chapotearon hasta encaramarse a la cubierta del buque fantasma y su osado capitán. Andrés Udiel, que los vio llegar a paso de carga, les invitó a participar de la incruenta refriega desde el puente de mando de su nave, pero la patrulla de rescate lo redujo con mimo y lo condujo a puerto donde fue secado y acicalado como un perro de concurso.

A solas con la enojada Guadalupe Balma le dejó bien claro que lo sucedido era pura anécdota, episodio de senectud que ella haría bien en incluir en su dietario como doctora de Villa Dorada, no había que darle más trascendencia ni debía preocuparse por el desvarío controlado de un viejo que dos años antes fue homenajeado por sus compañeros y empleados.

—No le considero un loco, guarde cuidado.

—Eso es lo de menos, de locos algo tenemos todos y mucho camino queda por recorrer en la materia, exteriorizarlo ayuda a mantener el equilibrio emocional y la relación entre médico y paciente.

—Prefiero que timonee su barco desde la cama o desde la butaca.

—Hay poco mar en esta habitación, ni aguzando la vista se divisan las cabrillas de las encrespaduras, los farallos de las ensenadas, aquí dentro se desbarata el casco y

la máquina. ¿Sabe lo que significa ser homenajeado? Adiós, viejo, deja paso al relevo. ¿Sabe que se siente? Tristeza, nostalgia, lo que era ya no será nunca más, el cabo que dobla la Estigia, es la despedida real de ese barco que no volverá a zarpar con uno dentro. ¿Abro ya los regalos? ¿Por quién me toca brindar? ¿Quién está recitando mi panegírico?

—Un homenajeado con salud es mejor que un jubilado con bronconeumonía.

—La salud se descompone a fuerza de homenajes, recuérdelo para el futuro; si alguna vez le tributan una encomiástica fiesta sin premio o galardón que la justifique, deduzca el motivo y disponga su equipaje para ingresar en una residencia. O refocílese bajo una tormenta de noviembre.

—Las mujeres no hacemos esas cosas, tenemos sentido del ridículo, sentido práctico y sentido común; mezcle, agite y me reconocerá, soy yo, su doctora de cabecera los fines de semana. No me lo ponga difícil que estoy a prueba.

—Las mujeres también estallan, doctora a prueba, y cuando lo hacen salpican más lejos y certeramente, aunque prefieran la reconvencción entre cuatro paredes y la reivindicación del neuma el espectáculo no es patrimonio de mi primario sexo.

Un piso más abajo se ha desencadenado un temporal a cuatro bandas. Adela Dubré ha tomado las de Villadiego y sólo Pedro ha visto o ha querido ver como se escabullía tropezando con sus zancas. Antonio Lagunero, polemista diletante, lanza una turbia perorata en sonsonete contra la astrología y las sectas milenaristas. En principio nadie entra al trapo pero tampoco nadie se mueve de su silla,

aún hace falta cocción para tomar partido, e incluso Adela, la que se va pero no se va, persevera con guiños al pie de la escalera por si alguien, además de Pedro, se ha percatado de su ausencia y le incita a volver al escenario de la controversia.

El padre de Teresa Pande y Barrio Astruel, experto en hipocresía anglosajona y doblez vaticana, diplomacias y transacciones, fue llamado a consulta por el gobierno de turno en dos ocasiones mientras desempeñaba sus funciones en las Grandes Antillas, contenciosos de estiaje periodístico.

—Sé que es rastrero y vil el chantajear con los sentimientos don Vicente, mucho peor y más condenable que el hacerse pasar por lo que uno no es ni será nunca, pero si uno vive quiere estar acompañado, en alguna parte ha de estar escrito, a medida que transcurren las semanas, los meses y los años las habitaciones se agrandan y las noches se eternizan, se duerme con luz de día y se ven todos los programas de televisión que antes se denostaban; con este panorama en ciernes no le extrañe que yo añore una compañía bajo el mismo techo, un techo que no sería mío, así están las cosas. ¿Me puede recomendar al prior de un monasterio?

Josefina Narváez, brusca e impaciente, removiendo el guiso, tilda de enredador a Antonio Lagunero, éste ni se inmuta, seguramente ignora el dardo del calificativo, y aunque no fuera así mejor no enzarzarse en *yo soy esto y tú lo otro*, y en su descargo y como aviso a navegantes arremete con ejemplos televisivos captados de programas monográficos que ha visto en su habitación. Josefina Narváez aduce que cada cual es libre de seguir la estela que le plazca, pagando la tarifa o a voluntad de mejor

pronóstico y curación más eficaz, cada cual es libre de deshojar la margarita de la gran implosión, interviene Rosario Maqueda, hay quien cada veinticinco años entrega su patrimonio a la causa porque en la nueva vida se desecha lo material y el sistema monetario que aquí impera, hay quien descubre que las profecías, los augurios y las sentencias se amoldan a un calendario que no acaba de concretarse, pero el fin del mundo está a la vuelta de la esquina, aquella esquina que no hay manera de ver.

Los residentes de Villa Dorada confían en transitar por el siglo XXI siquiera en sus primeros gateos, todos menos Andrés Udiel y Pedro Serreño, por diferentes motivos.

—Me doy cuenta de lo solo que estoy al compararme con la escurridiza Adela, don Vicente, estoy seguro de que ella morirá en Villa Dorada, de poco le va a servir el dinerito en la caja de ahorros, nadie se hará cargo de ella cuando ya no pueda moverse de su habitación y pretenda hacer creer que está de viaje, un viaje de reencuentro con sus mil fantasmas desperdigados en un mundo ficticio, a lo mejor resiste tanto como los cimientos del edificio, quién sabe, pero siempre sola y señalada; yo creo que he podido evitar que me señalen abiertamente. Padre Pombo, yo dejé prohibido a mis hijos que me visitaran, a lo mejor no quería que descubrieran el paraíso donde había recalado su padre, no me avergüenzo de ellos sino de mí, les dije que yo iría a visitarlos; la primera Navidad desde que estoy en la residencia la pasé en casa del hijo mayor y su mujer, estaba previsto que fuera mi despedida de ellos y de esta vida que no me suelta; la segunda Navidad la pasé en casa del hijo mediano y su mujer, el rotativo de rigor, y, aplique usted mismo la cuenta, ahora se avecina otra Navidad que toca en casa del hijo menor y

su mujer. Sé que han agradecido que espaciara mis apariciones de enero a diciembre, la consabida rotación de soportar al abuelo-padre-suegro es más fácil entre diciembre y enero; pero a partir de ahora se nos viene encima una buena, ya no será un trámite a cumplir con el viejo chiflado, los que creen en el fin inminente de este nuestro mundo se desprenden de todo porque no habrá un día después, ya ve, yo me he quedado sin apenas nada y al igual que éstos me siento estafado porque sí hay un día después y la odisea continúa.

El matrimonio Alonso Peris prepara un viaje pasada la Navidad, dos veces al año escapan a territorio desconocido, para retornar en breve a la residencia y a las tardes de baile sin consumición, en los prolegómenos del segundo concierto de Navidad en Villa Dorada Regina, sentada entre su marido y Pedro, le comentó al tendero que cuando ella o Ramiro enviudaran el superviviente se recogería en casa de uno de los hijos, lo pactaron hace mucho tiempo sin ningún tipo de objeción entre las partes.

Rosario Maqueda se ríe por lo bajo del toma y daca entre Antonio y Josefina, dentro del caldero hierve el mejunje formado por ocultistas enmascarados, astrólogos de papel cuché, iluminados de moqueta, caoba y televisión por cable, curiosos que menudean en comandita, escépticos que husmean el negocio, adeptos identificados con una de las mil interpretaciones del Apocalipsis y los constructores de lanzaderas espaciales. Rosario vierte pizcas de especias picantes que crepitan al contacto con los ingredientes, y a guisa de druida en el bosque mágico pronuncia frases que rebotan del techo a la mesa. Encarna Luzón no acaba de comprender si es o no un trastorno mental el creer que han sucedido ciertos hechos

considerados como fantásticos. Josefina le viene a decir, torciendo la boca, que consulte a un inquisidor o a Magdalena Orive para salir de dudas. Rosario recomienda pasear desde las leyes de los chamanes hasta el Círculo de Viena para hacerse una idea de la dimensión de los significados. Asomado al caldero para mejor regocijarse con el borboteo de la pócima, Antonio Lagunero reta a los cabalistas, en clara alusión a la druida sumergida en un baño de luna, a someterse a la inyección de pentotal sódico sobre la arena del circo.

La periodista recoge una a una sus pertenencias de la mesa, de esta manera sutil da por concluido el ritual en el calvero de las ceremonias, y con la mirada puesta en las fotocopias de hemeroteca dice, en clara alusión al duende de la discordia cuyos ojos emergen chispeando del borde del caldero, que ella ni administra ni utiliza en exclusividad la necedad de nadie.

—Don Vicente, allá cada cual con sus cuentas e intereses, y usted perdone la sentencia, qué verdad es aquello de que si quieres esconder algo déjalo a la vista, subo a un avión, disfruto con el vuelo, vuelvo a pisar tierra como los colonizadores de antaño y ni sospecho remotamente que ahí tengo la prueba de que mi corazón funciona como un cronógrafo; a lo mejor es que el pobre estaba aburrido o demasiado abrumado, cualquiera sabe, y el remedio para que alegrara el paso era tan simple como un cambio de vida. Usted se aferra al milagro para explicar el trote rejuvenecido de mi corazón, quizá acierta con su apunte, pero si el que puede y sabe ha obrado este milagro, pidámosle juntos que no se detenga y me ayude con unos cuantos más en lo sucesivo, que buena falta me va a hacer.

Pedro distingue a Abel Laroza de refilón, de paso por el vestíbulo. Es momento de anticipar lo irremediable: le dice al gerente que mañana tiene algo que hablar con él, en su despacho a mediodía queda citado y hablarán de lo que guste cuanto quiera.

Aparece en escena Gerardo Zúñiga, que viene de la calle.

—He sido testigo de algo curioso —dice a Pedro a modo de saludo—; te lo cuento, allá afuera pasan cosas que no tienen desperdicio.

Pedro se deja coger del brazo y escucha lo que le vaya a contar, se transforma en la página once del diario de Gerardo Zúñiga el logístico.

—Había un vagabundo sentado en un banco, solo y a gusto me parece a mí, va a comer un bocadillo que tiene guardado en papel grasiento; en el preámbulo nada que sea interesante. Pero antes de hincar el diente, en armonía el hombre con su sino, concentrado en retirar tres dedos el pringoso envoltorio, una voz altera su placidez y mi espionaje. La voz de una mujer enérgica metida en mis años o poco más, la sostiene imperceptiblemente un chófer, de uniforme y gorra plato, por detrás y con soporte de bastón el que se supone el marido observa lo que sigue; el coche, azul marino como el uniforme chófer, está aparcado en doble fila. Ella da otro paso en dirección al vagabundo que por acto reflejo recubre el bocadillo y lo mete en un bolsillo de la chaqueta, pero no se levanta, la mira con la boca abierta y la cabeza ligeramente ladeada.

“¿¡Cómo es que no has pasado por allí!?”

El vagabundo calla, el marido calla, el chófer, imperturbable, mete la mano en uno de los bolsillos del uniforme y saca un billete, o a lo mejor dos o tres, que de esto

no estoy seguro.

“¡Te dije que tenías que ir allí!”

El *allí* es un misterio para mí, y por la expresión del hombre del bocadillo es posible que también para él. El chófer se le acerca, le entrega el dinero, más bien lo deja caer como si lo depositara en una hucha, retrocede hacia el brazo de la dama y observa de reojo al caballero de bastón con puño y contera de metal.

“¡Mañana pasa por allí!”

La comitiva de tres vuelve al coche, el dinero desaparece de la vista y este cuento se ha acabado. Un minuto después el vagabundo o lo que fuere, recupera su bocadillo y estudia detenidamente por dónde asestarle el primer mordisco. Y yo me vuelvo a casa a la hora del médico.

Óscar Lapuente llama a la puerta de la habitación número cuatro, Pedro le hace pasar pero le pide que vuelva cuando haya terminado la ronda, quiere ser el último esta tarde. El doctor Lapuente intuye que la última será la visita más larga de la jornada.

El concierto de Navidad, además de una tradición que reproduce y reivindica la música de cámara, además de cerrar officiosamente la temporada de actividades y despedir por una quincena o más a los residentes, salvo Adela Dubré, es el acontecimiento más celebrado y concurrido de todos los que tienen lugar en Villa Dorada; el del próximo diciembre sería el tercero al que Pedro Serreño asistiera luciendo su traje de serio. Al concierto de Navidad no falta nadie, no hay indisposición que justifique dejar la butaca libre, Pedro ha leído en uno de los libros de la biblioteca que Wolfgang Amadeus Mozart ponderaba la muerte como el auténtico objetivo de la existencia, y aún más, la subrayaba como la clave de la felicidad;

coinciden ambos pero sólo uno de los dos podría mantener su punto de vista o rechazarlo por comprobación directa.

Óscar Lapuente apura el reconocimiento de Pedro Serreño y no amaga cierta sorpresa porque al terco corazón no lo agota ni la angustia ni el abatimiento que destellan en la mirada del cuatro años antes desahuciado, como médico debería sentirse satisfecho.

—¿Seguro?

Es la pregunta de rigor.

—Seguro, no voy a engañarle.

Es la cantilena a juego.

A Pedro Serreño no le falla ningún órgano, ni el riego sanguíneo, ni la percepción sensorial. En un aparte de camaradas cuenta Pedro al médico la historia de la dama y el vagabundo, el bocadillo y la hucha, el impecable uniforme y el bastón de coleccionista, es una licencia que toma prestada de Gerardo Zúñiga.

—Me convendría encontrar una pareja así para que me adoptara, podrían utilizarme de intendente o portero, nos cuidaríamos mutuamente.

Óscar Lapuente teme que la entereza de Pedro, y su salud en general, se descomponga a extremo en cuanto abandone la residencia; es un riesgo que como médico le preocupa y así se lo advierte.

—No imagina cuántas veces lo he pensado durante el último año, un pie fuera de la verja y me descuaderno, sería una solución, una buena solución que a usted y a mí no nos pasa desapercibida. ¿A eso se le podría llamar un suicidio inducido, el despertar del sonámbulo sobre el tejado, una provocación temeraria?

Pedro compara el binomio salud-ánimo con el de

precio-rentabilidad en el mercado secundario de la deuda, se lo medio explicó una tarde Roberto Ayala, a mayor precio menor rentabilidad; a menor salud mayor ánimo, querría Pedro llamando a una desgracia sorda.

—No me condenen ni usted ni el Padre Pombo por mis insinuaciones, a falta de imaginación en unos y otros para sugerirme algo conveniente me quedo con mi música; sé lo que suena, por lo tanto nada tiene usted que temer de un perro ladrador. Mientras unos cantan la retrocuenta del fin del milenio otros, o sea, yo, echamos cuentas hacia atrás de la libreta de ahorros y los días de gloria; en este mundo hay sitio para todos, juntos pero no revueltos.

Recuerda como si fuera entonces, sosteniendo la mirada del médico en su todavía habitación, que cuando le anunciaron lo que le quedaba de vida se creyó un neumático perdiendo aire, imposible dar con el maldito poro lamentaban los mecánicos, y ahora que en este taller han localizado la fuga y la han parcheado convenientemente es él quien está contrariado con la eficiencia y sus causas.

—Quería arrancar de cuajo el reloj de péndola, lo hice dentro de uno de mis delirios más gozosos, ¿por qué, me pregunta?, su movimiento perpetuo y su precisión a prueba de tiempo me desazonan al dibujar en la pared un corazón sano, travieso, que gasta malas pasadas, mi corazón que usted controla cada tarde.

El suicidio inducido puede resultar un fiasco si el corazón se empeña en no ceder a la súplica, dadas las circunstancias es lo más previsible.

—Sí, doctor, hay residencias y asilos por doquier y tengo familia, directa e indirecta, tengo tres hijos, tres nueras y seis nietos, si no equivoco el recuento, a lo mejor hay algún otro nieto que olvido o no conozco, y tengo una

pensión mensual con la que a duras penas me costearía una semana aquí. A los chicos Serreño, que han salido a su padre, se los tragaron con la boda, esta es una conclusión de madre que no gana hija sino que pierde hijo, pero a falta de madre el padre enarbola el derecho a dudar de las buenas intenciones y la ampliación de las familias, vaya sumando: tres hijos sin herencia, tres nueras que heredan un suegro a repartir y varios nietos que están creciendo sin el abuelo paterno que no querrán renunciar a privacidad por compartir habitación conmigo, o quién sabe si sus padres tendrán que desterrarlos a otra habitación para dejar al abuelo un poco de espacio con tufillo a viejo dilapidador de futuros consanguíneos en línea directa; hágase una idea del escenario y los bastidores.

La apática entereza que ofrece Pedro es máscara translúcida que siluetea su pretensión por retener las horas y los momentos lanzando miradas breves hacia la puerta acristalada del balcón. Un año viendo sucederse las hojas del calendario a velocidad creciente, ha memorizado todos los rincones de la habitación, contado y recontado los balaustres de metal, medido el arco de luz de las lámparas y la distancia de puerta a puertas, y, con todo, esperando un final que se ha ido metamorfoseando en otro, ha disfrutado de su vida como nunca. Le gustaría seguir, no se arrepiente de su acto, ha sentido la felicidad, ha valido la pena el dispendio y la angustia, no culpa a nadie ni se culpa del infortunio. Está agradecido a su suerte hasta cierto punto, pero le late no sólo el corazón sino el malestar por el fallo clamoroso del gremio facultativo.

—¿Debería sentirme mal por mi tardía lascivia? Mis pecados de juventud se han materializado a partir de los setenta, quién no juega a pelota de niño hace correr el aro

de viejo, lo dicen en mi tierra, lo que viene de lejos experiencia acarrea.

Vicente Pombo prepara sus homilías escuchando de fondo grabaciones de Johann Sebastian Bach, Joseph Haydn y Anton Bruckner, como cada año estará presente en el concierto de Navidad de Villa Dorada, decantado por las cantatas; Óscar Lapuente prefiere las sonatas de Ludwig van Beethoven y los tríos de Franz Schubert. Vicente Pombo ha sugerido a Pedro que compre indulgencias, dicho de otro modo: a Dios escribe una epístola y sendas a tus hijos, no omitas verdades ni pesares, queda vacío de suposiciones y ponte en manos de la providencia; pero date un empujoncito que los hados premian la iniciativa.

—Doctor Lapuente, a lo mejor, quién sabe, con el disgusto de tener que irme de aquí a la chita callando no llego siquiera a la esquina.

Pedro Serreño inspecciona el techo de la habitación, cada minuto que pasa la siente menos suya, todo menos su vida caduca, se acaba; le viene a la memoria lo de aquel niño, hijo de unos vecinos, que persiguiendo una pelota rebotada corretea sin mirar el asfalto y le atropella un coche, golpe certero, duelo, pésame y entierro en el nicho propiedad de la familia.

“Esas cosas pasan”, reflexiona Pedro en un hilo de voz. Se comprende que la criatura iba a lo suyo, con una sola idea en la cabeza. “Es el destino”, se dice para mitigar el desconsuelo. Pudiera ser cierto eso de que la historia de cada uno está escrita de principio a fin y lo que uno hace, a la carrera, trastabillando, de paseo, es ir recorriendo los renglones como los trenes las vías. Cuando la cabeza se ha arrendado a una sola idea, contrato indefinido, es

como llevar puesta una venda en los ojos; como cruzar una calle de mucho tránsito sin mirar; como darse un empujoncito para salir de la ciénaga; como privar al destino de su estrategia. Siendo benevolente el juicio, podría decirse que es una pequeña venganza sin rencor ni mala intención.

<<<<<<<<<<<<<>>>>>>>>>>>>>>>>>

Primera edición: octubre 2000
ISBN: 84-8198-432-9
Depósito legal: M-33.055-2000

Segunda edición: febrero 2011
ISBN: 978-84-935069-2-6
Depósito legal: SE-1365-2011